



# ANNA CASANOVAS

Cleo pide un *deseo*

Lectulandia

Cleo es bailarina en el Liceo de París y está decidida a conquistar por fin a Daniel, su mejor amigo y director de la orquesta. Sin embargo, la vida tiene otros planes y una noche conoce a Sergio, un viejo amigo de Daniel que solo tiene que mirarla para que se derrita.

Daniel o Sergio, Sergio o Daniel, cuando llegue el momento solo uno será el deseo de Cleo...

Este relato forma parte del libro «Tiempo de estrellas», publicado en papel junto a las autoras Nora Roberts, Isabel Keats y Erika Fiorucci.

**Lectulandia**

Anna Casanovas

# **Cleo pide un deseo**

ePub r1.0

Titivillus 18.09.15

Título original: *Cleo pide un deseo*

Anna Casanovas, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Marc, Ágata y Olivia, mis tres deseos

«Aquel día fue en el que descubrió con asombro que cuando él decía “como  
desees”, en realidad significaba “te amo”».

*La princesa prometida* — WILLIAM GOLDMAN

# Capítulo 1

El primer día de bailarina en la Ópera de París. La cantidad de sacrificios que había hecho para llegar hasta allí le parecieron, durante un segundo, insignificantes. No lo eran, e iba a tener que seguir haciéndolos, pero no le importaba. Cleo se detuvo en mitad de la calle y observó embobada el imponente edificio. De pequeña lo había visitado en dos ocasiones con el colegio y todavía se quedaba sin aliento cuando recordaba el techo pintado por Chagall. En la primera de esas visitas, mientras la profesora reñía a uno de sus compañeros de clase, Cleo vagó distraída por el pasillo y se quedó hipnotizada observando los gráciles movimientos de una joven junto a una barra de madera clavada en la pared frente a un espejo. Se la veía tan segura, tan delicada y fuerte al mismo tiempo, que en lo más profundo de su ser Cleo supo que quería ser como ella.

Hoy entraba en la Ópera de un modo distinto y si todo salía bien seguiría haciéndolo durante mucho tiempo. Iba a ser muy difícil, estaba segura, pero la constancia y el esfuerzo formaban parte de su ser y no iba a traicionarse a sí misma ahora. Soltó el aliento despacio y cruzó con solemnidad el paso de peatones. El conductor del coche que encabezaba la fila le sonrió a través del cristal como si estuviese al corriente de que era un gran día para ella. Cleo le devolvió una sonrisa trémula y al pisar de nuevo la acera el sonido del tráfico pareció seguir el ritmo de su pulso. Abrió la puerta sin poder contener un cosquilleo en la palma de la mano y, tras sonreír y presentarse al conserje, se dirigió a los despachos de administración, donde según lo acordado la estaban esperando. Firmó los papeles después de leerlos, aunque pasó por alto algunas palabras. Finalizadas las formalidades burocráticas, le dijeron que podía cambiarse y utilizar cualquiera de las salas de ensayo que había en el primer piso mientras esperaba la llegada del resto de bailarinas y del director.

El vestuario al que la dirigieron tenía un aire antiguo, romántico, las molduras del cristal que había encima del largo tocador parecían susurrar secretos de las bailarinas que habían estado allí mucho antes que ella. Cleo vio que había dos bolsas de deporte en un rincón y otra más en medio del banco de madera. Eligió un espacio en la esquina de más a la derecha y colgó el abrigo con solemnidad en el gancho que había a la altura de sus ojos. Pasó los dedos por la diminuta placa de metal en la que había grabado un número, el ocho, y después dejó la bolsa y empezó a cambiarse. Si se quedaba embobada con cada pequeño detalle, nunca saldría de allí. Todavía faltaba una hora para la primera reunión de la compañía e iba a aprovechar cada minuto para calentar los músculos y relajar los nervios. Abrió la puerta de la sala que presidía el pasillo convencida de que iba a encontrarla vacía y conoció al hombre del que seguiría enamorada dos años más tarde: Daniel Liveux. Lástima que en ese momento, igual que en muchos a lo largo de esos dos años, estuviera acompañado de una mujer

despampanante.

Cleo tendría que haberse ido, dar un paso hacia atrás y cerrar la puerta. Pero no lo hizo, se quedó tan embobada al ver a Daniel Liveux, el joven director de la orquesta del Liceo, que fue incapaz de moverse y se quedó allí, petrificada, babeando, observando la escena.

—¡A mí no puedes hacerme esto! —gritó la desconocida a Daniel.

—Oh, vamos, querida, no te pongas así.

—¿Y cómo quieres que me ponga? —Se abrochó un botón de la camisa, las joyas que adornaban sus dedos brillaron al verse reflejadas en el espejo de la sala de ensayos casi tanto como el carmín de labios que acababa de aplicarse.

Él suspiró exasperado y sacudió la cabeza. Al hacerlo, descubrió a Cleo de pie en la entrada y le sonrió.

La mujer giró el cuello de inmediato y de repente la furia que hasta entonces había sido capaz de contener estalló. Volvió a mirar a Liveux y lo abofeteó.

—¡Eres un cerdo!

Él se tocó la mejilla y la miró con los ojos helados y una sonrisa igual de fría en los labios.

—Has sido tú la que ha venido a verme esta mañana sin motivo, querida. Y la que no ha parado hasta conseguir lo que quería.

El significado de esa frase no pasó inadvertido a ninguna de las dos mujeres, la rica desconocida reuló ofendida y tras coger una gabardina y un pañuelo del respaldo de una silla que había junto a la puerta se fue tan rápido que Cleo tuvo que apartarse para que no la pisase. Casi sin querer, Cleo siguió con la mirada la tempestuosa partida de esa morena despampanante y, cuando el ruido de la puerta que conducía a la escalera resonó por el pasillo, reaccionó y comprendió que se había entrometido en algo muy privado. En su primer día de trabajo. Con el director de la orquesta del Liceo.

Con la estrella del Liceo.

Sintió náuseas, iban a despedirla. Ni siquiera había bailado una nota e iban a despedirla. Apretó los dedos alrededor del picaporte mientras les mandaba la orden de cerrar la puerta e ir al vestidor a cambiarse antes de humillarse.

—Siento que hayas tenido que presenciar el numerito de Elsa.

Él no le estaba gritando ni le estaba ordenando que se fuese, ¿le estaba pidiendo perdón?

—No pasa nada —balbuceó. Lo tenía demasiado cerca y podía ver que sus ojos al natural eran mucho más azules de lo que se veía en la tele y en las revistas.

—Gracias, y no solo por ser tan comprensiva, sino también por haber llegado cuando lo has hecho —le sonrió y se puso las manos en los bolsillos—. Elsa tiene problemas para entender una negativa.

—Claro. —Cleo en realidad no sabía qué decir. No entendía nada de esa conversación y el perfume de Daniel le impedía pensar con claridad.



—Confío en que no le contarás a nadie lo que ha pasado, ¿verdad? Sé que no me dirán nada —añadió guiñándole el ojo—, pero no quiero oír otro sermón del señor Clairmont, se pone muy pesado cuando intenta ejercer de figura paternal.

—Por supuesto que no.

—Fantástico, eres un encanto. —Sacó las manos de los bolsillos y apoyándose en el marco de la puerta con un hombro se cruzó de brazos—. Por cierto, ¿nos conocemos? No me suenas, y te aseguro que tengo buena memoria, yo soy Daniel...

—Sé quién eres —lo interrumpió ella—, es un honor conocerte.

—No digas tonterías y dime tu nombre —le sonrió él, encantado en el fondo de que ella le hubiese reconocido.

—Soy Cleo, soy bailarina. —Le tendió una mano—. Hoy es mi primer día.

La sonrisa de Daniel se volvió más devastadora.

—Bueno, Cleo soy bailarina, es un placer conocerte. —Le cogió la mano y la estrechó con firmeza—. Veamos qué más puedo hacer para que tu primer día sea interesante.

Sonó un viejo timbre cogiéndolos por sorpresa y Cleo recordó que la profesora de *ballet* que se ocupaba del primer ensayo de la mañana era extremadamente estricta. No podía llegar tarde. Soltó la mano a Daniel y salió corriendo con la risa de él detrás y un cosquilleo recorriéndole de arriba abajo la espalda.

Ese primer día fue maravilloso, los nervios no llegaron a abandonar a Cleo, pero consiguió contenerlos y disfrutar de cada pequeño descubrimiento. Además, había conocido a Daniel Liveux y era todavía más guapo y encantador de lo que se había imaginado. Y él le había sonreído. No volvió a cruzarse con él hasta días más tarde, nada extraño porque ella era una de las nuevas bailarinas y él, el director de la orquesta, aun así sus caminos volvieron a juntarse un viernes y fue también en una situación de lo más extraordinaria:

—Hola, Cleo soy bailarina.

Cleo casi se tropezó con la acera al oír la voz de Daniel. Él estaba sentado tras el volante de un descapotable negro con tapicería crema que gritaba a los cuatro vientos lo exclusivo que era.

—Hola.

—¿Has salvado a algún otro director de orquesta de las garras de una mujer despechada? —Se puso unas gafas de sol estilo aviador que lo hicieron más atractivo.

—No —consiguió balbucear.

—Me alegro de ser el único —sonrió—. Me voy, me están esperando. Que tengas un buen fin de semana, Cleo soy bailarina.

—Tú también.

—Gracias. El lunes a las ocho te lo cuento tomando un café —le señaló con la mano una cafetería que había en la otra esquina—. No llegues tarde.

El ruido del motor le impidió contestar a Cleo, aunque antes habría tenido que encontrar la mandíbula, que le había caído al suelo.

Pasó el fin de semana como siempre, aunque las horas se le hicieron injustamente más largas y lentas, y el lunes, nerviosa como la adolescente que probablemente no había sido jamás, se presentó en el lugar acordado diez minutos antes de la hora establecida. Se preparó mentalmente para un plantón, se horrorizó durante un instante al considerar la posibilidad de que todo eso formase parte de una truculenta novatada, una broma de mal gusto dirigida al más reciente miembro de la compañía, pero la puerta del local se abrió, las campanillas que colgaban del techo tintinearón, y Daniel apareció.

—Buenos días, veo que además de comprensiva eres puntual.

—Buenos días. —Se sonrojó. Cuando él estaba cerca no podía evitarlo.

Daniel pidió dos cafés con leche al cruzarse con el camarero y le sonrió a Cleo al acercarse. Se quitó el abrigo y se sentó frente a ella. Le preguntó por esos primeros días con atención y le rozó la mano que ella tenía encima de la mesa tres veces.

Cuando minutos más tarde se hizo un silencio, Cleo tuvo el impulso de llenarlo haciéndole a Daniel una pregunta, la que no había podido quitarse de la cabeza desde el viernes.

—¿Cómo está Elsa? ¿Habéis pasado un buen fin de semana?

—Me imagino que Elsa está bien, ya no estamos juntos. —Durante un segundo a Cleo el corazón le subió a la garganta—. He pasado el fin de semana con Adele y ha sido espectacular, ella es mucho menos dramática que Elsa. Seguro que me entiendes.

El corazón le volvió al pecho y se obligó a sonreír.

—Claro.

Daniel le contó que Adele era abogada y que se habían conocido en un acto benéfico, quizá le dio más detalles, pero Cleo no prestó atención o los olvidó. Igual que olvidaría más adelante más conversaciones sobre Monique, Silvia, Martha, Raquel y Beatrice.

Tal vez Cleo hubiese podido evitar enamorarse de Daniel si él hubiese sido un seductor más, pero poco a poco fue cambiando, madurando, y su amistad también. Según el propio Daniel, Cleo era su mejor amiga, exceptuando un misterioso amigo del pasado llamado Sergio; hablaba con ella de todo, de sus composiciones musicales, de las ofertas que recibía de otras compañías, de su familia, y de las mujeres con las que salía. Era cariñoso con ella, detallista, romántico incluso, y Cleo había estado a punto de volverse loca demasiadas veces a lo largo de esos dos años.

La relación entre ellos dos seguía un patrón invisible preestablecido por algún sádico: durante la semana, Daniel se preocupaba de que Cleo desayunase, no llegase tarde a ningún ensayo y volviese a casa sana y salva. Le apartaba la silla para que se sentase, le abría la puerta cuando entraban en la cafetería o en el Liceo, le prestaba la chaqueta si hacía frío.

Le apartaba el mechón de pelo negro que se le escapaba siempre de la diadema.

Le acariciaba la mejilla.

Y cuando saltaba alguna chispa de atracción en el aire, cuando se miraban a los

ojos demasiado rato o se humedecían los labios y sus rostros se acercaban, Daniel se apartaba y carraspeaba para añadir después la suerte que tenían de ser tan buenos amigos. Esos momentos tensos, mágicos, se sucedían cada tres o cuatro meses y después él desaparecía durante días con alguna otra mujer. Cleo se sentía entonces como una idiota y se juraba que se olvidaría de él, al menos en ese sentido, y que se fijaría en otros hombres. Pero, cuando lo hacía, cuando aceptaba salir con otro, era siempre un desastre. Además, Daniel siempre volvía y volvía a prestarle la chaqueta, a hacerle las preguntas exactas, a sonreírle en el momento preciso y a ganarse su corazón.

Podía esperar, se repetía Cleo constantemente, lo único que necesitaba Daniel era tiempo. Nada más. Era imposible que él no sintiese algo especial por ella, el modo en que la miraba, en que la tocaba, hablaba de emociones mucho más profundas que la amistad, aunque sin duda esta también era muy importante, pues él no se la había ofrecido a ninguna de las mujeres con las que se acostaba.

Podía esperar, los ensayos consumían su vida de todos modos y si no estaba atrapada en el Liceo lo estaba en casa. Hacía unos meses que su hermana Luella y la hija pequeña de esta, Marion, se habían instalado con ella trastocándole los horarios y la vida entera. La noche que Luella llegó sin avisar discutieron hasta las tantas de la madrugada. Si su hermana no hubiese estado acompañada por la niña de apenas cuatro años, Cleo se habría planteado echarla y mandarla a un hotel. Pero Luella lloró y le juró que había cambiado, las drogas habían quedado atrás y ya no se iba con el primer tipo que la invitaba a una copa, ahora trabajaba de camarera y quería rehacer su vida, pero necesitaba un lugar donde empezar.

Cleo cedió, quiso creerla desde lo más profundo de su corazón y lo hizo. Las dos hermanas habían reaccionado de maneras completamente opuestas a la prematura muerte de sus padres cuando justo después de que sus hijas entrasen en la veintena murieron en un trágico accidente aéreo. Cleo, la mayor, pidió un préstamo para complementar su parte de la herencia y se compró el pequeño apartamento donde vivía, terminó los estudios de danza y trabajó duro hasta que se convocó una plaza de bailarina en el Liceo y luchó con uñas y dientes para conseguirla. Luella dejó la carrera de periodismo sin terminar y se fue a Mallorca a vivir con un tipo al que hacía dos meses que conocía. Cuando esa relación fracasó, se fue con otro, y luego con otro. La bebida y las drogas no tardaron en aparecer, y tampoco el distanciamiento con su hermana. Hasta que se quedó embarazada de un desconocido al que no recordaba y para sorpresa de ambas decidió tener al bebé. Desde el nacimiento de Marion, Luella había intentado ser distinta, aunque no llegaba a conseguirlo. De pequeña había sido igual, incapaz de contenerse, se bañaba en la piscina hasta que le quedaba la piel arrugada, entregaba los deberes tarde y perdía todas las piezas de sus muñecas.

Cleo se había distanciado de Luella porque le dolía ver lo empecinada que estaba su hermana en destruirse, pero esa noche fue incapaz de alejarse de ella y de su

sobrina y las dejó entrar en su pequeño y cálido apartamento y en su vida.

Habían pasado dos años desde ese primer día en el Liceo, ahora tenía a su hermana y a la pequeña Marion en casa, estaba a punto de tener un papel importante en el *ballet* que se estrenaría la Navidad siguiente, *La Bella Durmiente*, y estaba enamorada de su mejor amigo.

Podía esperar a que él se enamorase también de ella.

## Capítulo 2

El misterioso Sergio regresaba a París y Daniel le organizaba una fiesta de bienvenida en su casa. Cleo no le había visto nunca pero Daniel hablaba tanto y tan a menudo de él que tenía la sensación de conocerlo. Eran muchas las conversaciones que empezaban o terminaban con un «Sergio habría dicho lo mismo» o «Sergio esto y lo otro», tantas que Cleo sabía muchos detalles de un hombre al que solo había visto en fotografía una vez y cuya voz desconocía por completo.

—Tienes que venir a la fiesta, Cleo.

—Este sábado Luella trabaja y le prometí que me quedaría con Marion.

Daniel le cogió la mano y le sonrió.

—Puedes pedirle a tu vecina que cuide de ella igual que hiciste esa vez. Tienes que venir, tengo muchas ganas de que conozcas a Sergio.

El mismo cosquilleo que se producía siempre que Daniel rozaba su piel se extendió por la mano y el antebrazo de Cleo hasta llegar al interior del cuerpo y crear allí un remolino. Empezó a asentir casi sin querer y Daniel la soltó y le sonrió satisfecho, victorioso también. A Cleo no le gustó esa mueca. La hacía sentirse vulnerable comprobar que su amigo sabía perfectamente qué resortes tocar para conseguir lo que quería. No era la primera vez que presenciaba tal táctica, y una vocecita en su cabeza le recordó que ya era hora de empezar a ver todas las facetas de Daniel, sí, era un hombre encantador, un músico y un compositor brillantes, pero a veces también se comportaba como un niño malcriado. «No importa, solo está nervioso por la llegada de Sergio y porque tiene ganas de presentármelo».

—Supongo que puedo preguntarle a la señora Cazé si puede quedarse con Marion, tampoco volveré muy tarde, ¿no?

—Por supuesto que no, solo será una cena entre amigos. Sergio nunca se queda en la ciudad más de dos días y, dado que esta vez ha prometido quedarse unos meses, he pensado que estaría bien organizarle una pequeña fiesta. Nada más. Te espero a las siete, vamos, Cleo soy bailarina, dime que vendrás.

—Iré.

Cleo no podía negarle nada a Daniel, al parecer ambos lo sabían, y esa tarde se pasó el viaje entero en metro de regreso a su apartamento pensando en cómo le diría a Luella que el sábado no podía quedarse con Marion. Luella había pasado muy mala racha, la habían despedido de la tienda de moda donde trabajaba y había tenido que volver a aceptar ofertas de camarera. El día del despido las dos hermanas tuvieron una fuerte discusión porque Cleo le preguntó a Luella si había vuelto a tomar drogas y si ese, y no otro, había sido el motivo de que la propietaria de la tienda la hubiese echado sin previo aviso. Luella se subió por las paredes y acusó a su hermana mayor de no confiar en ella. Cleo acabó pidiéndole perdón, pero desde esa noche no podía

quitarse de la cabeza que Luella en ningún momento le había negado que hubiese vuelto a consumir. Se frotó el entrecejo preocupada y soltó despacio el aliento. En realidad Luella era la misma de siempre, divertida, desordenada, caótica, egoísta.

Tal vez se había precipitado acusándola de eso, la única justificación que tenía era que ella probablemente podría recuperarse de la traición de Luella, pero la pequeña Marion no. La niña era tan opuesta a su madre que si no fuera porque era idéntica a Cleo de pequeña esta habría dudado de que existiese algún vínculo familiar entre ellas. Sobrina y tía eran idénticas y se adoraban, algo que, por desgracia, siempre provocaba los celos de Luella, que se sentía excluida de su selecto club. Cleo lo sabía y por eso intentaba disimular e incluir siempre a su hermana cuando jugaba con la hija de esta o escuchaban música o veían un viejo musical en la tele. Luella lo intentaba, Cleo tenía que ser sincera y reconocer que su hermana hacía un esfuerzo por estar quieta en el sofá e interesarse por el musical en blanco y negro de turno, pero al cabo de cinco minutos hacía piruetas y decretaba que salían las tres a comer un helado. Marion sonreía, a la niña le gustaba cualquier cosa con tal de compartir la alegría de su madre, y se cogía de la mano de Cleo para que no la soltase ni la dejase. Cleo tenía el presentimiento de que la pequeña, aunque adoraba a su madre, sabía que esta no era una persona en la que se pudiese confiar a largo plazo.

Bajó del vagón de metro sin haber encontrado otra solución excepto decirle a Luella que ese sábado ella tampoco iba a poder cuidar de Marion y que tenían que pedirle un favor a su vecina. Discutieron, Luella estaba irascible y muy alterada, no solo iba a trabajar ese fin de semana, sino que tenía intención de pasar el domingo con un hombre al que había conocido la noche anterior en el bar. Las dos hermanas se hirieron con palabras donde más dolía. Luella le dijo a Cleo que estaba muerta por dentro, que la rigidez que se había impuesto la había secado y que era incapaz de divertirse.

—Por eso ese Daniel no quiere tocarte, eres tan frígida que ningún hombre te desea.

—Ya te desean a ti por las dos, ¿no crees?

—Al menos yo sé lo que es el sexo y el placer, tú solo piensas en tu maldito y estúpido *ballet*. Crees que eres demasiado buena para estar con un simple mortal, con un tío común y corriente, pero en realidad eres patética. Estás malgastando la vida.

—Yo como mínimo tengo la decencia de no destrozarle la vida a otra persona. Tienes una hija, Luella, por Dios.

—No metas a Marion en esto, Cleo, te lo advierto.

—Eres tú la que la mete en esto.

—Me tienes envidia porque tú nunca sabrás lo que es sentirte tan atraída por un hombre y que él te desee tanto como para olvidarte de todo.

—Sí, ya veo que es muy bonito no saber quién es el padre de tu hija.

Luella abofeteó a Cleo y se fue del apartamento hecha una furia. No intercambiaron palabra durante el resto de la semana, se comunicaron a través de

notas que se dejaban colgadas con un imán en la nevera. Cleo se planteó no acudir a la fiesta del sábado pero no quería darle esa satisfacción a su hermana. Marion estaba encantada de pasar la tarde y parte de la noche con la señora Cazé, que siempre le preparaba pastel de chocolate, y ella tenía muchas ganas de ver a Daniel fuera del Liceo.

Aunque intentó negárselo sin cesar, las palabras de Luella le dolieron porque tenían parte de verdad. Pero su hermana se había equivocado en algo muy importante, ella no se consideraba demasiado buena para estar con un chico normal. Ella sencillamente se había pasado tanto tiempo preocupada, trabajando por el futuro que había soñado desde pequeña, que ahora tenía miedo de meter la pata y elegir mal. Una mala decisión podía costarle todo lo que estaba a punto de conseguir. Luella se había equivocado en los motivos, pero tenía razón al decir que tenía que aprender a relajarse y ser más atrevida.

Ese fin de semana era el momento perfecto para empezar a cambiar. Eligió el vestido con sumo cuidado y se obligó a hacer oídos sordos a sus miedos y timideces de siempre. Nada de vestidos elegantes y recatados, nada de sobriedad. Escogió un vestido corto de color rosa fucsia que dejaba al descubierto sus piernas de bailarina —Daniel las había alabado en más de una ocasión— y resaltaba la piel blanca y la melena negra. Se la dejó suelta y se maquilló ligeramente los labios. La única joya eran los pendientes que brillaban serenos en los lóbulos de las orejas y una horquilla, una mariposa, que Marion le prestó antes de salir.

—Estás muy guapa, Cleo —le susurró tras abrazarla.

—Sí que lo estás. Vete tranquila, Marion y yo estaremos bien.

Se despidió de la señora Cazé y deseó que su hermana también estuviese allí para verla salir de ese modo. Luella seguía enfadada con ella y no había dado señales de vida. Suspiró resignada y se prometió que buscaría la manera de hacer las paces. Fue a la fiesta en taxi, no cogió el metro porque a pesar del ataque de valentía que la había impulsado a elegir ese vestido seguía siendo la chica tímida de siempre y porque quería llegar perfecta a la casa de Daniel, y no sudada y despeinada.

Daniel vivía en las afueras, en una casa preciosa demasiado grande para él y perfecta para salir en las revistas. La fortuna de Daniel procedía del excelente sueldo que cobraba en el Liceo como el director más joven y más premiado que habían tenido nunca y de los derechos de autor de varios grandes éxitos que había compuesto para distintos cantantes y bandas sonoras. Él nunca alardeaba del dinero, pero tampoco lo escondía ni fingía haber pasado por los problemas que a menudo acosaban a Cleo, como pagar el alquiler. Daniel era generoso, le había ofrecido dinero a Cleo en más de una ocasión. Ella siempre lo rechazaba, por supuesto, tenía el presentimiento de que eran demasiadas las mujeres, o las personas, que se acercaban a él por ese motivo.

El taxista se detuvo en la entrada y el ruido y las luces procedentes de la casa le confirmaron a Cleo que no se trataba de la cena íntima que Daniel le había

prometido. Daba igual, se dijo, pagó el taxi y respiró profundamente. Esa noche Daniel iba a fijarse en ella.

Esperó a que el taxi se alejase por el mismo camino por el que habían ido y se acercó a la puerta. Le temblaba la mano cuando llamó al timbre.

No tuvo tiempo de reaccionar. Apenas un segundo más tarde se encontró frente al hombre más atractivo que había visto jamás. Todo su cuerpo reaccionó al verlo, fue una respuesta tan física que tuvo que sujetarse del marco para no caer, pues le temblaban las rodillas. El nudo que tenía en el estómago le retorció las entrañas, el corazón le golpeaba el esternón y estaba segura de que se había sonrojado de la cabeza a los pies. Si su hermana pudiese meterse ahora en su mente, descubriría lo poco frígida que era. Dios, prácticamente estaba babeando frente a ese desconocido y en su mente se lo imaginaba en bañador saliendo de una piscina, con ese vello negro que se le insinuaba por el cuello de la camisa desabrochada completamente empapado.

Él —todavía ninguno de los dos había dicho ni una palabra— también la estaba recorriendo con la mirada y no se esforzaba lo más mínimo en disimular que la estaba desnudando con ella. El sonrojo de Cleo empeoró y tuvo tanto calor que estuvo a punto de abanicarse con la mano.

—Hola, creo que deberíamos irnos de aquí.

Oh, Dios, esa voz iba completamente a juego con el físico de hombre torturado y demasiado guapo para ser real y le estaba recorriendo la piel y poniéndosela de gallina.

—¿Qué has dicho?

—Tú y yo deberíamos irnos de aquí ahora mismo. —Se lamió el labio inferior y alargó una mano para coger a Cleo por la muñeca—. Volveremos más tarde, cuando podamos pensar.

Cleo se estremeció al notar los dedos del desconocido en su piel y cerró los ojos un segundo para buscar entre sus recuerdos alguna sensación parecida. No la encontró, sus pies avanzaron y la obligaron a seguir al desconocido hacia la escalera.

—¡Cleo, has llegado!

La voz de Daniel no fue lo primero que la hizo reaccionar y volver a la realidad, sino que su maravilloso desconocido la soltara de inmediato como si no pudiese soportar tocarla. Cleo se detuvo en el primer escalón. El desconocido estaba ya en el tercero y Daniel en el rellano. ¿De verdad había estado dispuesta a seguirlo? ¿Adónde? ¿Para qué? Esas preguntas no le habían importado un segundo atrás, y mucho menos sus respuestas, sencillamente había sentido la necesidad de dejarse llevar por algo inexplicable.

—Sí, he llegado.

—Y veo que has conocido a Sergio.

Sergio, el desconocido era Sergio, el amigo de la infancia de Daniel, su inseparable compañero de aventuras y periodista incansable.



—No exactamente, solo le he abierto la puerta.

¿Solo le había abierto la puerta? ¿Cuántas veces había *abierto así la puerta* esa noche?

Sergio descendió esforzándose por no tocarla ni mirarla y se colocó junto a Daniel tras darle una palmada en el hombro. Al verlos el uno junto al otro Cleo decretó que no había dos hombres más distintos y que le causasen reacciones más dispares, aunque en ese instante le resultó imposible diferenciar cuál de los dos la había puesto de mal humor, cuál le había acelerado el pulso y cuál le había anudado el estómago.

—Sergio, ella es Cleo Bretodeau, una de las bailarinas del Liceo y mi ángel de la guarda.

El cosquilleo que le recorrió la espalda fue mérito de Daniel y su mirada al llamarla «mi ángel».

—Encantado de conocerte, Cleo.

La frialdad de esa afirmación chocó de bruces con la calidez con la que le había hablado antes. Cleo quiso disimular la confusión y el extraño dolor que le causó notarlo, aunque probablemente no lo consiguió.

—Lo mismo digo, Sergio.

Le tendió la mano al ver que él no hacía el gesto de acercarse a besarle la mejilla y esperó. Si hubiese podido, no se la habría estrechado, la reacción fue más que evidente, pero al final lo hizo con brevedad y de mala gana. Cleo se incomodó de verdad y le escocieron los ojos, era estúpido que ese hombre la afectase tanto, pero había tenido una semana horrible y había discutido con su hermana para poder estar allí esa noche. No se merecía que la tratase como si fuese una apestada y menos después de haberla mirado como la había mirado al *abrirle la puerta*. Para empeorar las cosas, Daniel no se había quedado sin aliento al verla, en realidad le había dedicado el mismo interés que siempre, ni el vestido, ni el maquillaje, ni nada de nada parecían haberle causado la menor impresión.

—Cleo, estás guapísima. —Alice, otra de las bailarinas de la compañía, apareció casi de la nada. No eran especialmente amigas todavía porque Alice acababa de llegar de Inglaterra, pero Cleo intuía que podían llegar a serlo.

—Gracias.

La llegada de Alice originó otra presentación y al finalizarla Sergio se alejó para ir al encuentro de unas personas que oportunamente lo estaban llamando. Cleo suspiró aliviada y la tensión que le había dominado los hombros hasta entonces se desvaneció un poco. Daniel compartió unos minutos con ellas, hasta que sonó el timbre y se dirigió a cumplir con las tareas propias del anfitrión. A Cleo nada le habría gustado más que escabullirse, esa noche no estaba saliendo como ella esperaba y era más que evidente que su suerte no iba a cambiar, pero no lo hizo. No podía hacerlo, además, si lo intentaba seguro que la pillaban en el acto.

Se quedó charlando con Alice un rato y, cuando esta le preguntó si quería tomar

algo, caminó con ella hacia una mesa que había frente al balcón trasero repleta de bebidas, copas, pajitas y cubiteras. Allí, con el impresionante jardín de Daniel de fondo, charló con otros compañeros del Liceo y conoció a varias personas. Ella no era una gran conversadora, al menos no así de entrada, pero tuvo que reconocer que le gustó estar en medio de ese círculo de gente. Tal vez su hermana tenía razón (y la voz de su conciencia) y tendría que salir más. Las risas y las copas de champán cumplieron con su cometido y Cleo se relajó y charló con más invitados. La fiesta se desarrollaba principalmente en el salón de la casa, aunque había personas también en la cocina y en los pasillos, y una o dos parejas en el jardín. En el piso superior, se oían pisadas a pesar de la música y de vez en cuando alguien bajaba por la escalera tras acudir a uno de los baños que había arriba. La decoración de la fiesta había sido confeccionada por una selecta y discreta empresa de catering que también había proporcionado los camareros que se paseaban elegantes por entre los invitados, asegurándose de que todo estuviese perfecto. El ambiente era estudiadamente informal, las risas, los brindis, las conversaciones se mezclaban con sutileza en esa celebración que no encajaba con la vida de Cleo. Pero allí estaba, con su vestido rosa, sus piernas inacabables y ese amor secreto y no correspondido que sentía por Daniel.

No podía seguir así, se recordó valiente tras beber una segunda copa. Había llegado el momento de ir en busca de Daniel. Dejó la copa vacía encima de una mesa preciosa que había junto a una lámpara que seguro valía demasiado y se dirigió a la cocina. Había visto entrar allí a Daniel unos segundos antes, le preguntaría si podía hablar a solas con él y, cuando lo consiguiera, se aseguraría de tener toda su atención antes de preguntarle si creía que entre ellos dos podía existir algo más que una mera amistad. Cogió aire y se detuvo al lado de la puerta corredera. En la cocina había alguien más con Daniel, podía oír el ruido de unos cubitos de hielo golpeando un vaso de cristal y Daniel no sujetaba ninguno. Ellos no podían verla, Cleo iba a entrar y revelar su presencia cuando oyó su nombre y se detuvo.

—Creía que Cleo iba a ser distinta.

A pesar de que acababa de conocerlo, podía imaginarse la mueca de Sergio a la perfección.

—¿Distinta?

—Más de mundo, más sofisticada.

—Cleo es una buena chica, no deberías juzgarla tan precipitadamente. —Daniel no la había defendido exactamente, pero se conformaba con eso a pesar de que la primera mitad de la frase dejaba claro que no se sentía atraído por ella.

Una parte de Cleo quiso irse, pero otra, dominada por el orgullo, la obligó a quedarse.

—No negaré que tiene un polvo y si no fuera por ti probablemente intentaría tirármela, pero nada más.

—¿Por mí?

—Claro, Cleo y tú os habéis acostado, ¿no?

—¿Cleo y yo? ¡Por supuesto que no! Es toda tuya si quieres.

La sorpresa de Daniel fue insultante y Cleo se dio cuenta de que estaba llorando cuando una lágrima se detuvo en la comisura de sus labios y notó el sabor salado.

—No, gracias —contestó al instante Sergio—. Ahora mismo prefiero descansar, buscar apartamento y centrarme. No quiero complicaciones, y una buena chica conlleva demasiadas. Paso.

Daniel le sugirió entonces a Sergio que fuese a charlar con una mujer llamada Chantal, o Carla, Cleo no pudo estar segura porque salió de esa casa antes de que alguien pudiese ver el daño que le habían hecho esos dos idiotas con sus estúpidos comentarios.

Cleo no se lo merecía, pero horas más tarde, en su cama y después de llorar, pensó que había tenido suerte de descubrir qué pensaba Daniel de ella antes de ponerse en ridículo y preguntárselo a la cara (como había estado dispuesta a hacer). Ahora ya no cometería esa locura y podría mantener la dignidad intacta. Seguirían coincidiendo en el trabajo, eso era inevitable, pero ahora ya no caería rendida ante cualquier sonrisa del director de orquesta.

En cuanto a Sergio, había tenido suerte de averiguar cómo era de verdad. La inexplicable atracción que había sentido al verlo al llegar a la fiesta había desaparecido por completo y ahora podía afirmar que lo odiaba con todas sus fuerzas. Además, lo más probable era que no volviese a verlo nunca más.

## Capítulo 3

*Seis meses más tarde*

El enfado con Daniel tardó en disiparse, pero, tras semanas de sonrisas, cafés y miradas varias, el corazón de Cleo volvió a acelerarse cada vez que ella y él se encontraban en el Liceo. Él, ajeno a los motivos que habían ocasionado el distanciamiento de Cleo, lo atajó a nervios por el trabajo o a la complicada situación familiar de ella.

Cleo estuvo a punto de decirle que había escuchado (por casualidad) esa conversación y de preguntarle por qué diablos le resultaba tan imposible concebir la posibilidad de acostarse con ella. No lo hizo, por supuesto, y durante el primer mes después de esa fiesta fue capaz de salir un par de noches sin pensar en él, pero Daniel, su música y sus conversaciones no tardaron en volverse a ganar un lugar en sus pensamientos, y en sus estúpidos sueños románticos.

En cuanto a Sergio, la teoría de Cleo de que no volvería a verlo también resultó ser un auténtico fiasco. Sergio Vertel había decidido quedarse en París indefinidamente, al menos de momento, y había alquilado un apartamento a pocos metros del Liceo. Ellos dos se veían —y fulminaban con la mirada— casi a diario y, cuando no, acababan coincidiendo en los lugares más sorprendentes, con o sin Daniel a su alrededor. En el primero de esos encuentros Cleo intentó fingir que no había visto a Sergio, pero no lo consiguió y él se encargó de restregárselo por la cara.

Ella había entrado en un supermercado que había dos calles antes de llegar a casa. Lo había elegido porque sabía que allí vendían esa pasta con forma de princesas que tanto le gustaba a su sobrina. Iba cargada con el bolso y la bolsa de lona negra llena de la ropa que había acumulado en el vestuario del Liceo. Entró y cuando se dirigía al pasillo de las pastas vio a Sergio de pie frente a la sección de salsas. Giró tan rápido para evitarlo que chocó con el carrito de una señora y el sonido, acompañado de su gemido de dolor porque la rueda del carrito le pasó por encima del pie, captó la atención de Sergio. Aun así, ella fingió no verlo y se fue de allí tras disculparse con la señora. Sergio la siguió.

—¡Cleo!

Ella caminó más deprisa, dio un par de saltos a la pata coja porque el dedo del pie todavía le dolía, y no paró hasta llegar a la sección de higiene femenina.

—Oh, vamos, Cleo, sabes que te he visto.

—Yo a ti no.

Sergio se rio y se detuvo junto a ella (frente a las compresas).

—¿Te has hecho daño en el pie?

—No.

Lo miró de reojo y vio que él desviaba la mirada hacia el pie en cuestión. Sergio llevaba, igual que el día de su fiesta, una camisa arrugada y con el botón del cuello desabrochado. Tenía las manos en los bolsillos y Cleo sintió un cosquilleo recorriéndole la espalda mientras él la observaba en silencio.

—¿Vienes a este súper a menudo?

Era una pregunta tan inocente que no encajaba para nada con el hombre que la formuló.

—A veces.

Eso no era lo que había querido preguntarle, Cleo podía oírle respirar y contener las palabras.

—Yo...

—Sergio, *baby*, aquí estás —lo interrumpió una chica pelirroja que parecía sacada directamente del Photoshop. La pelirroja, con acento y facciones de inglesa, se le colgó del cuello y le estampó un beso en la mejilla. Iba vestida completamente de negro y olía a perfume caro.

—Ella es Cleo, Eve, una amiga de Daniel.

Cleo se giró entonces y vio que Sergio rodeaba a *Eve* por la cintura y que el rostro de él había cambiado por completo. No supo exactamente cómo se dio cuenta del cambio, apenas lo conocía, pero era tan brusco y tan visceral que se le revolvieron las entrañas. Ese era el Sergio de verdad, era cuando se cruzaba con ella cuando dejaba de serlo. ¿Por qué jugaba ese doble papel? ¿Por qué no era capaz de tratarla igual que al resto? Ese descubrimiento le dio tanta rabia que Cleo fue capaz de decir:

—Encantada de conocerte, Eve, me encanta la ropa que llevas, es muy sofisticada —esperó a que él la mirase a los ojos—, muy de *mujer de mundo*.

Eve le dio las gracias por el cumplido sin detectar la mala intención y Cleo se fue a buscar la pasta de princesas con los ojos de Sergio clavados en la espalda.

Unos días más tarde Cleo bajaba la escalera del metro cuando tropezó y unos brazos la sujetaron por la cintura y evitaron que se rompiera la crisma contra el suelo. Supo que su salvador era Sergio antes de que él hablase porque se le encogió el estómago igual que la noche que lo conoció y se le erizó el vello de la nuca.

—Te tengo.

La apoyó en el escalón y la soltó despacio. No se apartó de detrás de ella hasta lentos segundos más tarde. Cleo le oyó respirar y después Sergio bajó dos escalones y se colocó frente a ella, mirándola. La gente los esquivaba al pasar aunque en realidad ninguno de los dos parecía darse cuenta y ninguno mostró intención de moverse de donde estaba. Él volvía a tener las manos en los bolsillos y apretaba los labios en esa mueca de enfado que ella ya relacionaba con él.

—Gracias.

A pesar de todo estaba claro que tenía que darle las gracias por haber evitado que se rompiese la crisma.

—¿Siempre caminas tan distraída?

Sintió que la estaba riñendo, que estaba enfadado con ella, y se puso a la defensiva.

—No iba distraída.

—Podrías haberte hecho mucho daño.

—Bueno, por suerte no me lo he hecho.

—¿Por suerte? Dirás mejor que no te lo has hecho porque te he cogido a tiempo.

—Y ya te he dado las gracias. Lo normal sería que hubieras dicho «de nada» y no este interrogatorio propio de la inquisición española.

—¿Te gusta Monty Python? —le brillaron los ojos y le sonrió. Fue repentino, inesperado, y el corazón de Cleo se aceleró.

—Sí, ¿por qué?

—Ya sabes, «nadie espera a la inquisición española».

Le tocó sonreír a Cleo, él subió un escalón. La gente seguía esquivándolos y recibieron algún comentario malsonante de un transeúnte apresurado, pero ella solo podía oír el tono divertido de Sergio, había cambiado tanto como el brillo de sus ojos.

—Gracias por evitar que me cayese.

—De nada —aceptó Sergio esta vez—. En un cine cerca de mi apartamento pasan *La vida de Brian*, ¿te apetece ir a verla?

Una señora golpeó a Cleo con el bolso al pasar y se vio obligada a regresar a la realidad. Ella no podía ir a ninguna parte. De hecho tenía que darse prisa y subirse al primer metro que pasase porque Luella tenía que irse a trabajar y probablemente Marion ya estaba sola en casa. Además, ¿a qué venía la petición de Sergio? Él creía que ella le «traería complicaciones». La conversación que había escuchado a hurtadillas en esa fiesta todavía la perseguía y debió de reflejarse en su rostro porque Sergio retrocedió el peldaño que había subido minutos atrás.

Ese peldaño fue de kilómetros de distancia.

—No, yo...

—No pasa nada —la interrumpió él—. De todos modos, acabo de recordar que tengo un compromiso.

—Claro.

Entonces, ¿por qué diablos la había invitado al cine? Cleo se subió el bolso, el peso pareció duplicarse, y esquivó a Sergio para seguir bajando la escalera. Él la siguió y se colocó a su lado.

—Daniel ha organizado una cena con un grupo de amigos, me había olvidado.

Cleo no dijo nada más, caminó con la mirada al frente, fija en el túnel por el que tenía que entrar el tren. Llegaron a una intersección, un pasillo seguía hacia delante y el otro hacia la izquierda. Ella no tenía que desviarse y el ruido chirriante le anunció que su tren estaba a punto de detenerse y abrir las puertas. No contó con despedirse, volvía a sentirse como una estúpida por haberse planteado durante un segundo que los ojos de Sergio le entrecortaban la respiración, pero él la sujetó por el antebrazo y la detuvo.

—De verdad tengo que irme.

Ella no podía dejar de mirar la mano de él rodeándole el brazo, la tela de la cazadora se arrugaba entre sus dedos y sentía una extraña presión en la piel.

El tren de Cleo dio la primera señal de aviso.

—Por supuesto, yo también.

Sergio la miró a los ojos y la soltó apretando los labios, conteniendo una explicación o quizá una excusa.

—Ve con cuidado —se despidió con esa frase que ella solo oyó porque ya se había dado media vuelta para salir corriendo hacia las puertas que se cerraban.

Cleo no vio que Sergio se quedaba en esa intersección mirándola, y tampoco que sacudía la cabeza mientras caminaba tenso y enfadado hacia la dirección opuesta.

En el metro Cleo mandó un mensaje a su hermana Luela para que supiera que llegaría cinco minutos más tarde. Sujetó el móvil paciente entre los dedos mientras esperaba la respuesta, un sencillo O. K. o un emoticono le habría bastado, pero no recibió nada y la paciencia desapareció y se convirtió en nervios. Podía haber una explicación lógica, su hermana podía estar en el baño y no haber visto el teléfono, aunque el sexto sentido de Cleo, ese que siempre se retorció cuando Luela iba a complicarse la vida, lo negaba a gritos. En cuanto el vagón se detuvo en la parada, se apresuró a salir y cruzó a la carrera las dos calles que faltaban hasta su casa. Abrió la puerta del apartamento y suspiró de alivio al ver a Marion sentada frente al televisor.

—Hola, princesa.

—Hola.

—¿Y mamá?

—Se ha ido.

Cleo se mordió la lengua para no insultar a su hermana frente a la niña. Solo había llegado cinco minutos tarde, pero cinco minutos era tiempo de sobra para que Marion se hiciese mucho daño estando sola en un apartamento.

—¿Hace mucho?

—No lo sé, no sé mirar el reloj —la niña se dio media vuelta y le sonrió—, pero Aladdín todavía no tenía la lámpara.

Cleo desvió la vista hacia la pantalla del televisor y vio que el genio azul y disparatado estaba a punto de recuperar su libertad. Era la película preferida del momento y tanto Marion como ella se la sabían de memoria. Luela llevaba casi una hora fuera. Maldita fuera.

Se quitó la cazadora abatida y la dejó encima del respaldo de una silla del comedor. Hacía semanas que sospechaba que su hermana había vuelto a tomar drogas y esa clase de comportamiento no ayudaba a disipar sus dudas, todo lo contrario. No había encontrado nada en el apartamento. Después de que Luela se fuese de casa por primera vez, había aprendido a buscar y Cleo conocía las técnicas de escondite de su hermana. Si ahora se estaba drogando había aprendido a ocultarlo mejor. Tal vez estaba equivocada —ojalá lo estuviese— y el motivo de la distracción de Luela fuera

un hombre, su hermana tenía un gusto pésimo para elegirlos y al principio de una relación se comportaba como una adicta, aunque sin duda eran preferibles a la otra opción.

Cleo no envidiaba esa clase de pasión, le parecía una muestra de egoísmo y una estupidez. Ella nunca había olvidado nada por ningún hombre y nunca había cometido locuras por ninguno, Luella las hacía por las dos y también eran las dos las que tenían que pagar las consecuencias, o las tres, porque sin duda Marion también las pagaba. El único riesgo que había corrido Cleo en la vida había sido enamorarse de Daniel y no confesárselo, ni siquiera insinuárselo, nunca. Sí, después de esa cena se alejó de él, pero si era sincera consigo misma tenía que reconocer que si Daniel se propusiese conquistarla no le costaría mucho conseguirlo. Cuando ella se permitía soñar, los veía a los dos acudiendo juntos al Liceo, compartiendo momentos.

—¿Puedo ayudarte a cocinar, Cleo?

—Claro —carraspeó para despertar la garganta. Estaba muy preocupada por Luella y no quería que Marion lo notase.

—Creo que mamá no volverá esta noche, se ha llevado la bolsa grande.

Mierda.

Con disimulo, Cleo entró en el dormitorio de Luella y vio cajones abiertos y ropa esparcida por el suelo. Suspiró aliviada y enfadada al mismo tiempo. El comportamiento de su hermana sin duda era irresponsable, había dejado sola en casa a una niña pequeña y a ella ni siquiera la había avisado, pero seguía sin encontrar rastros de drogas por ninguna parte. Cerró los cajones, apagó la luz que Luella se había dejado encendida y salió a preparar la cena.

Fue un fin de semana intenso, Marion preguntó por su madre durante toda la mañana del sábado y Cleo, para distraerla, la llevó al parque y después al cine. La niña no tenía la culpa de que su madre fuese una impresentable, pero Cleo tampoco y, aunque intentó no pensar en lo cansada que estaba o en las ganas que tenía de dormir, le costó fingir que no pasaba nada y que ellas dos, las adultas de la familia, habían organizado ese fin de semana tía-sobrino desde el principio. Por su parte, Luella no dio señales de vida hasta el domingo por la noche cuando mandó un mensaje diciendo que volvería a casa el lunes por la noche. Genial, pensó Cleo, tumbada exhausta en la cama. Con toda seguridad, su hermana estaría mal durante toda la semana y ella tendría que ocuparse de la casa, la pequeña, y claro, ensayar el resto de horas del día, pero... quién necesitaba dormir.

Quizá fue culpa del cansancio, o tal vez fue su subconsciente quien también decidió torturarla, pero esa noche, cuando se durmió después de maldecir a su hermana, Cleo soñó con que Daniel se subía al escenario en plena representación, la cogía en brazos, y la besaba apasionadamente para llevársela lejos de allí y hacerle el amor como un poseso. Se despertó sobresaltada y acalorada (entre otras cosas) y fue a la cocina a por un vaso de agua. Allí, mientras lo bebía, se dio cuenta de que en el sueño no había visto el rostro del hombre que la besaba y desnudaba tan



frenéticamente, ella sencillamente había deducido que era Daniel.

Nunca soñaba con otro, pero esta vez no podía estar segura de que hubiese sido él el que la besaba.

Descubrir eso la inquietó. No hacía falta ser demasiado listo para darse cuenta de que utilizaba a Daniel como escudo o, mejor dicho, como excusa para no correr el riesgo de sentir algo y, Dios no lo quisiera, perder la cabeza por un hombre real, uno que pudiese corresponderle. Sin embargo, si Daniel empezaba a fallarle incluso en sueños, quién le recordaría que el amor y la pasión eran tan necesarios como maravillosos, ¿los Monty Python?

## Capítulo 4

Luela volvió y se comportó como si no hubiese pasado nada, fingió incluso haber echado de menos a Cleo y a Marion. Cleo se lo permitió porque no quería entristecer a su sobrina, no tardaría en ver la realidad con sus propios ojos, adelantárselo sería una crueldad innecesaria. Cleo no llegó a recuperarse del ajeteo del fin de semana y la intensidad de los ensayos antes del estreno no ayudaron en nada.

El ambiente en el Liceo estaba tenso, los miembros de la compañía se comportaban como siempre con educación y profesionalidad, pero todos tenían los nervios a flor de piel por el inminente estreno. Cleo esquivaba a los compañeros más irascibles e intentaba estar a la altura y aprovechar al máximo las horas de ensayo a pesar de que varios músculos de su cuerpo se quejaban a diario por el sobreesfuerzo. Llevaba las piernas y los brazos cubiertos de tiras de varios colores del fisioterapeuta y una venda alrededor de una muñeca; tomaba una aspirina casi a diario. El único momento del día en que estaba tranquila era por la mañana, después de dejar a Marion en el colegio, en manos de su profesora, caminaba hasta el café que había una esquina antes de llegar al Liceo y se sentaba allí a leer un poco mientras desayunaba. A veces, cuando tenía mucha suerte, Daniel se sentaba con ella, solo a veces.

Esa mañana pidió un café con leche y su tostada de siempre, eligió una buena mesa, una de las que no cojeaban, se sentó y sacó la novela que estaba leyendo del bolso.

—Buenos días, Cleo soy bailarina.

Había tenido suerte, Daniel iba a desayunar con ella.

—Buenos días.

Cerró el libro y le sonrió, el día había mejorado de repente, aunque se sonrojó un poco —no demasiado— al recordar el sueño de noches atrás.

—Tenía ganas de verte.

El sonrojo de Cleo ahora sí que aumentó.

—Últimamente no charlamos como antes, te echo de menos.

Si no hubiese aparecido el camarero en ese momento con los dos cafés con leche, Cleo probablemente habría creído que estaba soñando. En ningún sueño suyo aparecería un camarero sin chaleco y pajarita.

—Yo también.

Daniel alargó una mano y cogió la de ella. Cleo se precipitó hacia el infarto.

—¿Qué te parece si salimos este viernes? Podríamos ir a cenar y a tomar algo.

—Claro.

Luela le debía un favor, mil favores, y ese viernes iba a pedir un día libre en el trabajo y a ocuparse de su hija, se prometió Cleo.

—Fantástico. —Daniel le levantó la mano y le dio un beso en los nudillos. Nunca

había hecho nada parecido y el gesto, aunque anticuado, la hizo temblar.

Dos bailarinas compañeras de Cleo entraron entonces en el café y Daniel las saludó efusivamente a ambas, les sonrió y las encandiló igual que hacía siempre con todo el mundo. Desayunaron los cuatro hablando del fin de semana y compartiendo chismes y críticas sobre la dirección del Liceo. Podrían haber sido cuatro amigos sin más, pero Cleo sentía que entre Daniel y ella había algo distinto, algo especial, y él se lo demostró guiñándole un ojo al levantarse.

Durante los ensayos de ese día no le dolió ningún músculo a Cleo, ninguna articulación se quejó y ni siquiera el sudor le molestó. La vida era maravillosa. Al terminar, ella y el resto de bailarinas aplaudieron a la coreógrafa y directora y fueron a ducharse. No le molestó ser la última ni tener el agua helada. Salió de la ducha envuelta en una toalla y se vistió, y con una sonrisa en los labios salió a la calle. En casa jugó con Marion y las dos cenaron pasta en la cocina. En el colegio estaban preparando también un festival, así que las dos compartieron anécdotas sobre sendos ensayos. Evidentemente, las de Marion fueron mucho más divertidas. Recogieron los platos juntas, vieron un poco la tele y fueron a acostarse. Cleo no oyó llegar a su hermana, pero antes de irse a la mañana siguiente comprobó que estaba dormida —y todavía medio vestida— en la cama. No importaba, el lamentable estado de Luella no consiguió empeorar su buen, y al parecer indestructible, humor.

Daniel no estaba en el Liceo esa mañana, ni tampoco lo estuvo durante la tarde ni el día siguiente. Le mandó un mensaje al móvil para decirle que había tenido que salir de improviso de la ciudad y que volvería el viernes para la cena. Unas horas más tarde le mandó otro mensaje con información sobre el restaurante y la hora de la reserva.

Cleo miró los dos mensajes de texto durante minutos como una idiota. Esa noche esperó despierta en el sofá a que Luella apareciese y cuando lo hizo le preparó un café, que la obligó a tomarse, y le contó que ese viernes tenía que ocuparse ella de la niña. Su hermana intentó hacerse la ofendida, recurrió incluso a su táctica más habitual —hacer sentir culpable a Cleo— para no ocuparse de Marion esa noche, y todo fue en vano. Cleo no cedió, se mantuvo firme y decidida, aguantó los lloros y los pucheros, hasta los insultos, y cuando Luella se dio por vencida y accedió a pedir un día libre en el trabajo se acercó a ella, le dio un beso y las gracias, y fue a acostarse. Ese viernes iba a ser el primero de muchos, lo presentía en el nudo que tenía en el estómago y en el cosquilleo que se le deslizaba por la espalda.

Le habría gustado ver a Daniel antes de su cita, sí, tenían una cita, pero se conformó con enviarle también un mensaje donde le confirmaba que estaría en el restaurante en la hora acordada y que lo echaba de menos. Él le mandó una cara sonriente. No era la respuesta que esperaba, pero sí una típica de Daniel.

La tarde del viernes, Cleo salió del Liceo a toda velocidad y se dirigió a casa para cambiarse. Había dejado la ropa y los zapatos preparados esa mañana y tenía que ducharse, secarse el pelo y maquillarse. No quería ir demasiado arreglada ni tampoco

demasiado informal, ni demasiado provocativa, ni demasiado poco. La elección había sido difícil y necesitaba estar en plena posesión de sus facultades, y más minutos de los que tenía de verdad, para conseguir el resultado deseado. Luela la sorprendió cuando apareció en el dormitorio y la ayudó a maquillarse, e incluso le prestó unos pendientes que a Cleo siempre le habían gustado. Se fue de allí con un beso de Marion en la mejilla y unos cuantos consejos escandalosos —y obscenos— de su hermana susurrados en el oído, aunque estos últimos le resultaron tentadores y se prometió hacerles caso más adelante. Llegó al restaurante, pagó al taxista y durante unos minutos paseó indecisa frente a la puerta, ¿tenía que entrar? ¿Quedaría más sofisticada si lo esperaba dentro?

—Hola, Cleo.

Se giró sobresaltada y con el pulso acelerado. Esa voz no era la de Daniel, la de Daniel no le causaba nunca esa reacción.

—Sergio, ¿qué haces aquí?

Tal vez en otras circunstancias habría podido ser más educada.

—Daniel me ha dicho que habíais quedado aquí. —Se detuvo frente a ella con la mirada seria—. Tienes el móvil en silencio.

Cleo abrió el diminuto bolso donde había logrado meter, utilizando técnicas propias del Tetris, el móvil, un pintalabios y las llaves de casa. Comprobó que tenía una llamada perdida y dos mensajes de texto de Daniel. En el primero, le habían retrasado el vuelo y no podía volver a tiempo, en el segundo se disculpaba y le decía que cenarían la semana siguiente. Se despedía con un emoticono que desprendía más culpabilidad que sus pocas palabras y sin ningún gesto mínimamente romántico o cariñoso.

«Es el malhumor porque le han cancelado el vuelo».

—Será mejor que vuelva a casa —susurró sin mirar a Sergio.

—¿Por qué? Yo estoy aquí y tú estás aquí y no pareces tú. Podemos cenar juntos.

—¿¡No parezco yo!?

Cleo guardó el teléfono y cerró el bolso con un sonoro clic. El hombre que tenía delante corría el riesgo de recibir una bofetada, así que emprendió la marcha hacia la esquina en busca de un taxi.

—No, espera. —Él la sujetó por la muñeca—. Lo siento, quería decir que estás guapísima.

—Claro, y por eso no parezco yo. Suéltame antes de que te rompa la nariz.

—No podrías aunque quisieras.

—¿Nos jugamos algo?

Se sentía capaz de romperle la crisma entera.

—No, no. —El cretino se rio, pero la risa disolvió parte del enfado de Cleo y le retorció el estómago—. Te creo. Vamos, date media vuelta. —Le soltó la muñeca.

Cleo cogió aire y lo soltó despacio. No iba a irse de allí con los ojos llenos de lágrimas, no quería que ese imbécil le contase a Daniel que la había visto llorar como

a una niña pequeña.

—Gracias por venir a avisarme y haber evitado que entrase en el restaurante e hiciese el ridículo.

—No lo habrías hecho.

El bufido que salió de la nariz de Cleo no fue para nada elegante. Sergio la miró a los ojos y sonrió, y la tristeza desapareció de los de Cleo.

—Gracias por haber venido, pero no hace falta que me invites a cenar. Estoy bien.

Sergio, sin dejar de sonreír, le cogió una mano y tiró de ella hacia la puerta del restaurante.

—Claro que estás bien, no quiero cenar contigo por eso.

Sergio se movió con destreza y tanta seguridad que antes de que Cleo pudiese darse cuenta de lo que estaba sucediendo ya estaban los dos sentados en una mesa al lado de la ventana con vistas al jardín interior del restaurante. Era un local precioso, decorado con tonos blancos y negros y con una carta corta y deliciosa repleta de platos preparados a diario con productos de mercados locales.

—¿Qué te apetece comer? Me han dicho que aquí todo está buenísimo.

Cleo parpadeó confusa y se cruzó de brazos. Ni en un millón de años se habría imaginado a sí misma cenando con Sergio. Estaba furiosa con Daniel o, mejor dicho, con el avión al que iba a subirse Daniel, con su mente fantasiosa que ya había visualizado cientos de opciones distintas para esa velada, y ninguna incluía el plantón, y con el mundo entero, pero con quien estaba más enfadada era con Sergio. ¿Lógico? Probablemente no.

—¿Qué diablos pretendes cenando conmigo? ¿Te lo ha pedido Daniel? —sugirió de repente. Era lo único que tenía sentido.

—No, Daniel no me lo ha pedido, lo único que me ha dicho era que habíais quedado aquí y que tú no le cogías el móvil. Nada más.

—¿Has venido por tu cuenta? —La cabeza le daba vueltas. No tenía sentido que Sergio hubiese decidido ir a avisarla sin más. Siempre que se veían acababan discutiendo y fulminándose con la mirada. Cuando coincidían, lo cual sucedía inexplicablemente a menudo, lo mejor que sabían hacer era ignorarse.

—Pasaba por aquí. ¿Qué quieres comer?

No iba a permitirle que diese por zanjado el tema tan fácilmente.

—¿No tenías planes para esta noche? Es viernes.

—Sé qué día de la semana es, gracias, y no, no tengo planes.

Cleo refunfuñó, no le creía en absoluto. Cogió la carta para distraerse y dejar de mirarlo, al parecer los ojos de Sergio y la curva superior de sus labios podían hipnotizarla.

—¿Por qué no me crees? —siguió él adivinando la incredulidad de ella—. No te caigo bien —añadió de repente entre sorprendido y dolido. Fue extraño, las emociones escondidas, disimuladas en esa frase, fueron innegables.

Cleo notó el cambio de tono en la voz de Sergio y apartó la carta tras la cual se

ocultaba. Él volvió a subir la suya, aunque sus miradas se encontraron durante medio segundo. Tal vez más. Cleo se perdió de nuevo en los nombres de los platos en busca de algo que explicase por qué a Sergio le importaba la opinión que ella pudiese tener de él. Un hombre que dijo que solo se la follaría porque ella era una mujer con «complicaciones». Apretó la carta con los dedos, sí, Sergio había dicho eso, se lo había dicho a su mejor amigo en una situación relajada. Esa noche fue sincero, esta quizá no lo era. Quizá a él también le habían dado plantón y por eso había acudido a «rescatarla».

—No te conozco.

—No, cierto, pero crees que sí. De hecho, puedo ver que tienes una opinión perfectamente formada sobre mí —afirmó rotundo y enfadado.

Cleo bajó la carta y dejó de disimular. Estaba harta de mentiras y de secretos, de contener sus emociones. Esa noche, la noche que oyó esa conversación, tendría que haber entrado en la cocina y haberles cantado las cuarenta a los dos. Sí, una vocecita le susurró en la cabeza que tan culpable era Sergio como Daniel y que con el segundo no parecía estar tan sumamente enfadada, pero quién diablos tenía tiempo para escuchar a su conciencia. Además, Daniel y ella llevaban años siendo amigos y podía perdonárselo, pero Sergio prácticamente acababa de aparecer en su vida y parecía empeñado en desmontársela.

—¿Y tú no la tienes de mí? ¿Acaso no le dijiste a Daniel que me follarías pero que te parecía demasiado complicada?

Sergio apretó los labios y se quedó sin habla durante un segundo, estaba avergonzado y también furioso, lo que no tenía sentido.

—No sabía que habías oído esa conversación.

—Es lo que piensas, ¿no?

—No.

Cleo lo observó, él estaba confuso y sus ojos eran imposibles de descifrar. Seguro que lamentaba que ella lo hubiese descubierto, a nadie le gusta que le pillen hablando mal de otra persona, pero eso no implicaba que ahora estuviese siendo sincero. Ni mucho menos. Aunque en realidad no importaba, estaba cansada, había tenido una semana muy difícil que ahora culminaba con ese fiasco de cita en la que su pareja ni siquiera se había presentado. Lo único que quería Cleo era irse a casa, quitarse esos zapatos de tacón que le estaban destrozando los pies, desmaquillarse y tumbarse en la cama. Quizá se quedaría un rato viendo la tele y bebería un chocolate caliente antes de acostarse, o quizá lloraría a moco tendido viendo *Leyendas de pasión*, todavía no lo había decidido.

—Me voy.

Se levantó y dejó caer la servilleta encima de la mesa. No habían pedido nada, pero si alguien del restaurante tenía un problema con ellos debería solucionarlo con Sergio porque ella no pensaba quedarse allí ni un segundo más.

—¿Están listos para pedir, señores?

Cleo aprovechó la aparición del camarero para dirigirse a la salida, Sergio la fulminó con la mirada, ella pudo sentirla clavada en la espalda, pero se quedó a dar explicaciones. Cuando él consiguió levantarse y salir a la calle, ella ya había desaparecido dentro de un taxi.

Le oyó gritar su nombre, lo vio correr incluso detrás del taxi, pero una moto se cruzó en su camino y tuvo que detenerse. Durante el trayecto a casa se repitió que había tomado la decisión adecuada, que era imposible que Sergio la hubiese destrozado por no poder explicarse. Y que no tenía sentido que ella hubiese llorado.

Ese fin de semana Cleo se volcó especialmente en Marion, la niña era la excusa perfecta para no pensar en el plantón de Daniel ni en la conversación —y extrañas miradas— de Sergio. Luela aprovechó la situación y prácticamente desapareció y las dejó solas día y noche. El lunes, tras ese intensivo de abrazos, parques y *Aladdín*, el Liceo le pareció el mejor lugar donde recuperar la normalidad y no se detuvo en la cafetería de siempre a desayunar. No sabía si Daniel estaría ya de regreso, él no le había mandado ningún mensaje ni la había llamado, y no tenía ganas de averiguarlo.

Era casi la hora de salir de ese mismo lunes cuando Daniel apareció y le sonrió. Le explicó que, al final, debido al retraso del vuelo, había decidido quedarse todo el fin de semana en Barcelona. Estaba exhausto y se sentía culpable por no haber acudido a la cena y por no haberle dicho nada más desde ese último mensaje, pero había estado terriblemente ocupado. Cleo se hizo la ofendida, por qué negarlo, y él la cameló, tampoco tenía sentido negarlo. Dos guiños de ojo más tarde y tres sonrisas, y Cleo estaba dispuesta a perdonarlo.

—Vamos, Cleo, siento de verdad no haberte llamado y no haber llegado el viernes. Dime que me perdonas.

—Está bien.

Se dijo a sí misma que estaba manteniendo las distancias.

—Genial. Este miércoles hay una fiesta en Le Carmen, yo tendré que cumplir con ciertos compromisos pero los afrontaré con más ganas si tú también estás allí.

Cleo sabía de esa fiesta, la organizaba una importante revista de moda y siempre invitaba a toda la compañía porque al parecer las bailarinas y los músicos del Liceo quedaban bien en esa clase de eventos. Seguro que Daniel había recibido una invitación distinta a la de ella, personalizada y más exclusiva. Ella no se había planteado asistir, hasta ahora.

—Estaré.

Daniel le sonrió de nuevo con hoyuelos incluidos. El miércoles podía organizarse sin problemas, lo único que tenía que tener presente era que no podía acostarse muy tarde porque al día siguiente volvían a ensayar durante más horas de las recomendables. Disculparían que Daniel, el director de la orquesta y niño bonito del Liceo, no se presentase al trabajo o llegase tarde, pero ella, una bailarina sin más, tenía que estar allí a primera hora y darlo todo a diario.

Pasó los días que faltaban hasta el miércoles concentrada en los ensayos y en la

nueva coreografía. Llegaba a casa pronto y desconectaba con Marion, cenaban juntas y se reían. Acostaba a la niña temprano, después del baño y el cuento, y después se acostaba ella. Luela seguía con su rutina habitual; desaparecía en cuanto ella llegaba y lo dejaba todo hecho un desastre, pero no tenía la mirada perdida y nombraba sin cesar a Ricardo, un compañero del bar donde trabajaba. A diferencia de la cita fallida de la semana anterior, en esta ocasión Cleo intentó contener las ilusiones aunque no acabó de conseguirlo y se vistió con un corto vestido negro que complementó con unos labios rosa *nude* y sombras de ojo humeantes. Estaba elegante y misteriosa, eso fue lo que le dijo su vecina cuando dejó a Marion en su casa para que la cuidase hasta su regreso.

Cleo suspiró, se montó en otro taxi, el último de ese mes porque si no su economía se iría al traste, y notó que se le aceleraba el corazón.

Esa noche sí que iba a ser especial.

Y sin venir a cuento, cuando el taxi se detuvo en un semáforo, recordó la mirada de Sergio corriendo tras ella.



## Capítulo 5

Le Carmen estaba elegantemente lleno, no había las multitudes que solían hacer cola frente a la puerta durante las noches del fin de semana, pero bastaba con acercarse para comprobar que el interior vibraba con la música elegida para agasajar a los invitados de la fiesta. Cleo facilitó su nombre al guarda de seguridad que protegía la entrada y este, tras comprobarlo, le indicó adónde debía dirigirse. Entregó el abrigo al encargado del guardarropía y se dirigió hacia las mesas con los aperitivos. No tenía hambre, aunque supuso que comer algo podría aflojarle el nudo que sentía en el estómago. No veía ni rastro de Daniel por ningún lado, debía de llegar tarde, como siempre. Aceptó una copa de champán de un camarero de lo más elegante, eligió un canapé del ejército que había y se sentó en una butaca de terciopelo color chocolate a esperar.

Distintos miembros de la compañía del Liceo fueron apareciendo por la puerta, varios se acercaron a saludarla, a darle conversación, a elogiarla por el vestido. Cleo intercambió halagos y siguió donde estaba cada vez más nerviosa. Ni siquiera la música lograba distraerla o relajarla.

—Estás preciosa.

Sintió un cosquilleo, el nudo del estómago se estrechó, el corazón le golpeó las costillas y le subió por la garganta, tuvo calor. Mucho calor. Y tuvo que tragar saliva antes de hablar. Haberse acordado de él de camino hacia allí no la ayudaba demasiado.

—Para ser yo.

—Estás preciosa —Sergio repitió la frase y se sentó junto a ella sin pedirle permiso.

Cleo se cruzó de piernas para ganar unos centímetros de distancia.

—¿Has venido con Daniel?

Había decidido que si volvía a ver a Sergio fingiría que la casi cena del viernes anterior no había tenido lugar. No podían ser amigos, pero intentaría ser civilizada con él.

—No.

Ella desvió la mirada de nuevo hacia la puerta, dio por concluida la conversación, si era eso lo que habían tenido, e intentó olvidarse de que a su lado estaba sentado aquel tipo engreído y maleducado. Pero esa descripción ya no parecía encajarle, si es que alguna vez lo había hecho.

«Estás preciosa». Había sonado sincero, emocionado incluso. Culpa de la extraña acústica del local. Sergio no se movió, la tensión sin embargo se abría paso por entre los hombros y los dedos de sus manos. Cleo no quería que pensase que huía, pero no pudo resistirlo más y se puso en pie, un escalofrío se extendía por su cuerpo con cada

respiración. Él siguió observándola sentado, igual que si quisiera decirle algo y no hallase las palabras. Soltó el aliento al dar con una, cómo Cleo pudo oír ese cambio por entre el ruido que había alrededor nunca lo sabría.

Tampoco pudo intentar averiguarlo, pues vio que las cortinas de terciopelo que dividían ese local con el mundo real se separaban y entraba Daniel.

Daniel con una mujer muy guapa.

La vergüenza y la rabia le hicieron flaquear las rodillas, Cleo se debatió entre sentarse y fingir que no los había visto y salir corriendo. Correr era preferible, podría llorar, enfadarse consigo misma en cuanto estuviese a solas. Sujetó el bolso entre los dedos, cogió aire, y notó una mano sujetándola por la cintura.

—No te vayas, no se lo merece.

Le escocieron los ojos. Sergio había presenciado su derrota, su decepción, había adivinado más allá de cualquier duda la verdad de los sentimientos de Cleo. Ella quería morirse, no se le ocurría peor persona para tal descubrimiento. Y sin embargo él la siguió sujetando y le susurró de nuevo al oído.

—Quédate justo donde estás y sonríe. Estás preciosa.

Creyó que le besaba la mejilla, le ardían tanto que no podía estar segura.

—Hola, Cleo, me alegro mucho de que hayas venido —Daniel la saludó con un beso en la mejilla, ese sí lo sintió y la dejó helada—, tenía muchas ganas de presentarte a Raquel.

Sonrió a Raquel, una bailarina española extremada y cruelmente guapa, intercambió dos frases con ellos —no se soltaron ni un momento— e inició la despedida.

—¿Tan pronto? —Daniel no tenía ni idea de lo doloroso y humillante que era para ella estar allí.

Sergio le apretó levemente la cintura y el gesto, inesperado, sin sentido, la reconfortó.

—Sí, es miércoles.

Raquel le dio las buenas noches, ella iba a quedarse hasta tarde porque estaba de vacaciones. Iba a pasar esos días con Daniel, enamorándose de la ciudad del amor (frase textual de la española).

—Seguro que Daniel será un guía espléndido —intervino Sergio—. Se conoce a la perfección la *ciudad del amor*.

Fue una broma, los dos amigos sonrieron, aunque el tono de Sergio contenía cierto reproche. Tal vez él también conocía a Raquel de antes y estaba interesado en ella, Cleo no tenía ni idea y no iba a quedarse a averiguarlo. Les sonrió, balbuceó buenas noches y se dirigió decidida al guardarropía a por el abrigo. Aceptó la prenda, el encargado le sonrió, pero ella fue incapaz de devolver el gesto, se puso una manga, después la otra, se iría de allí y no volvería a...

Sergio pasó por su lado y la cogió de la mano, entrelazó los dedos con los de ella y tiró con decisión hacia un pasillo que había junto al guardarropía y conducía a un

salón privado.

—¡Suéltame!

No le hizo caso, se detuvo y se giró para mirarla. Los ojos de él contenían emociones desordenadas, intensas, que se peleaban entre sí.

—Daniel no se merece estas lágrimas.

—¡No estoy llorando!

Él le acarició una mejilla y le demostró que mentía. Cleo perdió la respiración, Sergio juntó los dedos con los que había capturado la lágrima hasta que esta se fundió en su piel.

—Te manipula, se lo he visto hacer otras veces, pero contigo...

—¿Conmigo qué? —Tenía la espalda apoyada en la pared y a Sergio a pocos centímetros frente a ella—. No debería escucharte, no sé qué diablos pretendes. Se supone que Daniel es tu mejor amigo.

—Y lo es, pero no se merece a una mujer como tú.

—¡Déjame en paz y lárgate de aquí! Sé que crees que no soy lo bastante...

La calló con un beso, no fue lento ni delicado. Cleo ni siquiera lo vio venir, la única advertencia fueron las llamas de su mirada. Los labios de Sergio se colocaron con insistencia sobre los de ella, la devoraron, los separaron con una pasión que clamaba ser incontrolable y le derritieron las rodillas. La lengua de él se movió dentro de su boca como si le perteneciera, conquistándola, descubriéndole rincones que Cleo no conocía. Las piernas de él enmarcaron las de ella, sus muslos se rozaron y, aunque los separaban los pantalones de él y las medias de ella, Cleo podía sentir su fuerza. Un ruido de un objeto al golpear el suelo, el bolso, y Cleo sujetó a Sergio por la cintura y lo acercó a ella.

Él le mordió el labio, ella tembló, tenía calor, el corazón le latía tan rápido que podía oírlo dentro de su cabeza. No podía pensar, solo sabía que se arrancarían la ropa si pudiera, y la de él.

—Cleo...

Demasiado real.

Colocó las manos en el torso de Sergio, lo sintió tensarse y sin querer evitarlo le clavó las uñas por encima de la camisa, pero lo apartó. Sí, una parte de su cuerpo, no, todo, se quejó. Lo apartó de todos modos. ¿Qué estaba haciendo? Se humedeció los labios y al encontrar allí el sabor de él el estómago se le encogió y tuvo que apretar las piernas. ¿Por qué con él? ¡Con él!

—Cleo.

Utilizó su nombre como un suspiro, como si en esas pocas letras cupiera el universo. Ella no podía decir nada, se había olvidado de hablar, de razonar.

La música de Le Carmen se metió por entre la confusión y la decoración del local fue apareciendo poco a poco ante ella. Recordó dónde estaba, por qué había acudido allí esa noche. El resto de invitados fueron dibujándose y una silueta en concreto se acercó a ellos. Era la chica del supermercado, la que estaba con Sergio y le había

llamado «baby».

Se agachó despacio, él, que seguía frente a ella, casi pegado, aguantó la respiración. Cleo recogió el bolso, lo miró a los ojos y calculó que tenía el tiempo necesario para decir lo único que importaba:

—No quiero volver a verte nunca más.

Sergio apretó la mandíbula, entrecerró los ojos, levantó una mano con intención de tocarla, Cleo se apartó a tiempo y vio a Daniel cerca de la entrada. Se acercó a él decidida, vio a Sergio por el rabillo del ojo, furioso, estupefacto, inmóvil donde estaba porque la guapa del súper le había impedido —sin saberlo— seguirla y le estaba hablando.

Daniel le sonrió al verla y le preguntó si se lo estaba pasando bien.

—En realidad, vengo a despedirme. —Se habría abanicado si hubiese podido—. Nos vemos mañana.

Él insistió en acompañarla fuera y buscarle un taxi, le colocó una mano en la cintura, igual que hacía cuando entraban en un café o a veces en el Liceo, y Cleo no supo qué hacer con el gesto. Era evidente que esa noche su cuerpo no reaccionaba como siempre. Subió al taxi, aceptó el beso en la mejilla de Daniel y se negó a pensar en el que Sergio le había dado en los labios.

Eso no había sido un beso, había sido demasiado sexual, demasiado fuerte para definirlo con esa palabra tan inocente.

No pegó ojo en toda la noche. Aunque cumplió con el ritual de siempre, se pasó las horas dando vueltas en la cama. Fue un milagro que no se rompiera nada el día siguiente en los ensayos, lo único que lo evitó fue que Daniel no apareció y Cleo casi logró fingir que lo que había sucedido en *Le Carmen* había sido el sueño más extraño de toda su vida. A su mente tal vez logró engañarla, pero su cuerpo seguía con la piel de gallina, las rodillas todavía le temblaban, y en los labios sentía el sabor de Sergio. La marca de los dientes que él le había dejado allí no ayudaba, podía verlo frente a ella, ni siquiera tenía que cerrar los ojos, y la sangre se le aceleraba y empezaba a tener calor. No era una reacción racional, de hecho, era de todo menos racional.

Al terminar los ensayos no se fue a casa como siempre, Marion había acudido a su primera fiesta infantil y no tenía que ir a recogerla hasta más tarde. Aprovechó para quedarse sola en una de las salas más pequeñas y practicar un poco más. Bailar la dejaría lo bastante exhausta como para poder dormir esa noche. Puso la música en marcha, una pieza clásica de Tchaikovsky, se aseguró de llevar bien atadas las puntas e inició los ejercicios. Cerró los ojos, se dejó llevar por la música y por esos movimientos que estaban grabados en su mente y en su cuerpo.

La tensión fue alejándose, las preocupaciones también. Quedó solo ella.

—Nunca te había visto bailar.

La voz de Sergio le erizó la piel y se detuvo. Abrió los ojos convencida de que había alucinado, pero él estaba de pie frente a la puerta, apoyado en ella. El Liceo estaba prácticamente a oscuras, apenas se colaba luz por el cristal traslúcido que

ocupaba la mitad superior de la puerta de la pequeña sala de ensayos.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —Se acercó a la barra de ejercicios en busca de la toalla que había dejado allí para secarse el sudor.

—Te estaba esperando fuera, me ha visto el guarda de seguridad y me ha dejado entrar. Al parecer estás sola en el Liceo.

—¿Qué quieres? —Bebió un poco de agua, una gota le resbaló por el cuello y él la siguió con la mirada.

Tardó varios segundos en contestarle y lo hizo con la voz ronca.

—Hablar contigo. Verte.

Cleo no podía seguir huyendo, tenía que tener esa conversación de una vez por todas.

—No le cuentes a Daniel lo de ayer, fue una estupi...

—No quiero hablar de Daniel.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A verte a ti.

Se acercó, la miró con tanta intensidad que Cleo no pudo moverse de donde estaba.

—A hablar contigo, de mí, de ti. No de Daniel —continuó Sergio.

Le sujetó el rostro, Cleo pensó que tenía las palmas de las manos más fuertes y fiables que había sentido nunca.

—¿Por qué?

—¿Cómo puedes estar tan ciega?

Sergio agachó la cabeza despacio, sin dejar de mirarla, suspirando entre los dientes. Colocó los labios encima de los de Cleo y la besó. Quizá habría sido un beso dulce, pero en cuanto ella soltó el aliento los dos se aceleraron. Cleo sujetó las muñecas de Sergio, las retuvo donde estaban, abrió la boca porque necesitaba que él volviese donde tenía que estar. En esos instantes, no pensó en nada excepto en ese hombre que le despertaba todos los sentidos, incluso los que ella quería que siguiesen durmiendo. Sergio tenía un sabor increíble, movía los labios y la lengua sin pedirle nunca permiso, sin darle opción a rendirse porque en cuanto la tocaba se perdía en él y se entregaba a esa locura.

Algo que ella no había hecho nunca.

Sergio se apartó, le besó los labios unos segundos eternos, inhaló profundamente y aflojó uno a uno los dedos que tenía en sus mejillas.

—Tengo que irme a Londres. En realidad, mi vuelo sale dentro de dos horas, pero no podía irme sin hablar antes contigo.

Cleo parpadeó, esos besos, el olor de la piel de él, la convertían en una mujer que solo sentía y se olvidaba del mundo real. No le dijo nada, la noche anterior había sido capaz de apartarlo, de asustarse por esa intensidad, ahora tenía todavía más miedo porque no sabía qué haría si lo tocaba. ¿Lo apartaría o lo acercaría a ella y lo desnudaría?

Sergio la soltó y dio un paso hacia atrás. Respiraba despacio, controlando el modo en que subía y bajaba el torso. La falta de respuesta de Cleo lo tenía confuso y midió sus reacciones y sus palabras con cautela al continuar:

—La revista donde trabajaba, *The Whiteboard*, me ha pedido que asista a una reunión y revise unos artículos.

Ella seguía sin decir nada, sin moverse, el sabor de él seguía circulándole por la sangre, las piernas le temblaban y apenas podía mantener fija la mirada.

Sergio asintió, pareció resignado, incluso abatido, cuando se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de la sala.

—¿Volverás?

Cleo no reconoció su propia voz, no sabía que iba a preguntarle eso hasta que las palabras salieron a toda prisa por su garganta. Sergio se detuvo, los hombros se movieron hacia atrás y apretó el picaporte con los dedos.

—Tú estás aquí, ¿no?

Eso no explicaba nada, no era una respuesta.

—¿Yo? Yo siempre estoy aquí.

Intentaba no pensar nunca en ello porque, si alguna vez se planteaba qué haría si Marion y Luella no la necesitasen, se sentía culpable. Si ellas no estuviesen quizá estaría muy lejos de allí.

—Entonces volveré.

Sergio salió de la sala y del Liceo, y de esa noche, con el mismo sigilo y misterio con el que había entrado. Cleo se dio cuenta de que la música seguía sonando y se acercó a apagarla. En cuanto alargó la mano para tocar los botones pertinentes, vio que temblaba. Con la única luz del pasillo para guiarse, caminó hasta el vestidor, donde se puso las botas encima de las medias y el abrigo sobre la ropa de *ballet*, se colgó la bolsa del hombro y se fue corriendo a buscar a Marion.

¿Por qué la había besado Sergio? Ese beso no era fruto de las circunstancias, no era culpa del mal humor o de la situación, no se había dejado llevar por un impulso. Sergio había ido a verla al Liceo, la había esperado fuera y había entrado al ver que ella no salía. ¿Por qué lo había besado ella? Él le había sujetado el rostro con suavidad, le había dado tiempo de sobra para apartarse, en realidad, pensó sonrojada acostada ya en la cama, habría tirado de él para que la besase antes.

Ella quería a Daniel, llevaba años enamorada de él. Daniel y ella eran perfectos el uno para el otro, ya eran amigos y se llevaban muy bien. Sus vidas encajaban a la perfección. Además Daniel era muy cariñoso con ella, últimamente la miraba de un modo distinto, más atrevido, menos fraternal. Sí, él siempre parecía estar metido en alguna relación, pero todas eran con las mujeres equivocadas. Él mismo se lo había dicho, solo era cuestión de tiempo, tarde o temprano se daría cuenta de que ella estaba allí y era mucho más que su mejor amiga.

Lo que había sucedido con Sergio había sido un error, algo inexplicable que solo tenía sentido si lo analizaba con los hechos que lo habían precedido. Daniel se había

presentado con otra en Le Carmen y le había hecho daño. Y Sergio había intentado consolarla dándole el beso más brutal de toda su vida.

«¿Y el beso de hoy?».

El beso de hoy había sido culpa de la música clásica, de la soledad, tal vez incluso de la rabia contenida por los sucesos de la noche anterior. Había sido intenso, no podía negarlo. Nunca había sentido nada igual, pero todo cambiaría cuando Daniel la besase. Entonces el beso de Sergio caería en el olvido.

## Capítulo 6

A la mañana siguiente, Cleo, gracias a su sobrina Marion, no tuvo tiempo de pensar en el beso, en Daniel, ni en nada que no fuese llevar a la niña al colegio antes de que les cerrasen la puerta en las narices. Se habían dormido y si no hubiese sido por el ruido que hacía el ascensor del edificio donde vivían no se habrían despertado hasta el mediodía. Marion le confesó que la noche anterior le había costado dormirse después de la fiesta. Cleo le sonrió y no la riñó, ella no había pegado ojo, pero cayó rendida cinco minutos antes de que el despertador sonase y no lo había oído.

Corrieron como unas locas por la calle, Marion con su mochila de Babar y Cleo esquivando obstáculos y abriéndole paso a la pequeña. Llegaron al colegio sanas y salvas, y a tiempo. Después de darle un beso a Marion, Cleo respiró despacio y decidió que hoy sin duda se merecía un café con leche y uno de esos deliciosos cruasanes que preparaban en la cafetería cerca del Liceo. Caminó más tranquila, sin acelerar el paso y sin volverlo lento del todo, dejando la mente en blanco. Ella siempre había considerado que, dejando a un lado la trágica muerte de sus padres, su vida era muy normal, sin altibajos.

Esos últimos meses le estaban demostrando lo contrario, la llegada de Luela y Marion había sido solo el principio. Conocer a Daniel, la aparición de Sergio, enamorarse de Daniel, el beso —los besos— de Sergio. El corazón se le aceleró, un cosquilleo nació en su estómago y bajó hasta los pies, arremolinándose durante unos incómodos segundos entre sus piernas. Se sonrojó y miró a su alrededor. Tenía ganas de sonreír.

Sergio no significaba nada para ella, no podía significar nada para ella, se dijo, pero le había recordado que era atractiva. No era que lo hubiese olvidado, sino que dicha afirmación estaba cubierta de polvo en algún rincón de su cabeza. Era una mujer atractiva e iba a dejarse de tonterías con Daniel. Si él no la invitaba a salir pronto, lo haría ella.

Aceleró el paso de repente, impaciente por llegar a la cafetería y ver si Daniel estaba esperándola en su mesa de siempre.

Lo estaba.

Cleo tomó aire y se dirigió decidida hasta él. Se plantó frente a la mesa y le sonrió. Iba a decírselo de un segundo a otro.

—Cleo, qué bien que estés aquí. Tengo que contarte algo, necesito que me aconsejes. Sergio no está y no sé a quién acudir.

Oír el nombre de Sergio la hizo titubear, le faltó el aire durante un segundo y le sudaron las palmas de las manos.

«Y dices que no significa nada para ti», se burló su conciencia. La obligó a callarse y se concentró en Daniel.



—Claro, yo también tengo que contarte algo.

—Oh, tú primero —se ofreció.

Cleo le observó con atención, se había sentado y tenía el rostro de Daniel a escasos centímetros. Estaba tan guapo como siempre, aunque bajo los ojos azules tenía unas ojeras muy pronunciadas. Ese detalle la inquietó, Daniel solo perdía el sueño cuando estaba muy preocupado y eso solo lo conseguía su música.

—No, empieza tú.

—¿Recuerdas a Raquel, la bailarina española de la otra noche?

—Sí.

—La conocí cuando estuve en Barcelona. —Alargó una mano y cogió la de Cleo —. Me han ofrecido dirigir la orquesta del Liceo de esa ciudad.

Cleo abrió los ojos, tembló, perdió el estómago, que fue a pararle a los pies. No supo qué hacer, qué decir, cómo reaccionar. Si Daniel se iba, le perdería. Ella no podía irse a ninguna parte, no hasta que Marion se hiciera mayor, o hasta que decidiese hacérselo Luela.

Daniel le estrechó la mano, ajeno a los pensamientos de Cleo, o tal vez no tanto.

—Estoy feliz aquí en París, pero es una gran oportunidad. Aquí siempre me han criticado, siempre han menoscabado mis logros diciendo que soy «el niño mimado de Francia». Si triunfo en Barcelona, tendrán que callarse.

—Pero, ¿y la nueva función? —Fue lo único que se le ocurrió.

—No tendría que irme hasta dentro de un año.

El corazón de Cleo volvió a latir aliviado, un año era mucho tiempo y Daniel todavía no había aceptado.

—¿Te lo estás planteando de verdad? Esa gente que te critica seguirán haciéndolo, es el deporte nacional.

—No lo sé, nunca me he imaginado viviendo en otra ciudad que no sea París, pero Barcelona siempre me ha gustado. Y la oferta es espectacular, créeme.

—¿Cuándo tienes que contestar? ¿Te han puesto una fecha límite?

—Les he dicho que tenía que pensármelo y les he pedido un mes. Les ha parecido razonable, aunque me han asegurado que no soy el único candidato. El primero, pero no el único.

—Yo no quiero que te vayas, no sé qué haría sin ti.

La sinceridad la cogió por sorpresa, la acompañó de una sonrisa para intentar ocultar la profundidad de sus emociones.

Daniel también le sonrió.

—Soy yo el que no sabe qué hacer sin ti. Si no estás tú, ¿quién evitará que me linche mi próxima pareja?

—Eres pésimo eligiéndolas, tal vez te iría bien que alguna te linchase, como tú dices.

—¿¡Pésimo!?! Oh, vaya, gracias. Si de verdad crees eso, dime, ¿con quién crees que debería salir?

Cleo no se perdonaría jamás si dejaba escapar esa oportunidad.

—Conmigo.

—¿Contigo? —Daniel dudó unos segundos, iba a hacer algún tipo de broma o de comentario sarcástico, pero la miró y su expresión se tornó seria, respetuosa—. Sí, tal vez tengas razón. Tal vez deberíamos intentarlo.

Ella esperó, no era una reacción muy halagadora, él parecía tener que autoconvencerse para salir con ella, pero tampoco había sido un completo desastre. Había dado un paso hacia delante.

—Sí, tal vez. —Cogió el café con leche y bebió un poco—. Ahora, sin embargo, tenemos que ir al Liceo, yo tengo que ensayar como una loca y tú tienes que perder el tiempo con tus músicos. —Él la miró todavía concentrado, como si estuviera intentado descifrarla—. Sigo siendo la misma de siempre, Daniel. No voy a ponerme a babear delante de ti como una de tus seguidoras ni voy a ponerme a llorar si no me pides que salga a cenar contigo. —Al menos no delante de él—. Podemos seguir como...

—¿Quieres ir a cenar conmigo? Solos, tú y yo —especificó tanto para él como ella.

—Claro. —Se sonrojó.

—Esta semana no puedo, tengo reuniones cada noche con los directivos de la discográfica, pero el viernes de la semana que viene estoy libre.

—De acuerdo.

No era nada romántico tener que esperar tanto.

—Fantástico, yo me encargaré de todo.

Daniel sacó unos billetes del bolsillo y pagó la cuenta. Parecía que le hubiesen quitado un peso de encima y Cleo sonrió satisfecha, pues sabía que era mérito de ella. Caminaron juntos hasta el Liceo, igual que siempre. Él no le cogió la mano ni le rozó el brazo. Nada había cambiado entre ellos excepto la promesa de que en unos días irían a cenar juntos. El único detalle más personal se produjo cuando al separarse Daniel se acercó y le susurró al oído que no le contase a nadie lo de Barcelona. Nunca se había acercado tanto a ella, en un gesto tan íntimo, Cleo solo pudo asentir. No hizo falta más, él ya sabía que podía confiar en ella.

Cleo entró en el vestuario y se unió a las otras bailarinas en la sala de ensayos principal que se encontraba en el segundo piso. Allí, con la música de fondo y las órdenes de la directora, Daniel desapareció enseguida de su mente, pero, cuando las notas insinuaron los compases de una pieza compuesta por Tchaikovsky, notó una caricia en el labio y recordó el instante exacto en que Sergio se lo mordió al besarla.

Tchaikovsky estaba sobrevalorado.

El día llegó a su final y obsequió a Cleo con una pequeña lesión nueva y múltiples agujetas. Se duchó con agua caliente y bien abrigada se dirigió de vuelta a casa. En cuanto abrió la puerta supo que algo iba mal, y las lágrimas de Marion se lo confirmaron. Luela la había recogido en el colegio y tras encerrarla en el piso se

había ido.

Cleo quería matar a su hermana, literalmente. ¿A quién se le ocurría dejar a una niña sola en casa tantas horas? Podría sucederle una desgracia. Sin embargo, contuvo la ira y le preparó la bañera a Marion. Una vez la tuvo en el agua, la dejó jugar con los muñecos de goma y las burbujas mientras ella llamaba a Luella. Sacó el móvil del bolso y vio que tenía una llamada perdida y un mensaje de un número desconocido. Le picó la curiosidad, a ella apenas la llamaba nadie, pero antes de escuchar el mensaje, que probablemente sería publicidad, llamó a su hermana.

Cinco veces. Luella no contestó ninguna. El enfado escaló hasta que al mirar la pantalla vio el símbolo que le recordaba que tenía un mensaje. Tal vez fuera de Luella o de alguien que la conocía y quería ponerse en contacto con ella porque le había sucedido algo a su hermana.

Presionó las teclas nerviosa y asustada y escuchó el buzón de voz con el corazón en ascuas.

—*Hola, Cleo, soy yo, Sergio. Conseguí tu teléfono a través de los archivos del Liceo, no te enfades, soy periodista y no puedo evitar curiosear* —carraspeó e hizo una pausa—. *Este es mi número, llama si quieres insultarme, o por lo que sea. ¿De acuerdo? Bueno, será mejor que me despida. Odio hablar con estas máquinas.* — Otro silencio—. *Por cierto, no sabía que de verdad te llamabas Cleopatra.*

Cleo no apartó el aparato de la oreja hasta que sonó el timbre que marcaba el final del mensaje. La voz de la casa de telefonía le recordaba las instrucciones que debía seguir para guardar el mensaje o eliminarlo. Movi6 los dedos y dudó encima de los números.

Guardó el mensaje.

Sergio había obtenido su número de teléfono, lo había buscado. La había llamado y le había dejado un mensaje estúpido, extraño, y en cierto modo muy personal. No podía borrarlo, igual que tampoco podía explicar la reacción que la voz de él había despertado en su cuerpo con apenas esas cuatro frases.

—¡Cleo, se me ha caído el señor pingüino!

Marion estaba en la bañera, Luella seguía sin enviar señales y ella se había quedado idiotizada porque un hombre le había dejado un mensaje. Se reprendió a sí misma, Sergio no era de fiar, ese hombre cambiaba de pareja como de camisa y viajaba constantemente. Era un periodista brillante —sí, lo había comprobado ella misma— porque perseguía las noticias hasta conseguir la versión más auténtica, más desgarradora. Ahora estaba en Londres, quién sabía adónde iría después.

«Volveré».

Sonaba muy romántico, muy sensual y misterioso. Propio de un hombre acostumbrado a utilizar sus encantos para conseguir lo que quería. Ella le resultaba atractiva, eso Cleo no lo dudaba, le había oído decir que le echaría un polvo, pero que prefería evitarlo porque ella «conllevaba demasiadas complicaciones».

Pues bien, el señor tenía razón, ella era complicada. Le gustaba serlo, y no iba a

caer en sus garras solo porque le había dado el beso más brutal, más erótico y más inolvidable del mundo y porque le había mandado un edulcorado mensaje. Ella conocía a los tipos como él, los había rehuido toda la vida, y seguiría haciéndolo.

—¡Voy enseguida!

Enchufó el móvil al cargador que guardaba en la cocina y fue en busca del señor pingüino.

Por la mañana, cuando fue a la cocina a prepararle el desayuno a Marion, vio que la pantalla del móvil le anunciaba novedades. Tenía un mensaje de texto de Luela diciéndole que no iba a volver a dormir a casa y que con toda seguridad estaría un par de días fuera. La excusa era que el propietario del bar donde trabajaba le había pedido que lo acompañase a visitar unas nuevas bodegas que querían ser sus nuevos proveedores. Cleo levantó la cejas incrédula y si la hubiese tenido delante le habría preguntado a su hermana si creía que era idiota. Pero como no la tenía se limitó a escuchar el mensaje de voz que la estaba esperando.

—*Buenos días, Cleopatra. No puedo parar de decirlo. Creo que llegaré a París este sábado por la mañana. ¿Crees que podrías venir a buscarme al aeropuerto? Tengo ganas de verte. Espero que acertase con el número y no esté dejando estos mensajes al encargado de vestuario del Liceo. Apídate de mí y llámame.*

La voz de Sergio la hizo sonreír y el brinco que le dio el corazón amortiguó durante un instante la preocupación y el enfado que le había provocado Luela. Colocó las rebanadas de pan en la tostadora, calentó la leche, buscó el calendario de Marion para comprobar si tenía que prepararle algo extra para ese día y antes de ir a despertarla tecleó una frase.

*No es el móvil del encargado de vestuario.*

Podía imaginarse la sonrisa de Sergio al leerlo y se sonrojó. No debería haberlo hecho, Sergio no era lo que le convenía, pero al mismo tiempo no había podido evitarlo.

—Buenos días, Marion, es hora de levantarse.

La niña entreabrió un ojo desde la cama.

—Hoy estás contenta.

Cleo se preguntó si lo estaba y tuvo que reconocer que sí. Se lanzó sobre su sobrina para hacerle cosquillas y contagiárselo. La llevó al colegio haciéndole bromas y después fue directa al Liceo sin detenerse en la cafetería. Esa mañana tenía muchas ganas de bailar, faltaban pocas semanas para el estreno y quería hacerlo lo mejor posible. En unos meses abrirían las pruebas para los papeles principales del siguiente *ballet* y quería presentarse. El nombre de la ciudad de Barcelona se insinuó en su mente y sacudió la cabeza para echarlo de allí. Daniel todavía no había tomado una decisión y quizá cuando llegase el momento de hacerlo tendría en cuenta la opinión y las necesidades de ella.

Tenía tiempo, y ellos dos tenían una cita el viernes de la siguiente semana. Su primera cita.

Las horas le pasaron con rapidez, los ensayos eran cada vez más intensos y apenas tenían un rato libre para comer y recuperarse. Comió acompañada de Alice, se quejaron de todo lo que les dolía y bromearon un poco. Alice era muy divertida, un poco loca en realidad, y con ella era muy fácil relajarse.

—Deberías salir conmigo y mis amigas, te lo pasarías bien. Además, serías la única nativa del grupo y así seguro que tus compatriotas franceses nos tratarán mejor.

—No me digas que habéis tenido problemas, y yo que creía que los ingleses erais siempre tan simpáticos y amables con todo el mundo.

Alice la fulminó con una mirada muy británica y dio un mordisco a la manzana que estaba sujetando.

—Lo digo en serio, ven con nosotras este sábado. Todavía no tenemos nada planeado, pero surgirá algo. Te llamo y te vienes, no se hable más.

—De acuerdo, aunque tendré que buscar un canguro para Marion.

Alice se atragantó con la manzana de tal modo que Cleo tuvo que darle varias palmadas en la espalda para ayudarla a detener el ataque de tos.

—¿Marion? —Se limpió las lágrimas de los ojos—. ¿Tienes una hija?

—No, es mi sobrina —la tranquilizó con una sonrisa—, ella y su madre, mi hermana, viven conmigo. Pero últimamente Luella anda algo desaparecida.

Nunca se había sentido cómoda hablando de su familia con nadie.

—Oh, vaya, qué susto. Yo también tengo una sobrina en Inglaterra, aunque mi hermana es una supermamá. A veces creo que no duerme y se pasa la noche entera cosiendo vestidos de Liberty y horneando galletas. Me preocupa.

Siguieron hablando y bromeando. Aunque la imagen que pintaba Alice de su hermana era sin duda exagerada, Cleo no pudo evitar desear que Marion tuviese una madre tan especial. Ella intentaba cuidarla lo mejor que podía, pero siempre había situaciones en las que no se atrevía a entrar porque tenía miedo de provocar a Luella, discutir con ella, y que su hermana se fuese de casa sin avisar y con la niña a cuestas.

Sonó el reloj que había colgado en uno de los pasillos, un viejo armatoste que servía para marcar las horas y provocar algún que otro infarto a los que no estaban al tanto de su existencia, y las dos bailarinas volvieron a la sala de ensayos.

Esa noche, a solas en su dormitorio después de acostar a Marion, Cleo buscó el móvil. El ritual del baño, la cena y el cuento le habían impedido hacerlo hasta entonces. Suspiró aliviada al ver un texto breve de Luella confirmándole su regreso y dándole las gracias por la paciencia. Esa gratitud era tan rara como excepcional y cruzó los dedos para que significase algo más, tal vez incluso que Luella estaba por fin sentando la cabeza. Tenía una llamada perdida y un mensaje de voz de Sergio, optó por conectar el altavoz y oírlo de esa manera.

—*Hola, soy yo, Sergio* —se le oía cansado—, *tengo el vuelo confirmado. Llegaré el sábado a las diez de la mañana y, bueno, me gustaría verte. Mucho. No me has llamado. Tengo que colgar, me esperan en la reunión. Adiós, Cleo.*

No era un mensaje alegre y bromista como el anterior, era serio, desordenado y

también confuso. Cleo se quedó mirando el móvil como si no supiera qué hacer con él, ni con el aparato ni con el hombre que había dejado esas frases en el buzón. No tuvo más remedio que reconocer que no le había llamado porque tenía miedo de lo que pudiera decirle al oír su voz. Ni ella ni su vida estaban preparadas para Sergio.

## Capítulo 7

El regreso de Luella alegró la cena de Cleo y Marion del viernes por la noche. Estuvieron hablando y viendo una película de dibujos, *Aladdín*, por supuesto, y Cleo intentó no darse cuenta de los repentinos cambios de humor de su hermana. Marion sí que los vio y a pesar de su corta edad presintió que no era un estado normal, y cuando llegó el momento de ir a la cama pidió a su tía, y no a su madre, que la acompañase a acostarse.

—Así mamá puede descansar.

Luella se quedó en el sofá y cambió el canal sin molestarse en preguntarle a su hija por qué no quería que la llevase a la cama. Cleo se acercó a Marion con una sonrisa y le dio un beso antes de susurrarle al oído:

—Tranquila, todo saldrá bien.

La niña entrelazó los dedos de una mano con los de su tía y juntas caminaron hasta el dormitorio color azul cielo. Cleo le leyó un cuento y no se fue hasta asegurarse de que Marion estaba completamente dormida. En el pasillo, cerró la puerta. Solía dejarla entreabierta, pero esa noche hizo una excepción porque no quería que oyese la discusión que estaba a punto de tener lugar en el comedor.

—¿Qué diablos te has tomado, Luella?

Fue directa, sin subterfugios, no servían de nada y tal vez Luella no los entendería a esas horas.

—Nada, no seas pesada.

—¿Pesada? ¿Acaso crees que soy idiota? ¡Mírate, estás desquiciada, cambias de humor constantemente! Incluso Marion se ha dado cuenta.

—Déjame en paz, Cleo. Solo me he tomado una pastilla para relajarme antes de venir. Eres un coñazo.

—Tienes una hija.

—No empieces con la cancioncita de siempre. Si tan bien se te dan los niños, ¿por qué no tienes uno? Ah, ya sé, porque eres una estirada, una frígida que no sabe lo que es echar un polvo.

—Esta vez no conseguirás que me enfade, Luella. Atácame tanto como quieras, me quedaré aquí y no pararé hasta que me prometas que no tomarás nada más y que te harás cargo de Marion.

—Vete a la mierda y ocúpate de tus asuntos.

—Prométemelo.

—¿Qué harás, me vigilarás las veinticuatro horas del día para asegurarte de que me porto bien?

—Si es necesario.

Luella se levantó del sofá y se acercó a Cleo con la mirada desorbitada.

—Mira, hermanita, solo me he relajado un poco, pero lo tengo todo controlado. Carlos es un tío genial y pronto me dejará dirigir el bar y me dará una parte de los beneficios. A la niña seguro que le gustará.

Cleo tuvo un escalofrío al pensar en Marion con ese tal Carlos. Necesitaba hacerle entender a su hermana que tenía que tomarse sus responsabilidades más en serio, pero bastaba con verla para saber que esa noche tampoco iba a lograrlo.

—Lo único que te pido, Luela, es que tengas cuidado.

—Mañana me llevaré a la niña al zoo y después pasaremos por el bar.

—Mañana no puede ser, imposible. Marion va a pasar el día en casa de Nicole, es su mejor amiga.

Esa tarde, cuando Cleo había ido a recoger a Marion en el colegio se había encontrado con que la madre de Nicole la estaba esperando. La mujer, una encantadora morena perfectamente arreglada, le contó que era el cumpleaños de Nicole y que de regalo quería que Marion pasase el día y la noche del sábado con ellos. Podían ir a recogerla el domingo por la mañana, y le facilitaría, por supuesto, todos sus números de contacto. Cleo vio la felicidad en los ojos de su sobrina y fue incapaz de negarse. Intercambió la información pertinente con Berthe, la madre de Nicole, y quedaron en que el sábado a las nueve de la mañana se encontrarían de nuevo en la escuela —era un buen punto de encuentro— para que Marion se fuese con ellos.

Luela no le preguntó nada a Cleo. En cuanto oyó que no iba a tener que ocuparse de Marion, cogió el móvil y tecleó frenética. A Cleo se le encogió el corazón al pensar que Berthe, prácticamente una desconocida, se había preocupado más por la niña que su propia madre.

Suspiró abatida y se dio media vuelta.

—Buenas noches.

Luela no le contestó.

Por la mañana, que empezó muy temprano porque Marion estaba muy nerviosa e ilusionada con su primera noche fuera de casa, Cleo preparó una pequeña bolsa con una muda y un pijama para su sobrina y, tras un ligero desayuno, la acompañó a reunirse con la familia de Nicole. En la puerta del colegio, cerrado por ser sábado, había aparcado un monovolumen. Fuera estaban Berthe, Nicole y un hombre robusto que debía de ser su padre. El marido de Berthe se presentó y ayudó a las niñas a sentarse en las sillas reglamentarias mientras las dos mujeres intercambiaban de nuevo información pertinente para tranquilizarse. Berthe se despidió de Cleo prometiéndole que las niñas se lo pasarían muy bien y que, en el más que improbable caso de que sucediese algo, la llamaría.

Cleo asintió y se dirigió a la ventanilla de la puerta junto a la que estaba sentada Marion para darle un último beso y recordarle que se portase bien (y que si la necesitaba no dudase en llamarla). Se quedó allí parada, despidiendo el coche hasta que lo perdió en medio del tráfico de la ciudad.



Tenía el sábado para ella, llamaría a Alice y le preguntaría si seguía en pie su invitación para salir con ella y sus amigas esa noche, pero antes tenía que hacer algo más.

A pesar de la discusión con su hermana, Cleo no había podido dejar de pensar en Sergio y en el tono de voz de su último mensaje. Había intentado quitárselo de la cabeza, sustituirlo por imágenes de Daniel, por la voz de este cuando le contó que le habían ofrecido dirigir la orquesta del Liceo de Barcelona, y nada surtió efecto.

El rostro de Sergio, el sabor de sus labios, el tacto de su manos, se negaba a abandonarla. La única solución que tenía era arrancárselo de cuajo. Por eso tenía todo el sentido del mundo que fuese en metro hasta el aeropuerto para recibirlo. Durante el trayecto en cada estación se planteó bajarse, aunque en ninguna hizo el menor intento y mantuvo los pies fuertemente apretados contra el suelo.

Llegó al aeropuerto y tardó un rato en abrirse paso por el laberinto de puertas y pasillos. No recordaba la última vez que había estado allí y estaba casi segura de que las instalaciones se habían quintuplicado desde entonces. Por fin encontró el camino que conducía a la zona de llegadas y lo siguió con la misma fidelidad que Dorothy seguía el camino de baldosas amarillas en *El mago de Oz*. En cuanto alcanzó su destino levantó la mirada en busca de alguna pantalla que le informase acerca del estado del vuelo y comprobó que había llegado.

Hacía más de treinta minutos.

Había llegado tarde. Se le encogió el estómago y tuvo que tragar saliva para contener un absurdo escozor de los ojos. Era una idiota. Quizá esta fuera la manera que tenía el destino de protegerla e impedir que cometiese un error. No tenía ningún sentido que estuviese allí, lo mejor que podía hacer era dar media vuelta y volver a casa. Siempre se quejaba de que no tenía tiempo para sus cosas; era el día perfecto para ordenar el armario o recuperar esa novela que tenía a medias. O tal vez podía llamar a Daniel y hablar con él un rato. Giró sobre sus talones y reconoció la espalda de un hombre que estaba a punto de cruzar la última puerta. No lo llamó, de nada serviría, estaba demasiado lejos y había mucho ruido. No corrió hacia él, no podía moverse de donde estaba y no podía dejar de mirarlo.

Quizá él sintió la mirada de Cleo o quizá se detuvo para aligerar la tensión que le dominaba los hombros. La bolsa de lona que le había colgado del derecho tocó el suelo y giró lentamente la cabeza hacia el lado opuesto al que estaba ella. La detuvo allí un segundo y después la giró hacia el otro. El aeropuerto se fue difuminando con cada milímetro del perfil de Sergio que recorría. Cuando él descubrió a Cleo, allí plantada frente a unos paneles informativos, le sonrió. La sonrisa empezó en los labios y contagió a los ojos, a la mirada, hasta que Cleo la sintió como una caricia y se le erizó la piel de la espalda. Sergio levantó la bolsa del suelo sin desviar la atención de Cleo, reteniéndola con él, y caminó hasta ella. Él no parecía tener ningún problema en caminar.

—Estás aquí. Has venido.

Cleo tragó saliva, los ojos de él siguieron el movimiento de la garganta. La bolsa de lona regresó al suelo porque Sergio necesitaba ambas manos para abrazarla y besarla. Ella perdió el control de los pulmones, las piernas, el cuerpo entero. No podía respirar, ni mantenerse en pie, ni mover las manos. Solo podía besarlo. No sabía de dónde salían esa clase de reacciones y en ese momento no le importaba (tal vez no le importaría nunca), le daba completamente igual estar en medio del aeropuerto o apenas conocer al hombre que la estaba volviendo loca con sus labios. Quería sentirse así, quería dejarse llevar y olvidarse de todo excepto de sentir.

Sentirlo a él.

Se sonrojó al notar que el gemido que acababa de oír le pertenecía y Sergio sonrió. Lo supo porque levantó los labios ligeramente hacia arriba y la besó con más fuerza un segundo después. Él apartó las manos del rostro de Cleo, pero no dejó de besarla, siguió haciéndolo con un ansia que ella jamás había sentido dirigida hacia su persona, y las colocó en los hombros. Se detuvo en ellos lo que duró un suspiro, ese que escapó de la boca de él y se perdió en la de ella, y cuando reanudaron la marcha siguieron hacia abajo. Temblaron en la espalda, se flexionaron en el hueco de la columna vertebral y se detuvieron en la cintura, donde se apretaron como si quisieran atravesar la ropa de Cleo o arrancársela.

—Ven conmigo, a mi casa.

La voz ronca, los dedos rígidos, el beso que siguió a esa declaración se metieron bajo la piel de Cleo y le fue imposible negarse.

—De acuerdo.

Cualquier cosa con tal de que siguiera besándola y manteniéndola en ese estado lejos de neurosis y preocupaciones.

Al oír la respuesta, Sergio tiró de Cleo hasta pegarla por completo a él y le devoró los labios, dejó de contenerse (aunque Cleo no se había dado cuenta de que se contenía) y movió la lengua y los labios buscando quemarla. Ella absorbió esa sensación, intentó clasificarla, y le rodeó por el cuello para no perderse en esos mares desconocidos y que la embargaban. Sergio tensó los hombros al sentirla y detuvo el beso de inmediato. Respiró con los ojos cerrados antes de formular una única palabra.

—Vamos.

Cogió la bolsa del suelo con una mano y con la otra tiró de Cleo hacia la salida, donde detuvo un taxi casi con la mirada. Si Sergio hubiese dejado de tocarla, de acariciarle la mano con el pulgar, de besarla, durante el trayecto, Cleo habría dudado de su decisión y se habría puesto nerviosa, pero no lo hizo. El único momento en que Cleo sintió un vuelco en el estómago fue cuando el taxi pasó por la calle del Liceo. El apartamento de Sergio estaba allí cerca y al ver la impresionante y familiar fachada del edificio Cleo no pudo evitar que el nombre y el rostro de Daniel apareciesen en su mente.

Daniel y ella tenían una cita la próxima semana, una cita de verdad, él se lo había pedido en medio de una conversación repleta de sentimientos. Sergio no.

Sergio no había intentado seducirla, no de verdad, sencillamente lo había hecho. Había aprovechado esa extraña y brutal atracción que existía entre ellos, nada más. Cleo aguantó la respiración, el corazón había enloquecido y le subía y bajaba por el pecho, y la mano debió de temblarle. Tenían los dedos entrelazados, así que él lo notó y levantó ambas manos para besar la de Cleo muy despacio.

—Gracias por venir a buscarme.

Cleo volvió a respirar, Daniel y ella todavía no eran pareja, a pesar de la futura cita seguían siendo solo amigos, muy buenos amigos, los mejores. Sergio probablemente volvería a Londres y no volvería a verlo nunca más. Ella jamás se había sentido con ningún hombre como se sentía con él, como si quisiera arrancarle la ropa y besar cada centímetro de su cuerpo. Jamás había sentido un deseo tan fuerte y tan real que podía palparlo, saborearlo, que circulaba por sus venas. Lo más extraño de esa situación fue que justo entonces recordó los insultos de su hermana Luella, los comentarios constantes sobre que era incapaz de dejarse llevar por la pasión y la atracción hacia un hombre, y decidió quedarse donde estaba, tirar de Sergio y darle su primer beso.

El primer beso *sexy*, apasionado, sin control, que iniciaba ella.

## Capítulo 8

El taxi, la entrada del edificio, la puerta del apartamento de Sergio, la pared del salón, la luz de la mesilla del dormitorio cayéndose al suelo, todo estaba borroso en la cabeza de Cleo cuando se despertó horas más tarde desnuda y abrazada a él.

Su cuerpo había tomado el mando en cuanto Sergio empezó a desnudarla y a besarla sin dejarla respirar, y su mente se había rendido a ese terremoto de emociones. Había sido fácil mientras él la tocaba, le recorría las costillas a besos, le acariciaba las piernas y le hacía el amor de modos que ella ni siquiera se había atrevido a imaginarse, pero ahora, con los tonos anaranjados del atardecer entrometiéndose por la ventana, no tanto. El torso de él subía y bajaba bajo su mejilla y ella tenía la mano descansando en los increíbles abdominales de Sergio. La pasión le nubló de nuevo la mente y tuvo que flexionar los dedos para no ceder a la tentación de dibujar esos músculos y sentirlos moverse tras sus caricias.

Podía besarle el pectoral, él seguro que le sonreiría y la besaría. O tal vez la sujetaría por la cintura y la tumbaría en la cama para volver a estar dentro de ella. Igual que había hecho antes. Se sonrojó y él se rio. El sonido hizo que sacudiese el torso.

—Puedo oírte pensar. —Le acarició la espalda lánguidamente—. Descansa, los dos lo necesitamos, vida.

Vida, ella nunca había sido la vida de nadie.

Se le encogió el estómago, el corazón se le aceleró igual que en el pasaje del terror, y cogió aire en busca de la calma que acababa de perder.

—Tengo que irme. —Fue lo único que se le ocurrió decirle. Necesitaba huir de ese dormitorio, de esos brazos y esos besos.

Sergio se tensó e igual que ella respiró profundamente, sin embargo no dejó de acariciarle la espalda, aunque los dedos temblaron ligeramente un segundo.

—¿Por qué? Es sábado, había pensado que podíamos...

—He quedado con Alice y sus amigas inglesas, quieren salir con una nativa —ocultó la verdad tras ese burdo intento de buen humor.

Él no dijo nada durante un rato, siguió tocándola, quizá incluso inconscientemente. Cleo no sabía qué hacer, nunca se había encontrado en una situación semejante y desconocía la etiqueta. ¿Debía darle las gracias por los mejores orgasmos de su vida? ¿Se despedía con un beso y un «ya nos veremos» o con un «adiós»?

Sergio levantó las manos de la espalda y las dirigió al cabello de Cleo, lo acarició unos segundos y después le sujetó la mandíbula y le echó la cabeza hacia atrás para besarla suavemente en los labios. A pesar de todas las caricias y besos que habían compartido, y de la cantidad de tabús que habían roto juntos, ese beso fue el más

íntimo de todos, y el que más asustó a Cleo. Se lo quedó mirando a los ojos y él le apartó un mechón de pelo.

—Piensas demasiado.

La apartó de encima de él con cuidado y salió de la cama. Desnudo, impactante, se detuvo frente a la puerta del baño.

—Voy a ducharme, después puedes ducharte tú y, si quieres, comemos algo y te acompaño a casa. O si tienes prisa puedes irte. —La frialdad de esa última frase habría herido a Cleo si él no hubiese añadido de inmediato—. O, si quieres, puedes ducharte conmigo y después decides qué haces.

Le sonrió y entró en el baño sin esperar la respuesta de Cleo. Dejó la puerta abierta mientras colocaba dos toallas en un taburete de acero que había en un extremo y preparaba el agua de la ducha. La mampara estaba completamente oculta tras una húmeda capa de vaho cuando Cleo entró y se duchó —entre otras cosas— con Sergio.

Él se vistió con unos vaqueros y una camiseta mientras ella recuperaba los nervios y el pudor con cada prenda de ropa que volvía a colocarse. Sergio se ofreció a acompañarla, cuatro veces, pero ella se negó en redondo. Tampoco quiso ir a comer con él porque llegaba tarde, eso fue lo que le dijo. No era verdad. Quizá ella no tuviese experiencia en esa clase de situaciones, pero sabía que una no iba a cenar o a comer con el hombre con el que solo se acostaba. El sexo no se mezclaba con esas situaciones más «de pareja». Hacerlo solo la llevaría a la confusión.

Sergio la besó de nuevo frente a la puerta, contra la pared, en el pasillo y antes de que ella se encerrase en ese viejo ascensor con rejas negras. Él se quedó allí de pie hasta que la jaula desapareció por el hueco de la escalera y a Cleo le pareció que él cerraba la puerta del apartamento con más fuerza de la necesaria.

Intentó no pensar en nada durante el trayecto en el metro, no lo consiguió porque sentía los dedos de Sergio marcados en su piel, como si todavía estuviesen allí, y seguía teniendo su sabor en la boca a pesar de que se había lavado los dientes —con su cepillo—. Llegó a casa y la ausencia de Marion la sacudió durante unos segundos. Echaba mucho de menos a su sobrina, aunque probablemente era mejor que ese día en concreto no estuviese. Cleo estaba tan alterada que seguro que su sobrina pensaría que se le había aflojado un tornillo. Se cambió de ropa, se dijo que no se duchaba porque no tenía tiempo y no porque quisiera seguir oliendo a Sergio, y fue a reunirse con Alice.

Ese grupo de inglesas sí que estaban locas de atar, pensó Cleo cuando la arrastraron al tercer local de la noche, y nunca se lo había pasado tan bien con un grupo de mujeres. Ella no había tenido demasiadas amigas y si esas chicas no la echaban iba a quedárselas. Rio, bailó, bromeó sobre hombres, criticó a los jefes, bebió. Fue extenuante y muy divertido. Regresó a casa de madrugada. Al desnudarse para ponerse el pijama vio que tenía los labios de Sergio marcados encima del pecho izquierdo. Sintió un escalofrío al pasar los dedos por la silueta. ¿Qué habría hecho él esa noche? ¿Habría salido? ¿Solo? Daba igual, no importaba.

Se lo repitió una y otra vez mientras intentaba dormirse.

El domingo, entre ir a recoger a Marion y escuchar todas las grandes e increíbles aventuras que había vivido en casa de su mejor amiga, se le pasó volando. El lunes fue al Liceo y se detuvo en la cafetería de siempre, donde Daniel la estaba esperando con dos cafés con leche y ganas de verla. Cleo se sintió culpable durante lo que duraron cinco latidos de su corazón; Daniel no había sido ningún santo y en su pasado tenía más mujeres de las que seguro conocía ella. No pasaba nada porque ella se hubiese acostado con Sergio.

Sergio, igual que si la mente de Cleo lo hubiese conjurado, entró entonces en la cafetería. Se detuvo un instante demasiado largo frente a la puerta y observó imperturbable la estampa que ofrecían Daniel y Cleo desayunando juntos.

Imperturbable se lo habría parecido a cualquiera que no le hubiese visto los ojos. Cleo los vio y tuvo que dejar la taza encima de la mesa porque se le habían anudado el estómago y la garganta. Sergio no se movió hasta que Cleo apartó la mirada y lo hizo para acercarse a ellos y sentarse en la misma mesa.

—¿Cómo te fue por Londres? Te echamos de menos el sábado por la noche.

—Me quedé en casa.

Cleo no sabía si ponerse furiosa porque Daniel había salido de fiesta el sábado por la noche o si sonreír como una boba porque Sergio no.

—Tío, ¿te pasa algo? —Daniel miró a Sergio con las cejas en alto.

—No, nada. —Hizo señas a un camarero y pidió un café—. El sábado me pasé casi todo el día en la cama, estaba exhausto.

Cleo tuvo un ataque de tos.

Daniel pagó la cuenta, se negó a aceptar el dinero de Cleo y el de Sergio, y los tres salieron del café. Cleo estaba en silencio, incapaz de recuperar la voz, y ellos dos intercambiaban comentarios sin ningún orden. Se detuvieron en la puerta del Liceo y Daniel fue interceptado y secuestrado por el jefe de electricistas. Tenían que resolver unos temas relacionados con la acústica de los nuevos aparatos de sonido. Cleo iba a aprovechar la oportunidad y entrar con ellos, no se veía capaz de enfrentarse a Sergio bajo la luz del día, pero él se lo impidió solo mirándola.

Estaban de pie a unos metros de la entrada, parcialmente ocultos tras el relieve de unas losas de la fachada.

—Yo... No le digas nada a Daniel.

Sergio no le contestó, parecía que no la hubiese oído. Tenía los brazos cruzados y la miraba intensamente.

Cleo se mordió el labio y con los dedos jugueteó nerviosa con el extremo de la camisa que llevaba, era rosa con pequeñas flores blancas bordadas.

Sergio soltó los brazos, le sujetó las mejillas con ternura y le dio un beso en los labios. Separó los de ella con un suspiro y movió la lengua entre ellos despacio. Esperó a que ella le devolviese el beso, a que también suspirase, y se apartó.

—No bailes demasiado.

Cogió aire, se metió las manos en los bolsillos, y empezó a andar hacia la boca del metro. Cleo se quedó mirándolo hasta que desapareció por la escalera, no podía moverse, seguía tratando de entender ese beso. No pudo quitarse de encima la sensación de que Sergio esperaba algo, algo muy importante, pero qué.

El martes transcurrió sin noticias de Sergio, pensó en llamarlo, quiso hacerlo, aunque al final no se atrevió. Fue un día largo y Cleo se tropezó con sus propios pies más veces de las que fue capaz de reconocer. Ni siquiera cuando empezaba se había sentido tan torpe. A Daniel sí lo vio. Aunque no habló a solas con él en ninguna ocasión, sí que este le guiñó el ojo cuando se cruzaron por el pasillo. Daniel iba acompañado de dos directivos del Liceo y Cleo dedujo que iban a hablar de la noche de estreno, que estaba cada vez más cerca. El estómago le dio un vuelco cuando se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Daniel hubiese quedado con esos directivos para decirles que había aceptado el puesto en Barcelona, pero descartó la idea porque no encajaba para nada con el guiño y porque se negaba a creer que Daniel hubiese tomado una decisión tan importante y no se lo hubiese contado. A pesar de todos los argumentos que esgrimió mentalmente para convencerse de que era imposible que Daniel se fuese a Barcelona, seguía pensando en ello cuando a la mañana siguiente le sonó el móvil al salir de la boca del metro. Lo buscó por la bolsa, ese trasto tenía la manía de esconderse, y tembló un poco al ver el nombre de Sergio reflejado en la pantalla.

—Necesito verte.

Sergio no la saludó, la frase sonó ronca en cuanto ella descolgó, como si no hubiese podido contenerla ni un segundo más.

—Yo...

—Hoy, ahora.

—Ahora no puedo, tenemos ensayo. —Sujetaba el teléfono pegado a la oreja y podía sentir la respiración de Sergio rozándole la piel. Era imposible, por supuesto, pero lo sentía de todos modos.

—Después.

—Tengo que ir a casa.

Él volvió a interrumpirla.

—Necesito verte. Es importante, ayer estuve todo el día colgado del teléfono con la gente de Londres y me gustaría hablar contigo.

Londres, él no iba a tardar en marcharse. ¿Por qué se lo contaba a ella? ¿Por qué importaba?

—Tengo una hora para comer. —No sabía de dónde había salido la idea, la asimiló al pronunciarla.

—Ven a mi casa o, si quieres, puedo ir a buscarte. —La segunda opción sonó a primera elección.

—No, no hace falta. Iré yo.

Sergio suspiró.

—Gracias.

—Solemos hacer la pausa a la una.

—Ven cuando quieras. Quería llamarte ayer, pero cuando terminé era muy tarde y sé lo cansada que acabas con los ensayos.

—¿Lo sabes?

—¿Cuántas veces te he visto cuando sales del Liceo?

Cleo se quedó pensándolo, muchas. Sergio parecía estar muy a menudo por los alrededores del Liceo, esperando a Daniel, hablando por el móvil, volviendo de una reunión, paseando. Dado que ella no pudo decir nada, fue él el que retomó la conversación.

—Se te marcan las ojeras y siempre llevas una venda nueva en algún sitio, y sales corriendo en dirección al metro. Por eso no te llamé anoche.

Se le formó un nudo extraño al pensar que ella no había pensado en él, sino en Daniel y en su posible marcha a Barcelona. Sin embargo, en medio de esa extraña culpabilidad, recordó que durante los ensayos sí que había pensado en Sergio, por eso se había tropezado y caído tanto. Cada caída iba precedida de un recuerdo de Sergio, una dedo deslizándose por la espalda, el agua de la ducha resbalándole por los pectorales, el perfume de su piel colándose por la nariz de ella. Había sido en cierto modo tan natural, tan inevitable pensar en él, que casi lo había olvidado.

—No me des plantón, Cleopatra.

—Odio ese nombre.

Se sonrojó porque él lo pronunciaba con sonrisa incluida.

—Tiene que haber una historia genial detrás de un nombre como ese, ven y cuéntamela. Te estaré esperando.

—De acuerdo.

Sergio se rio entonces.

—Te prometo que te gustará venir, Cleo.

Ella le colgó porque estaba segura de ello. Durante el ensayo, no pudo dejar de sonreír, y eso que la directora fue tan estricta como si el estreno fuese al día siguiente. Cuando por fin llegó el descanso, sus compañeras estaban sudadas y abatidas, pero Cleo fue capaz de correr hacia el vestuario, cambiarse las puntas por el calzado deportivo y ponerse el abrigo.

—No sé adónde vas con tanta prisa, pero después de esa sesión de tortura yo solo correría así si Jamie Dornan me estuviese esperando medio desnudo, con una copa, una bandeja de bombones de chocolate y una bañera llena de espuma. —Alice tenía aliento para provocarla mientras se quitaba el sudor con una toalla.

—Tengo que hacer un recado.

—Sí, un recado. Vamos, corre, solo te quedan cincuenta minutos antes de que tengas que volver.

Cleo le hizo caso a su amiga y la oyó reírse a su espalda. El edificio de Sergio estaba cerca del Liceo y el portero le abrió la puerta en cuanto la vio plantada en el



portal. La saludó con una sonrisa y ella se la devolvió antes de subir los peldaños de dos en dos. No iba a perder más segundos de los necesarios esperando el ascensor. Llamó al timbre y en ese instante, en ese pequeño instante, la asaltaron las dudas, los nervios, las preguntas ¿Qué diablos estaba haciendo allí? Él le había pedido que fuese, sí, pero...

Sergio abrió la puerta, la miró —la miró de verdad— y tiró de ella hacia dentro. Apoyó a Cleo contra la puerta, cerrándola con el mismo movimiento, y empezó a besarla.

Y ella empezó a besarlo a él, a tirar de la camiseta gris que llevaba hasta quitársela, a colocar las manos en la cinturilla de los vaqueros para tocarlo. Sergio le quitó el abrigo que cayó al suelo, y la levantó en brazos. Cleo suspiró. Perdida de nuevo en los besos y las caricias de Sergio, se dejó llevar por la pasión. Tampoco iba a poder detenerla, y le sorprendió ver que él se detenía en el sofá y no la llevaba al dormitorio.

La tumbó con cuidado, asegurándose de que la cabeza le quedaba bien recostada en los cojines y apoyó su peso en las palmas de las manos para no quedar encima de ella. La besó, convirtió esos besos en una seducción entera, eran besos que contenían todo un universo y al mismo tiempo solo un instante. Eran intensos, sensuales, auténticos, fuertes, cada uno era mejor que el anterior y al mismo tiempo peor que el siguiente. Eran únicos, apasionados, llenos de deseo, humedad, suspiros y gemidos.

—Has dicho que solo tenías una hora. —Tenía la frente apoyada en la de ella y los ojos cerrados.

Cleo también los mantuvo cerrados. Tenía la respiración entrecortada y cuando cogía aire su torso rozaba el de él y los dos se estremecía. Una hora.

—Sí.

—Mierda, lo siento. —Se apartó de ella despacio, conteniendo los movimientos, midiéndolos.

Lo habría retenido, iba a hacerlo, hasta que abrió los ojos y vio a Sergio poniéndose la camiseta que al parecer ella había lanzado encima de la mesita del café. Estaba tenso, serio, parecía estar furioso consigo mismo.

—¿Qué hora es? —le preguntó entonces, confusa.

—Casi las dos.

Cleo saltó del sofá y buscó las zapatillas como una loca. ¿Habían estado una hora besándose?

—Lo siento. —La disculpa de él llegó desde otra habitación—. Al menos llévate esto.

Regresó y le plantó delante un sándwich perfecto envuelto con cuidado con una servilleta. Era un detalle tan poco propio de un hombre con el que se suponía que solo se acostaba (o con el que se había acostado una vez) que Cleo le sonrió cariñosa.

—Gracias.

—Es de *roast-beef* y ensalada, los hacía mi madre. Espero que te guste.

Sergio estaba entre nervioso y avergonzado, y la mezcla le daba una dimensión que hasta entonces Cleo no había visto.

—Seguro que sí. —Le dio un mordisco al ver que él la miraba angustiada—. Está buenísimo.

Sergio asintió y se acercó a la entrada para recoger el abrigo, que seguía en el suelo. La ayudó a ponérselo y le abrió la puerta.

—¿Podemos vernos esta noche?

Cleo lo miró. Él no podía, y probablemente no quería, ocultar lo excitado que estaba, así que Cleo supuso que tenía sentido que quisiera volver a verla. Aunque a decir verdad, ese Sergio que tenía delante parecía más preocupado por algo mucho más profundo y complicado que el sexo.

—No.

La respuesta no le gustó lo más mínimo, apretó los dedos con los que sujetaba la puerta y arrugó el ceño.

—¿Por qué? ¿Tienes otros planes? —La segunda pregunta, la insinuación que escondía, ofendió a Cleo y él se apresuró a contener las consecuencias—. Sé que no es asunto mío, lo siento. Es solo que de verdad me gustaría volver a verte, pero si has quedado con tus amigas...

—No, no he quedado con mis amigas. —La disculpa de él, su sinceridad, la llevó a interrumpirlo—. Tengo que estar con Marion, mi sobrina.

—¿Tienes una sobrina? ¿Cuántos años tiene?

—Sí, seis, ella y su madre, mi hermana Luella, viven conmigo.

—Y tú te ocupas de ellas. —Adivinó y resumió la realidad de Cleo con una frase.

—Eso no importa ahora, solo quería que supieras por qué no puedo venir esta noche.

—Puedo ir yo a tu casa.

—No.

—¿No?

—No, no quiero confundir a Marion.

—No lo entiendo, ¿por qué se confundiría Marion si me viera? ¿Acaso no quieres que me conozca?

Cleo desvió la mirada hacia el reloj que llevaba en la muñeca y, tal vez fue cobardía, pero entonces vio que efectivamente llegaba tarde.

—Ah, lo siento, tengo que irme. Gracias por esto —levantó el sándwich y empezó a bajar por la escalera—. ¿Qué era lo que querías decirme?

Se había detenido cuatro escalones por debajo del piso de Sergio y al girarse vio que él estaba entrando en su apartamento, a punto de cerrar la puerta. Se dio media vuelta despacio, seguía con el pelo desordenado por culpa de los dedos de ella, aunque en sus ojos y en sus labios parecía haber desaparecido el efecto de sus besos.

—¿Qué? Nada, no era nada. Ten cuidado, te vas a manchar.

Cleo bajó la vista y vio una gota de mayonesa resbalando por el extremo

puntiagudo de la servilleta. La capturó y cuando levantó la vista Sergio ya había desaparecido.

## Capítulo 9

Cleo llegó tarde y soportó estoicamente la mirada de reproche de la directora de la compañía de *ballet* y el guiño de Alice. Al terminar el ensayo de la tarde, durante el cual estuvo a punto de romperse una pierna porque no podía dejar de pensar en los ojos vacíos de Sergio al irse, la directora le pidió que fuese a su despacho. Allí *madame* Coutillard le recordó que era una falta de respeto llegar tarde a un ensayo y que demostraba muy poca disciplina de su parte.

Si algo tenía Cleo era disciplina, mucha, quizá incluso demasiada, pero *madame* Coutillard había dado en el clavo con su última frase:

—No es propio de ti, Cleo. Nada propio.

No, no lo era.

Llegó a casa unos minutos más tarde de lo habitual debido a la reprimenda de *madame* Coutillard, y descubrió a Marion sola frente al televisor. Su hermana Luella se había ido y había dejado allí a la niña sin más. Cualquier otro día la habría llamado y le habría recordado que le había prometido que no volvería a dejar sola a Marion nunca más, pero esa noche tenía demasiado en la cabeza. Y se sentía demasiado confusa y culpable como para tener que añadir los comentarios hirientes que sin duda le haría su hermana. Bañó a Marion y decidió que ambas se merecían un plato de pasta, así que lo preparó sin escatimar con el queso ni la mantequilla. Tras los postres, vieron un poco la tele y Cleo se dejó distraer por las mil preguntas de Marion y, cuando terminó el segundo capítulo de la serie de dibujos animados, la acompañó a la cama y le dio un beso de buenas noches. Su sobrina se quedó dormida en unos segundos, sin embargo el sueño a ella parecía rehuirla.

Los besos de Sergio, el sándwich que le había preparado, la mirada perdida de él y ese «nada» que le había dicho antes de entrar en el apartamento, el comportamiento errático de Luella, las palabras de *madame* Coutillard, todo se mezclaba en su mente hasta convertirse en un barullo ensordecedor. Y en medio de ese desorden decidió obsesionarse con que Sergio al final no le había contado por qué quería verla y hablar con ella. Encendió la luz de la mesilla de noche y se sentó en la cama. El despertador de la mesilla decía que eran las diez y media, tarde para una niña de seis años, pero no para un hombre de más de treinta. Sin darse tiempo de cuestionárselo, y porque de repente le pareció la mejor idea del mundo, salió de la cama y fue a por el móvil. Tecleó el mensaje a toda velocidad y aguantó la respiración.

¿Estás despierto?

Tal vez él no la contestaría, tal vez vería el mensaje y lo ignoraría, o tal vez no lo vería porque estaba demasiado ocupado con...

Sí.

Soltó el aire y respiró de nuevo. Era una respuesta breve, mínima. Estaba claro

que Sergio no iba a dar el siguiente paso, le tocaba a ella.

*Si quieres, puedes venir a mi casa. Marion está durmiendo.*

Tardó varios minutos en contestar, tantos que Cleo estaba a punto de devolver el móvil a su lugar y empezar a insultarse por idiota.

*Dame tu dirección.*

Cleo la tecleó y añadió: *No llames al timbre, mándame un mensaje y te abro.*

Él volvió a enmudecer y Cleo caminó de un lado a otro del comedor y de la cocina como una loca. Ni siquiera se le ocurrió cambiarse, iba en pijama, ni tampoco peinarse o maquillarse. No sabía por qué había escrito a Sergio, y mucho menos por qué le había pedido que fuese a verla, pero si quería dormir algún día necesitaba saber por qué Sergio había vuelto a entrar en su apartamento sin mirarla y sin responderle.

Llegó el mensaje, dos palabras, *estoy aquí*, y Cleo se puso más nerviosa. Cogió aire antes de abrir la puerta y se pasó las manos por el pelo. Solo iban a hablar, a aclarar las cosas. Escucharía lo que él quisiera decirle, ella le diría que no estaba hecha para esa clase de relaciones y después todo volvería a la normalidad. Lo de esos días había sido una completa locura. Giró la llave y dio un paso hacia atrás para abrir. Sergio estaba al otro lado, despeinado, con una leve barba oscureciéndole la mejilla, serio.

—Hola.

¿Qué más podía decirle?

Nada más, porque él la rodeó por la espalda y la pegó a él de ese modo tan repentino y necesario y empezó a besarla sin pedirle permiso ni perdón. Cleo notó que se aflojaba una banda que le había oprimido el pecho sin que ella se diese cuenta desde el mediodía. La diferencia fue tan real, tan intensa, que se abrazó a Sergio para no caerse.

—Hola —interrumpió el beso para sonreírle—, ¿dónde está tu dormitorio?

Cleo se lo señaló y tiró de él para volver a besarlo, ese segundo se le había hecho eterno. Sergio la levantó del suelo y ella le rodeó la cintura con las piernas. Había dejado la luz encendida y él la utilizó de guía. Al llegar allí, la depositó con cuidado en la cama y la soltó despacio, y entonces hizo algo que confundió y emocionó a Cleo más allá de lo esperable.

—¿Cierro la puerta con cerrojo? Tu sobrina quizá se asuste si se despierta y quiere entrar.

Cleo se puso en pie y caminó hasta él, alargó una mano tras la espalda de Sergio y cerró la puerta con cerrojo.

—La oiré, pero tenemos que tener cuidado y no hacer ruido.

Sergio la rodeó de nuevo por la cintura.

—Nada de ruido.

En algún momento entre la puerta del dormitorio y la cama, Cleo recordó que tenía que hablar con él, que tenía que decirle que no podían seguir haciendo eso tan

maravilloso, pero en cuanto sus cuerpos se tocaron desnudos se olvidó de todo el mundo excepto de Sergio.

Cleo se despertó unas horas más tarde, desnuda y abrazada a Sergio. Había intentado decirle que tenía que irse, que no podía quedarse a dormir. No quería que Marion lo viese y se llevase la impresión equivocada, ella le había prohibido a Luella llevar hombres al piso a no ser que se tratase de una relación estable. El día de esa discusión, Marion se despertó y las interrumpió y, cuando les preguntó qué pasaba, Luella dijo algún disparate como que Cleo vivía en un convento de clausura. Cleo le hizo caso omiso y se agachó para quedar a la misma altura de Marion y le explicó que el día que ella llevase a un chico a dormir con ella sería porque le amaba y quería estar siempre con él. La primera vez que Cleo había intentado decirle a Sergio que tenía que marcharse, justo después de hacer el amor, él volvió a abrazarla y a besarla. La segunda, también después de hacer el amor, él la tumbó boca abajo en la cama y le hizo un masaje que la llevó a perder la cordura. Y después le hizo el amor porque según él necesitaba volver a hacerlo. Al final se habían quedado dormidos.

Eran las cinco de la mañana. Si lo despertaba ahora, podía irse sin que Marion lo viese. Giró el rostro hacia él y se sintió muy satisfecha de sí misma. La sonrisa que tenía Sergio en el rostro se la había puesto ella. Era tan atractivo, tan sensual, y ahora que sabía de qué era capaz en la cama, Cleo se excitó solo con pensarlo. Salió de la cama y se puso el pijama, unos pantaloncitos cortos y una camiseta. Intuía que Sergio no se iba a ir sin más y no quería mantener esa conversación desnuda. Vestida, se sentó al lado de él y le acarició el rostro, tenía más barba que cuando había llegado.

—Sergio.

—¿Sí? —Estaba medio dormido y movió la mejilla en busca de la palma de Cleo.

—Son las cinco de la madrugada, tienes que irte.

—¿Irme?

—Sí, tienes que irte.

Abrió los ojos de repente sin rastro de sueño.

—¿Por qué?

Cleo tragó saliva en busca de las palabras exactas, del tono preciso, y cogió aire. Un sonido en el pasillo la interrumpió y se giró preocupada hacia la puerta del dormitorio. Corrió a abrirla y vio a Marion con el camisón manchado.

—He vomitado.

Cleo se acercó a ella preocupada, pero con una sonrisa en el rostro.

—No pasa nada, cariño. ¿Te encuentras mal? ¿Te duele la tripa?

Marion asintió y la cogió de la mano, convencida de que su tía podía salvarla de cualquier mal.

—Creo que voy a vomitar otra vez.

Cleo tiró de la niña hacia el baño y le quitó el camisón. Empapó una toalla con agua y le refrescó la cara antes de limpiarle el sudor que se le había pegado al torso. Tenía fiebre y le estaba subiendo. Sentó a la niña en un taburete junto al baño y le

recogió el pelo en una coleta para refrescarle también la espalda. Le susurraba palabras de cariño y Marion sollozaba y se acercaba al baño cuando la asaltaban las arcadas. No podía dejarla sola y sin Luela en casa tendría que esperar hasta la mañana para pedirle a su vecina que se quedase con Marion mientras ella iba a la farmacia.

Oyó un ruido procedente del dormitorio y supuso que Sergio se estaba preparando para irse. Seguro que ahora no tendría ningún problema en salir corriendo de allí, se dijo, aunque una vocecita en su interior insistió en recordarle que minutos atrás ella prácticamente le había echado. Lo vio detenerse en la puerta del baño.

—¿Te vas?

Él frunció el ceño, ofendido.

—No, pero puedo ir a la farmacia de guardia si necesitas algo.

Cleo suspiró aliviada, pero no se disculpó con Sergio, tal vez él se comportaba ahora como un caballero porque tenía a la niña delante, pero seguro que cuando se diese cuenta de que ella prácticamente era una aburrida madre soltera dejaría de parecerle tan excitante y atractiva.

—Sí, gracias. Necesitaría un antipirético y zumo de manzana, si también puedes pararte en un supermercado.

—Claro, cogeré tus llaves para no molestarte.

Sergio salió del apartamento y Cleo se quedó consolando a Marion, que volvió a vomitar. Le limpió el rostro y le dio un vaso con agua para que hiciera gárgaras y se le quitase el mal sabor. La puerta volvió a abrirse mucho antes de lo que ella había previsto y Sergio entró en el baño con una bolsa con la cruz de una farmacia llena hasta los topes.

—No sabía qué marca preferías y he comprado unos cuantos, y también un termómetro y unas cuantas cosas más que me ha recomendado el farmacéutico.

—Gracias. —Se acercó a la bolsa y sacó el que utilizaban normalmente—. ¿Puedes traerme un vaso de agua de la cocina, por favor?

Sergio se movió por el piso como si lo conociese. No era nada difícil siendo pequeño como era, y volvió a sorprenderla.

—Aquí está el agua, pero también he traído el zumo de manzana que me pediste. —Le ofreció un tetrabrik individual de zumo de manzana con dibujitos en la caja.

—¿Quién eres? Ese zumo de manzana es mi preferido.

Sergio se acercó a Marion y se puso en cuclillas frente a ella.

—Soy Sergio, también es mi preferido. Si te tomas la medicina, podrás bebértelo, pero despacio, no queremos que vuelvas a vomitar, ¿no?

Marion negó con la cabeza y abrió la boca para que Cleo pudiese darle la medicina. Después, aceptó el zumo y sonrió a Sergio.

—No hace falta que te quedes, Sergio.

Cleo siguió pasando la toalla con agua fría por el cuerpo de Marion y tocándole la frente para ver si le bajaba la fiebre. Sergio la buscó con la mirada y ella la esquivó. Él debió de darse por vencido porque se puso en pie y salió del baño. Marion bostezó

y apoyó la cabeza en el regazo de Cleo, así que esta la cogió en brazos y la llevó al dormitorio. La acostó con cuidado y dejó la luz de la mesilla de noche encendida. Quizá tendrían suerte y no volviera a vomitar, pero, si no la tenían y Marion volvía a encontrarse mal, no se asustaría. Le dio un beso en la mejilla y se preparó para volver a su dormitorio, Sergio ya se había ido, pero seguro que en cuanto viese la cama pensaría en lo que se había atrevido a hacer con él durante horas.

Dios, si no se hubiese despertado, tal vez no habría oído a Marion. Estaba exhausta, necesitaba descansar un poco y no pensar en nada, y no sentirse culpable por todo lo que hacía. Cogió aire y entró en su dormitorio con el temor de quien entra en un juicio.

—Estás aquí.

Sergio estaba sentado en la cama, se le veía preocupado, y también cansado. Levantó la vista y la miró.

—¿Cómo está Marion?

—Se ha quedado dormida, pero todavía tiene fiebre. Supongo que dormirá un rato, y yo también debería intentarlo.

—¿Y la madre de Marion, tu hermana?

—Oh, Luella está en el bar donde trabaja, aunque estoy convencida de que hace mucho más que trabajar. Se ha liado con un tipo y me temo que ha vuelto a las drogas.

—¿Drogas?

—Sí, lo siento, mi vida es muy complicada. Supongo que querrás irte a dormir. Gracias por haber ido a la farmacia y al supermercado, si me dices cuánto te debo...

—No se te ocurra pagarme, Cleo y, para que conste, no voy a irme a ninguna parte. Voy a quedarme aquí.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Joder, Cleo, ¿acaso no lo entiendes?

Cleo se frotó los ojos y bostezó, y él perdió de inmediato el mal humor, o se lo sacudió de encima. Se levantó de la cama y se acercó a ella para darle un suave beso en los labios y tirar de ella hacia la cama.

—¿Por qué no te acuestas? Ya hablaremos más tarde.

—¿Te quedarás? —Le pesaban los párpados, apenas podía mantenerlos abiertos.

—Me quedaré.

Cleo aguantó despierta hasta que Sergio se quedó en calzoncillos y con la camiseta.

El despertador sonó a las ocho y Cleo lo golpeó con más ímpetu que de costumbre. Había dormido poco y maravillosamente bien, había abierto los ojos en dos ocasiones y se había dormido de nuevo al ver a Sergio dormido a su lado. Salió de la cama con cuidado de no despertarlo y fue a ver a Marion. La niña estaba dormida, pero estaba ardiendo. Le tocaba otra dosis de la medicación y quizá un baño de agua fría. Fue a buscar la medicina y un zumo y a despertar a Luella para



informarla de la situación. Le bastó con ver la puerta entreabierta del dormitorio de su hermana para saber que no estaba, Luella siempre dormía con la puerta cerrada.

Mierda.

Desconectó el móvil y la llamó frenética. ¿Dónde diablos se había metido? Luella no contestó, Cleo le dejó un mensaje a pesar de que sabía que no serviría de nada. Maldita fuera, su hermana se estaba drogando de nuevo y, si no, estaba a punto de hacerlo, o de cometer otra estupidez de semejantes proporciones.

Mierda, mierda. No podía faltar a un ensayo ahora que el estreno estaba tan cerca, pero no iba a tener más remedio que hacerlo. Su vecina se ocupaba a veces de Marion, aunque nunca cuando estaba enferma, y no se atrevía a pedírselo. Resignada, cogió la medicina de Marion y el teléfono. Llamaría después.

Marion engulló la medicina y bebió un poco de zumo. Sollozaba medio dormida por culpa de la fiebre. Cleo fue al dormitorio, tenía un poco de frío, se pondría una chaqueta y llamaría.

—¿Cómo está Marion?

Se sobresaltó al oír la voz de Sergio tan despierto.

—Tiene fiebre, y mi hermana no ha vuelto a casa.

—¿Le ha sucedido algo? —Se sentó en la cama y se frotó el sueño del rostro.

—No, sencillamente habrá decidido que tenía ganas de pasárselo bien. No es la primera vez.

—¿Vas a llamarla?

Cleo levantó la vista del aparato que sujetaba en la mano y miró a Sergio.

—No, voy a llamar a *madame* Coutillard para decirle que hoy no puedo ir al ensayo. Va a matarme, pero —Se encogió de hombros y buscó el número que se resistía a aparecer.

—Espera, falta muy poco para el estreno. Se pondrá furiosa y probablemente te castigará y lo tendrá en cuenta para el próximo *ballet*.

—Lo sé, pero qué quieres que haga. —Estaba enfadada con las circunstancias y con Sergio por recordárselas.

—Yo puedo quedarme.

—¿Tú?

—Claro, Marion me conoció anoche y le gusté. Además, te dejo que me llames cada dos minutos y me preguntes cómo está. Vamos, tengo experiencia en estas cosas, te prometo que estaremos bien.

—¿Tienes experiencia en estas cosas? ¿Desde cuándo? A los hombres como tú no se os da bien cuidar niños.

—¿Los hombres como yo? ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Se lo preguntó serio, abandonado el tono más relajado de la frase anterior, dolido y molesto por las implicaciones.

—¿Cleo, tía? Tengo que ir al baño.

Cleo salió corriendo y llegó a tiempo de acompañar a Marion al baño a vomitar

de nuevo. Sergio apareció dos minutos más tarde con los vaqueros encima de los calzoncillos y la misma camiseta. Se agachó frente a Marion igual que había hecho la noche anterior y le habló como si fuese su igual.

—¿Cómo te encuentras, *lady* Marion? ¿Sabes que tienes el mismo nombre que una princesa inglesa muy valiente?

—No, no lo sabía.

—Pues sí, además, es de mis preferidas. ¿Me dejas que me quede a pasar contigo la mañana y te lo cuente? Así Cleo podrá ir al Liceo un rato.

Marion desvió la mirada hacia Cleo.

—Cleo, ¿Sergio puede quedarse?

Sergio también la miró y esperó. Aunque no se lo dijo, Cleo supo que la decisión estaba en sus manos. Si le pedía que se fuese, él se iría. No discutiría frente a Marion.

—Claro.

Sergio se puso en pie y levantó a Marion en brazos.

—¿Qué te parece si me enseñas tus muñecas y tus cuentos y lápices de colores mientras Cleo se ducha y se viste? Y, si tienes ganas de volver a vomitar, me avisas, ¿de acuerdo, *lady* Marion? Yo te enseñaré los colores que me compré ayer en el supermercado para pintar contigo.

Cleo se duchó y se vistió. Estaba demasiado aturdida y cansada para cuestionarse por qué Sergio estaba dispuesto a hacer de niñera, pero él tenía razón. No podía perderse ese ensayo y a Marion él le había gustado. Mucho, a juzgar por las risas y los cuchicheos provenientes de la cocina. Salió unos minutos más tarde de lo habitual, no los suficientes como para tener que preocuparse, y dejó a Marion y a Sergio comentando las virtudes del genio azul de Aladdín.

## Capítulo 10

Cleo, tal como Sergio había anticipado, le llamó en exceso para preguntar cómo estaba Marion. Él contestó solícito cada vez e incluso se atrevió a tomarle el pelo. La llamó neurótica, con cariño, pero neurótica. Cleo aprovechó una pausa para llamar de nuevo a Luela. Su hermana seguía sin dar señales de vida, hasta que a eso de las cuatro de la tarde le mandó un mensaje de texto diciendo que tardaría unos cuantos días en volver, que estaba feliz y enamorada. Cleo estuvo tentada de lanzar el teléfono contra la pared como si fuese la cabeza de su hermana para ver si así entraba en razón. ¿Enamorada? Y, aunque lo estuviera, ¿por eso se había olvidado de que Marion existía?

Al terminar el último ensayo apareció Daniel y la saludó desde la distancia con una sonrisa. Cuando acabó el baile, fue en busca de la toalla para secarse el sudor y vio sorprendida que Daniel la estaba esperando.

—Hola.

—Hola.

—Quería decirte que lo tengo todo preparado para mañana, he reservado en un restaurante precioso.

—Oh. —Ella no quería reconocerlo, pero se había olvidado.

—Te he echado de menos esta semana.

Le cogió la mano y Cleo lo miró a los ojos. ¿Qué le estaba pasando? ¿Dónde estaba la emoción que la saturaba cuando Daniel la trataba como si fuese especial? No la sentía, únicamente tenía ganas de irse de allí y llegar a casa. «Estás cansada, nada más».

—Lo cierto es que he pensado mucho en ti estos días —añadió Daniel.

—¿Ah, sí?

—Sí, es como si te hubiese visto por primera vez. Estás distinta, no sé explicarlo.

—Soy la de siempre.

—Entonces seré yo el que ha cambiado. Te recogeré mañana por la noche en tu casa, a las ocho. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece bien.

Daniel le soltó la mano y dio un paso hacia atrás.

—Estoy impaciente, Cleo.

Cleo se quedó donde estaba, observando cómo Daniel se iba. Por fin la había visto, por fin se había dado cuenta de que existía como mujer y no solo como su amiga. Ella no sentía ninguna emoción porque no podía creérselo, porque prefería ser precavida. Solo por eso.

Cogió la bolsa y regresó a casa tras cambiarse únicamente el calzado y ponerse el abrigo. Seguía preocupada por Marion y lo más probable era que Sergio estuviese

desesperado por irse. Iba a tener que darle las gracias, tal vez podría comprarle algo. Abrió la puerta a la espera de que Marion corriese hacia ella o de oír sus llantos, pero la oyó riéndose y cantando. Caminó intrigada hasta la cocina y la encontró cocinando con Sergio.

—Hola.

—¡Cleo! —Marion se lanzó a sus brazos—. Sergio está haciendo lasaña. ¿Sabes que tengo nombre de princesa, y tú también? La tuya fue muy valiente e importante.

—¿Lasaña? No sé si tú vas a poder comerla.

—Claro que puedo, no he vomitado nada durante todo el día, y Sergio dice que es mágica.

—¿Ah sí?

—Sí, lo es. Y solo pueden comerla las niñas que no se salen de la raya al pintar.

—Ah, entonces seguro que puedes comerla.

Marion soltó a Cleo y corrió hacia Sergio, que se había mantenido en silencio y pendiente de la lasaña en cuestión.

—Voy a cambiarme. —Ninguno de los dos le hizo caso.

Volvió a la cocina y los vio tan enfrascados como antes, aunque ahora Sergio acababa de darle a Marion la medicina.

—Muy bien, *lady* Marion.

—Muchas gracias por todo, Sergio. No hacía falta que cocinaras.

—De nada, y no me importa cocinar. ¿Qué tal los ensayos?

—Horribles, pero me alegro de haber ido, *madame* Coutillard lo está cambiando todo a última hora. No sé si seré capaz de aprenderlo a tiempo para el estreno.

—Seguro que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he visto bailar, Cleopatra.

Cleo se sonrojó y lo disimuló cogiendo un trozo de pan que había cortado en rebanadas en un cesto.

—Supongo que después de haber estado tantas horas con Marion ya sabes de dónde viene mi nombre.

—Sí, tus padres tenían una manera de pensar muy peculiar. Te queda bien, mucho mejor que Liz.

—Tal vez, solo me alegro de que se conociesen en la cola de esa película de Liz Taylor y no en la de *Lo que el viento se llevó*. Odiaría llamarme Escarlata, es más difícil de abreviar.

—Se te habría ocurrido algo, estoy seguro.

—¿También habéis hecho pan? —Lo miró incrédula—. Está buenísimo.

—Que te sorprenda tanto ver cómo soy de verdad me resulta insultante. —Se secó las manos en un trapo y le dio un beso en los labios al pasar junto a ella—. Voy a buscar a mi pinche, le prometí que le dejaría sacar la bandeja del horno.

Sergio volvió a la cocina con Marion colgando del cuello. La niña se había ido

unos minutos antes a buscar una muñeca que necesitaba enseñarle a Sergio. Cenaron, Cleo vio que el plato de Marion no tenía la misma salsa que el suyo y el de Sergio, y ese detalle volvió a sorprenderla, aunque consiguió disimularlo (un poco). Evidentemente, ella casi no pudo abrir la boca porque Marion se pasó el rato hablando de las maravillas de Sergio, estaba tan contenta y acelerada que resultaba difícil de creer que la noche anterior hubiese estado vomitando. Tras los postres, Marion convenció a Cleo para que la dejase ver unos dibujos animados y antes de plantarse frente al televisor dio un beso a Sergio en la mejilla. La niña se quedó dormida en el sofá apenas unos minutos más tarde y Sergio la llevó en brazos y la metió en la cama. Cleo se quedó allí, se sentó en la butaca que había frente a la mesilla de noche y acarició el pelo de la niña. Tal vez había llegado el momento de hablar seriamente con Luela y pedirle que la declarase tutora de la niña. Cleo todavía recordaba lo complicado que había sido resolver los temas legales tras la muerte de sus padres y no quería que, llegado el caso, alguien pudiese arrebatarse a Marion si Luela no estaba. Iba a ser una conversación horrible, pero tarde o temprano debían tenerla.

Se puso en pie y le dio un beso en la frente a Marion antes de salir del dormitorio. Fue a la cocina para ponerla en orden, pero Sergio se le había adelantado.

—No hacía falta que lavaras los platos. Debes de estar cansado.

—¿Ya me estás echando otra vez?

—No.

—Bien, porque no voy a irme. —Secó el último plato y se dio media vuelta—. Estás muy cansada, apenas puedes sostenerte en pie.

—Estoy bien. —Un bostezo la convirtió en mentirosa.

—Vamos a la cama.

Sergio apagó la luz de la cocina y entrelazó los dedos con los de Cleo para caminar con ella a su dormitorio. Una vez allí, le soltó la trenza y empezó a desnudarla. Al principio fue despacio, tierno, un susurro, pero en cuanto aparecieron los besos tanto Sergio como Cleo perdieron el control. Los dos lo necesitaban, allí, de esa manera, desnudos, no podían disimular ni ocultar nada. Podían ser ellos de verdad, desearse sin límite, tocarse sin restricciones, sentirse en cada aliento. Sergio entró en ella muy lentamente, mirándola a los ojos, reteniéndola con ellos. Estaba encima, se movía despacio, flexionando los músculos, dejando que sus cuerpos se aprendiesen de memoria las reacciones del otro.

—Cleo, vida.

Ella le tiró del pelo para besarlo y para ocultar la lágrima que le había resbalado por la mejilla. Tanta emoción no era normal, era imposible. Eso, esto, tan intenso, tan necesario, tenía fecha de caducidad. Otra opción era impensable. Iba a hacerle mucho daño a Marion y a ella. Era más que evidente que la niña se había encariñado con él, por eso tenía que mantener las distancias y asumir que ella no estaba hecha para tener esa clase de relaciones. Sergio era maravilloso, era mucho más complicado y de

verdad de lo que ella había creído en un principio, pero no era de los hombres que se quedan. Era de los que se van, solo tenía que estar preparada para cuando llegase el momento.

Mientras, iba a aprovecharlo.

Bajó las manos por la espalda de Sergio y le clavó las uñas. Levantó las caderas al mismo tiempo que le rodeaba las nalgas con las piernas y lo besó apasionadamente. Él separó los labios y la retó a hacer lo mismo, empujó con las caderas y los dos terminaron sujetándose al otro con todas sus fuerzas.

Más tarde, cuando él le estaba acariciando la espalda porque ella estaba en su lugar de siempre, Cleo se atrevió a hablar.

—¿Qué querías decirme?

—¿Cuándo?

—Ese mediodía, cuando fui a tu apartamento. Me dijiste que habías estado hablando con Londres y que querías hablar conmigo.

Sergio respiró profundamente, cogió aire y lo soltó premeditadamente. Siguió acariciándole la espalda con una mano y la otra la colocó en la cadera desnuda de Cleo, no había ninguna parte de su cuerpo que no se estuviera tocando con el de ella.

—En la revista para la que trabajaba, *The Whiteboard*, quieren que vuelva. Han decidido expandirse y el director, a quien considero mi amigo, me ha ofrecido un cargo a su lado, jefe de redactores.

—Oh, felicidades.

—Gracias, pero no he aceptado. Dejé ese trabajo porque no quiero no ser de ninguna parte. Estoy cansado de viajar y de no encariñarme con nada. Me he pasado años sin tener siquiera una taza preferida, un cojín más cómodo que otro. Y no puedo seguir presenciando desgracias, hablando de ellas con objetividad. Ya no soy objetivo, ya no, y lo cierto es que no quiero volver a serlo.

—Pero si eres el jefe de redactores puedes no serlo. De eso se trata, ¿no? De tener opinión.

—El trabajo es en Inglaterra.

—Lo sé, me lo has dicho, pero podrías venir a menudo.

Sergio volvió a quedarse en silencio.

—Seguiría sin tener una taza preferida. Y no podría verte.

—Es una gran oportunidad, deberías pensarlo con calma. ¿Cuándo tienes que decirles algo?

—El estúpido de Gabriel, mi amigo, me ha dicho que puedo ir cuando quiera. No le ofrecerá a nadie más el puesto hasta dentro de un año.

Cleo sintió un profundo alivio.

—Ah, entonces todavía hay tiempo.

—Sí, todavía hay tiempo —repitió él antes de cogerla en brazos y volver a besarla y hacerle el amor.

Cuando a la mañana siguiente sonó el despertador, fue Sergio quien lo paró y fue

al dormitorio de Marion a ver cómo estaba. Dejó que Cleo durmiese esos minutos de más porque apenas la había dejado dormir durante la noche. Marion ya no tenía fiebre y, cuando abrió los ojos y vio a Sergio, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso. Los tres se vistieron y se asearon dispuestos a enfrentarse al día y, tras un frugal desayuno porque Marion todavía no podía comer demasiado y Cleo tenía un nudo en el estómago por ese despertar tan doméstico y familiar, abandonaron el apartamento. Luela seguía ausente, pero esa mañana a Cleo apenas le importó, solo le habría faltado su hermana.

Dejaron a Marion en la puerta del colegio, Sergio las acompañó, y después ellos dos caminaron rumbo al Liceo.

—He pensado que esta noche podríamos ir a cenar. Hay un sitio estupendo cerca de mi apartamento y me gustaría llevaros, seguro que a Marion le encantará.

A Cleo le sudaron las palmas de las manos y el corazón le fue a parar al estómago, donde se retorció con el resto de órganos.

—Esta noche no puedo.

—¿No puedes? ¿Has quedado con Alice? Esa chica es terrible, no me malinterpretes, es genial y muy divertida. Está bien, iremos Marion y yo. Ya te lo contaremos mañana.

—No, no he quedado con Alice. —Había llegado hasta allí, no podía ocultarle la verdad.

—¿Ha sucedido algo en el Liceo? ¿Tenéis algún ensayo extra?

Cleo se detuvo, era incapaz de caminar y mantener esa conversación al mismo tiempo.

—No, no tenemos ningún ensayo. —Sergio también se detuvo y la miró confuso —. He quedado con Daniel.

—Has quedado con Daniel. —Su voz perdió calidez.

—Sí, me lo pidió hace días. Se supone que es un secreto, pero le han ofrecido...

—Dirigir la orquesta del Liceo de Barcelona, lo sé.

—¿Lo sabes?

—Se lo ha contado a todo el mundo, Daniel no sabe guardar un secreto.

—Esta noche vamos a cenar para hablar de eso.

—Como amigos. —No fue ni una pregunta ni una afirmación, más bien fue un deseo.

—No lo sé.

Sergio se pasó las manos por el pelo y la miró frustrado.

—Dios, Cleo, sigues enamorada de él. No puedo creérmelo.

—No estoy enamorada de él.

—Dime una cosa, ¿has visto a Daniel estos días? ¿Le has dicho que estás conmigo, que estamos juntos? ¿Se lo has dicho?

—Tú y yo no estamos juntos, tú vas a irte a Londres, solo estás teniendo una aventura conmigo. Tú mismo lo dijiste la noche que me conociste.

—No me digas lo que estoy teniendo contigo, lo sé perfectamente. Tal vez tú seas incapaz de reconocer lo que nos está pasando, lo que tienes frente a las narices, pero yo no. Y esa noche, joder, esa noche de la que hablas fue hace meses y dije un montón de estupideces. Y a estas alturas ya tendrías que haber deducido por qué.

—Tú mismo me dijiste que te habían ofrecido ese trabajo en Londres.

Eso sí que no iba a poder discutirlo.

—Y te dije que no había aceptado. Mierda, ahora entiendo tus comentarios, querías, quieres —se corrigió— que me largue. Así no tendrás que elegir entre Daniel y yo, ¿no?

—No.

Sergio se había acercado demasiado a la verdad y Cleo reaccionó poniéndose furiosa.

—¿No? ¿Qué le dijiste a Daniel cuando te contó que tenía la oferta de Barcelona? ¿Le recordaste que no podía dejar escapar esa oportunidad o le pediste que se quedara?

—No pienso decírtelo. No es asunto tuyo.

—Le pediste que se quedara. Le pediste que se quedara. —Se apartó de ella, como si le resultase doloroso físicamente estar cerca—. Joder, hay que ser idiota. Sabía perfectamente dónde me metía, pero me dije que era imposible que después de lo que estaba sucediendo entre nosotros siguieses sintiendo ese encaprichamiento infantil por Daniel.

—No es infantil, tú no sabes lo que siento. Apenas me conoces, solo te has acostado conmigo.

—No, tú solo te has acostado conmigo, yo he hecho mucho más. Pero eso ya no importa, tranquila, vas a tener lo que quieres. Me largo, no puedo seguir así contigo. Además, tienes razón. Lo que te suceda no es asunto mío, tú nunca me has permitido que lo fuera. Prácticamente he tenido que suplicarte que me dejaras estar contigo, he tenido que luchar por cada beso y por cada segundo de tu tiempo y aun así eres incapaz de comprenderlo.

—¿Comprender qué?

—Nada, nada en absoluto. No te preocupes, no tendrás que elegir entre Daniel y yo. No volveré a molestarte. Espero que seas muy feliz con ese hombre que nunca, nunca, nunca sabrá quien eres.

—Sergio, no...

—Piensa una cosa, hace años que le conoces y ni siquiera sabe que te llamas Cleopatra, ni que hueles a rosas, ni que siempre te echas exactamente medio sobre de azúcar, pero solo en el café de la mañana, o que cuando corres hacia el metro cuentas las farolas que hay en la calle. En todos estos años nunca ha intentado besarte, ni una sola vez. Quédate con él, Cleo, todo será más fácil. Te lo prometo.

—Sergio...

—Tranquila, no hace falta que me lo digas, no le contaré nada a Daniel. Adiós,



dile a Marion que lamento no poder cumplir mi promesa.

Sergio se levantó el cuello del abrigo y se metió dentro de un taxi, que apareció casi por arte de magia a su lado.

## Capítulo 11

La cena con Daniel fue perfecta. Él fue a buscarla a la hora señalada. Llevaba un traje negro que le hacía parecer más rubio y más inaccesible, y le dio un beso en la mejilla en cuanto la vio. No la sujetó ni la besó como si hubiese muerto de no hacerlo, y tampoco le preguntó por Marion. Daniel la había conocido un año atrás cuando la niña acudió a una representación infantil en el Liceo.

Le habló de la nueva partitura en la que estaba trabajando y juntos criticaron al gobierno por no dar más subvenciones a las artes. Al llegar a los postres Cleo sacó el tema de Barcelona y Daniel le aseguró que todavía no había tomado ninguna decisión, pero que los del Liceo barcelonés habían mejorado todavía más la oferta. De todas formas, llegaría el momento en que tendría que decidirse. Pasó entonces a enumerar todas las ventajas que tenía seguir en París y a ella no la mencionó en ningún momento. Era una lista absurda. En ella aparecían los museos, algunas tiendas, y varios platos de comida. Aun así a Cleo le dolió no aparecer en ella.

«Tú estás aquí, ¿no? Entonces volveré».

A Sergio solo le había importado ella. Nada más. El descubrimiento fue tan de repente, tan inesperado, que se sintió como una estúpida por no haberlo comprendido antes. Se obligó a permanecer allí sentada, a prestar toda su atención a Daniel, y a medida que iban pasando los minutos y él seguía hablando ese amor ciego que había sentido por él durante todo ese tiempo fue desvaneciéndose. Como si no hubiese existido nunca, como si nunca hubiese sido real. Daniel no era perfecto para ella, nunca lo había sido y nunca lo sería. Daniel era un buen amigo, lo había sido siempre, pero sería una pésima pareja para ella, y tal vez para cualquiera. Daniel era un niño mimado, maravilloso y generoso, pero un malcriado, pensaba en él y solo en él. Era generoso con su tiempo, con su cariño, incluso con su dinero, pero él siempre ocupaba el primer lugar en su lista de prioridades. Quizá eso cambiara cuando conociese a la mujer adecuada, o quizá no, pero estaba claro que esa mujer no era ella.

—Daniel, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él la miró confuso, le había interrumpido a mitad de una frase.

—Claro.

—¿Te sientes atraído por mí?

Daniel, *l'enfant terrible* de París, se sonrojó.

—Eres una mujer muy atractiva.

—Gracias, pero no te he preguntado eso. Te he preguntado si te sientes atraído por mí.

—No. Te tengo mucho cariño y le arrancarí la cabeza a cualquiera que quisiera hacerte daño, pero no me siento atraído por ti. Lo siento.

Cleo se rio. La incomodidad de Daniel y el miedo que tenía a la reacción de Cleo era tan palpable que resultaba gracioso. O tal vez fuese el alivio que sintió lo que la hizo reírse.

—Gracias, Daniel. Yo tampoco me siento atraída por ti, ya no.

—¿Ya no? ¿Antes sí?

—Oh, vamos, no me digas que no te habías dado cuenta.

—Bueno, Sergio me lo dijo.

A Cleo le dio un vuelco el corazón.

—¿Sergio?

—Sí, ese día, en esa discoteca, Le Carmen. Me llevó a un lado y me dijo que no podía seguir tratándote así, que no podía quedar contigo y presentarme con otra del brazo. Le vi tan furioso que me asusté, pensé que iba a pegarme.

—¿Te pegó?

—No, aunque creo que tuvo que contenerse. Le dije que tú y yo solo éramos amigos, que a ti no te importaba verme con otras mujeres, pero él me dijo que era un idiota y que tú también, pero que mientras me siguieses mirando de esa manera no podía restregarte mis ligues por las narices. O algo por el estilo. Fue entonces cuando me planteé que quizá Sergio tuviera razón y por eso te pedí que salieras a cenar conmigo.

—Gracias, pero no era necesario. Tú tienes razón, la has tenido siempre, solo somos amigos. Muy buenos amigos.

—La verdad es que cuando Sergio me soltó esa bronca pensé que sí que me mirabas de un modo especial, pero a partir de ese día dejaste de hacerlo. A la mañana siguiente de esa fiesta ya me mirabas de un modo distinto.

La mañana después del primer beso de Sergio.

—Sí, dejé de mirarte, pero seguí estando ciega.

—Sabes que no soy demasiado profundo, ¿no?

—Lo sé —se rio, aliviada.

—Entonces, ¿vas a contarme de qué diablos estás hablando?

—Todavía no, creo que he metido la pata y lo he echado todo a perder.

—Bueno, cuando quieras contármelo aquí estoy. Para eso están los amigos.

—Sí, y si decides irte a España iré a verte tan a menudo que te arrepentirás de haberme conocido.

—Eso nunca, Cleo.

Daniel la llevó de regreso a su casa. Caminaron cogidos del brazo por la calle porque Cleo se había animado a ponerse unos tacones de infarto, pero en ningún momento ninguno de los roces que se produjeron por casualidad entre ellos le pareció mínimamente sensual o romántico.

Había sido una estúpida.

Se despidieron en el portal y Cleo subió a recoger a Marion a casa de la vecina que la estaba cuidando. La niña estaba dormida, así que la llevó en brazos hasta la

cama, balanceando entre los dedos los zapatos de tacón que se quitó para no caerse al suelo. Con la pequeña acostada, Cleo buscó el móvil e hizo la primera de dos llamadas muy importantes.

Luela no le contestó. Había dado por hecho que no lo haría, así que le dejó este mensaje en el contestador:

*—Luela, el lunes iré a visitar al abogado que nos asesoró cuando murieron papá y mamá, quiero preguntarle qué pasos tengo que seguir para tener la tutela de Marion. No quiero ser solo su tía. Si decides volver y acompañarme, estaré encantada de que vengas. Creo que sería lo mejor para todos y que, si tú estás de acuerdo, podríamos hacerlo muy bien. Y si no quieres cederme la tutela de Marion y estás decidida a rehabilitarte, cuenta conmigo. Estaré a tu lado pase lo que pase. Esto no es ninguna amenaza ni ningún plan para chantajearte y obligarte a desintoxicarte, quiero cuidar de Marion porque la quiero, y a ti también. La reunión es el lunes a las seis de la tarde, te mando un texto con la dirección. Ven, por favor.*

Concluida esa llamada fue a la cocina en busca de un vaso de agua, le temblaban las manos de lo nerviosa que estaba y antes de realizar la siguiente decidió ponerse el pijama y desmaquillarse para ver si lograba tranquilizarse un poco. Se sentó en el borde de la cama con solemnidad, alargó la mano izquierda hacia la almohada en la que él se había quedado dormido unos días antes, deseando que ese gesto la ayudase a decir lo correcto, y con la derecha sujetó el aparato y lo llamó.

Sergio no contestó y ese silencio le dolió muchísimo más que el de su hermana, ni siquiera fue comparable. Tragó saliva y se recordó que él tenía motivos de sobra para no cogerle el teléfono, para no querer volver a verla nunca más en la vida, pero tenía que recuperarlo. No podía perderlo.

*—Hola, Sergio, soy yo. Lo siento, lo siento tanto... Quiero verte, necesito hablar contigo. Por favor.* —Se secó una lágrima que le resbaló por la mejilla—. *He sido una tonta, una idiota, y lo siento. He ido a cenar con Daniel, sé que no debería decírtelo, pero escúchame. Desde que te has ido esta mañana no he podido dejar de pensar en ti. Siempre pienso en ti, te has metido en mi cabeza y en mi corazón sin que me diera cuenta. Cuando he visto a Daniel, me he dado cuenta de que no me producía ninguna, ninguna, de las emociones que siento cuando te veo. Y que nunca me las ha causado. Tengo que verte, no quiero hablar de esto por teléfono...*

Sonó el pitido que indicaba que había concluido el tiempo máximo para un mensaje. Cleo se apartó el teléfono del rostro y dejó de contener las lágrimas. Lo que sí que tuvo que contener, y le costó muchísimo, fueron las ganas de volver a marcar y dejar otro mensaje, y otro, y otro, los que fuesen necesarios para que él la llamase y le diese la oportunidad de explicarse. Si insistía, seguro que él tarde o temprano le devolvería la llamada, aunque solo fuese para exigirle que lo dejase en paz. No lo hizo, Sergio se merecía que confiase en él, que lo respetase, que lo viese y lo tratase como el hombre sincero, generoso, atento, inteligente, increíble, dulce, sensual, auténtico y único que era. Demasiado tarde, pero por fin lo había entendido.

Se tumbó en la cama y el cansancio por el llanto y las emociones de todos esos días hicieron que se quedara dormida. Cuando se despertó, descubrió a Marion tumbada en la cama a su lado, acurrucada igual que un bebé.

—Buenos días, Marion.

La niña abrió los ojos y le sonrió.

—¿Cuándo viene Sergio? Me prometió que hoy me enseñaría a volar una cometa y que comeríamos en el parque, creo que me dijo que se llamaba pig-nic.

—Pic-nic —la corrigió y se le encogió el corazón al recordar la última frase de Sergio—. No, Sergio me pidió que te dijera que sentía no poder cumplir con su promesa.

—¿Por qué no puede venir? Es sábado, me lo prometió, y yo quiero verlo —razonó como la niña de seis años que era.

—Lo siento.

Marion se sentó en la cama y al ver el móvil de Cleo encima de la mesilla de noche lo cogió y se lo acercó.

—Llámallo.

—Es muy temprano.

—Por fa, por fa, por fa, por fa, por fa, por fa.

—Está bien.

Ella quería hacerlo y se justificó diciendo que así tenía excusa, lo llamaba porque Marion se lo había pedido, no porque ella no pudiese seguir aguantándose.

El móvil sonó y sonó y la llamada fue a parar al contestador.

—*Hola, Sergio, soy yo otra vez. Estoy con Marion —recurrió a todas sus armas— y nos preguntábamos si te apetecería venir al parque con nosotras. Las dos tenemos muchas ganas de verte, así que ven. Por favor —carraspeó—. Estaremos cerca del estanque de ocas que hay en el extremo norte y, bueno, nos gustaría mucho que vinieras. Adiós.*

—¿Vendrá?

—No lo sé.

Ojalá lo supiera.

Marion saltó de la cama y corrió hacia su dormitorio.

—Tengo que preparar mis cosas y hacer pipí. ¿Dónde están mis zapatillas rosas? Sergio me dijo que eran perfectas para *lady* Marion.

Cleo deseó contagiarse del optimismo y la vitalidad de Marion, la niña estaba convencida de que Sergio iba a reunirse con ellas en el parque. Ella no. Quizá sí que apareciera, la debilidad que él sentía por la niña tal vez lo animase a acudir, pero, cuanto más pensaba en cómo lo había tratado a lo largo de su relación y la de barbaridades que le había dicho esa última mañana, más motivos encontraba para justificar el distanciamiento y el silencio de Sergio. Si él la hubiese tratado de esa forma, si le hubiese dicho a la cara que solo se estaba acostando con ella y que se estaba reservando para ir a cenar y enamorarse de otra, ella no habría querido volver

a verlo nunca más.

Mierda, quería meterse en la cama y llorar, pero se obligó a salir y a ducharse, a prepararse para pasar el día con Marion. Tenía que asumir que tal vez Sergio no volviese.

Sergio no fue al parque y Marion se lo tomó muy mal, pasó de estar ansiosa e ilusionada a enfadada y obstinada. Al final, Cleo la riñó y la castigó, y después se sintió culpable y le prometió que a la semana siguiente, si se portaba bien, la llevaría a ver a Sergio. Esa noche, después de que Marion se quedase dormida tras una sesión doble de películas, Cleo comprobó por enésima vez el móvil. No tenía ningún mensaje de Luella ni de Sergio. Marcó primero el número de su hermana y dejó una breve grabación recordándole la reunión del lunes con el abogado y preguntándole si estaba bien. Después llamó a Sergio.

*—Soy yo, comprendo que estés enfadado y dolido. Me he portado muy mal contigo, pero nunca me había sentido así con nadie. Sergio, por favor, llámame, o dime que puedo ir a verte. Por favor.*

Colgó antes de ponerse a llorar como una idiota y se recordó que se había prometido darle tiempo.

El domingo cayó una tormenta que hacía juego con la tristeza y la preocupación de Cleo. Las disimuló ambas por el bien de Marion, y el suyo, y pasaron el día jugando a juegos de mesa, disfrazándose, Marion, de princesa y ella, de bruja, y comiendo palomitas frente al televisor. Esa noche repitió las mismas llamadas que la noche anterior, el mensaje que le dejó a Luella fue más breve si cabe, y el de Sergio con la voz más rota.

El lunes se levantó decidida a seguir adelante. Era un día muy importante, iba a dar el primer paso hacia la adopción legal de Marion. Tendría que haberlo hecho mucho antes, tendría que haber buscado la fórmula legal necesaria para proteger a su sobrina, pero el temor y el amor que sentía por Luella la habían frenado. Ya no, Luella podía destrozarse la vida si quería, pero Cleo no iba a permitir que le pasase lo mismo a Marion.

La niña por fin estaba bien. Al principio de mudarse allí lloraba siempre que la veía salir de casa, ahora adoraba el colegio al que asistía y estaba feliz en su dormitorio repleto de cuentos.

Cleo caminaba por la calle pensando en la importancia de esa decisión y sintió la ausencia de Sergio como un dolor físico. Si él estuviera allí, se sentiría más fuerte, más valiente. Ella lo era de sobra, pero él la hacía mejor, la completaba. Era culpa suya no haberlo comprendido antes, haber seguido obsesionada con un encaprichamiento infantil. Tendría que haber comprendido que lo que había sucedido entre ellos, ese deseo, esa fuerza, existía gracias a sentimientos mucho más profundos. Ellos dos llevaban meses conociéndose, años si contaba todas las anécdotas que Daniel le había contado a ella de Sergio, y las que probablemente le había contado de ella a él. La noche que se vieron ambos lo sintieron, y él metió la

pata, probablemente al ver que ella solo estaba pendiente de Daniel. Y ella había decidido juzgarlo y castigarlo por esos estúpidos comentarios. Esa noche ya tendría que haberse dado cuenta de que si le dolía tanto lo que Sergio pudiera decir de ella era por algo. Dios, si era famosa por su indiferencia, por no importarle nunca lo que dijeran los demás de ella. Sergio había dicho una estupidez y a ella le había dolido tanto que le había mantenido a distancia por ello durante meses, a pesar de que él se había pasado todo ese tiempo demostrándole cómo era en realidad, siendo maravilloso con ella.

Caminó hacia el Liceo, o eso creía, porque de repente comprobó que se había detenido frente al edificio donde vivía Sergio. Tal vez él se negara a verla, pero tenía que intentarlo. Llamó al timbre y esperó en la calle. Nada, solo silencio. Volvió a llamar, tal vez estuviera en la ducha o todavía en la cama. Esperó en vano.

—Buenos días, señorita, ¿está buscando a Sergio?

El portero apareció con tanto sigilo que Cleo se llevó una mano al corazón para detenerlo.

—Sí.

—No está, se fue hace unos días.

¿Adónde? ¿Durante cuánto tiempo? No formuló las preguntas en voz alta, no pudo, y probablemente ese señor tan amable se habría negado a contestarlas.

—Oh, muchas gracias.

—De nada, que tenga un buen día. —Volvió a entrar a ocuparse de la portería.

El resto del día fue igual de desafortunado. Los ensayos fueron un desastre y *madame* Coutillard le llamó la atención por no seguir el ritmo y estar demasiado cansada. Al acabar le recomendó que se fuese a dormir de inmediato y volviese al día siguiente siendo la bailarina excelente que de verdad era. No vio a Daniel, lo cual tal vez fue algo bueno porque seguro que se habría puesto a llorar y le habría contado la verdad acerca de Sergio y ella y le habría suplicado que la ayudase a recuperarlo. Durante su cita del viernes, no se lo dijo porque no le parecía correcto hacerlo sin recuperar antes a Sergio, sin pedirle perdón y decirle lo que sentía por él. Le parecía un gesto muy cobarde confesar sus sentimientos primero a Daniel. Pero eso había sido el viernes, hoy era lunes y estaba desesperada por ver u oír a Sergio.

Salió del Liceo pensativa y se dirigió al colegio a recoger a Marion. La secretaria del abogado le había dicho que podía ir allí con la niña, que ella la vigilaría mientras ellos dos estaban reunidos. Era una señora de unos sesenta años que probablemente se pasaba los fines de semana rodeada de nietos, así que Cleo le dio las gracias y decidió hacerle caso, así no tendría que preocuparse por buscar a alguien que estuviese ese rato con Marion.

—Hola, creía que hoy no vendrías. —El extraño saludo de la profesora que se ocupaba de entregar a los niños a los padres que iban a recogerlos la cogió desprevenida.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Luela ha venido a buscar a Marion hará una hora.

Cleo sintió un escalofrío. Tal vez su hermana había recogido a la niña y habían ido juntas al despacho del abogado.

—Oh, no lo sabía, y Marion tampoco.

—Sí, al principio ha insistido en esperarte.

—¿Y por qué no lo han hecho?

—No lo sé. —La profesora escribió algo en un papel sin hacerle demasiado caso a Cleo—. El hombre que iba con tu hermana parecía tener prisa.

—¿Mi hermana estaba con un hombre y le has dado a Marion sin más?

Eso captó la atención de la profesora, que levantó la vista de los papeles y la miró como si fuera una niña y se hubiese portado muy mal.

—Es su madre, no podemos negarnos.

—Ya, claro. —Tenía que haber solucionado ese tema mucho antes—. Gracias. Adiós.

La profesora volvió a agachar la vista y Cleo salió corriendo en dirección a casa. Por el camino, llamó al despacho de abogados, donde le confirmaron que ni Luela ni la niña habían aparecido y le prometieron que la llamarían en seguida si la situación cambiaba. Cleo llamó entonces a su hermana. Saltó el maldito contestador.

—*Luela, soy yo, no sabía que hoy irías a buscar a Marion. ¿Dónde estáis? ¿Estáis merendando en alguna parte? Puedo acercarme. Llámame en cuanto puedas.*

Optó por dejar ese mensaje tranquilo y relajado porque no quería irritar a su hermana y que esta decidiese desaparecer. Lo primero era encontrar a Marion y asegurarse de que estaba bien. Después, ya le gritaría a Luela.

Entró corriendo en casa y comprobó horrorizada que no estaban y que su hermana había vaciado su dormitorio, había cajones en el suelo y ropa esparcida por todas partes. Con el corazón en un puño, entró en el de Marion y también lo encontró desvalijado, aunque de allí apenas se habían llevado nada. Se aferró a ese detalle como si se estuviese ahogando y fuese una tabla de salvación; si apenas se había llevado ropa para Marion no tardarían en volver, ¿no? Pero ¿dónde diablos estaban y con quién? Cleo salió del apartamento, tenía que encontrarlas antes de que le sucediese algo malo a Marion. Ella recordaba cómo era Luela cuando estaba enganchada, era capaz de olvidarse a la niña en cualquier parte, de regalarla a un desconocido, y Marion ya no era un bebé, era una niña consciente de todo lo que sucedía a su alrededor. Detuvo un taxi y le dio la dirección del bar donde trabajaba Luela; allí nadie la había visto desde hacía meses.

Dios santo, había sido una estúpida.

Recorrió todos los parques a los que solían ir a jugar las tres cuando Luela estaba bien e intentaba comportarse como una buena madre y en ninguno encontró el menor rastro de ellas. Volvió al apartamento y llamó a la policía. La agente que la atendió fue muy amable con ella, pero le dijo que si la niña se había ido con su madre no podían hacer nada, a no ser que pudiese demostrar que Luela había cometido un



delito o estaba a punto de hacerlo. Cleo se puso histérica, insistió en que no sabía de qué era capaz Luella y que Marion solo tenía seis años y la necesitaba. La agente intentó tranquilizarla y le prometió que iría a verla a la mañana siguiente a las siete, antes de empezar el turno, para recoger una foto de Marion y otra de Luella. Las harían circular extraoficialmente y empezarían a buscarlas. La mujer le sugirió que fuese llamando a su hermana cada hora, que utilizase un tono de voz amable y suave, nada conflictivo, que le recordase que la niña era pequeña y le pidiese que volviesen a casa. Si Luella tenía algún momento de claridad y los escuchaba, tal vez decidiera hacerles caso.

Cleo le dio las gracias. Esa mujer había comprendido la angustia que sentía, y le dijo que la estaría esperando a las siete con las fotos. La agente le aseguró que se quedaba con su número y que, si recibía noticias de alguna descripción que encajase con las dos, la llamaría. Después de colgar estaba más preocupada y asustada que antes. Si Luella decidía desaparecer con Marion, nunca las encontraría. Jamás.

Lloró desconsolada y cuando logró tranquilizarse buscó de nuevo el móvil y llamó a la persona que más necesitaba.

## Capítulo 12

*—Sergio, soy yo. No borres este mensaje, por favor. Escúchalo, te lo suplico. Te necesito, te necesito tanto... Marion ha desaparecido, Luela se la ha llevado esta tarde del colegio y no sé dónde están. No las encuentro por ninguna parte y mi hermana no me coge el teléfono. No puedo perderla, Sergio, Marion todavía es pequeña y seguro que a estas horas está asustada... Yo también lo estoy. No puedo quedarme sin ti y sin ella, no puedo.*

La máquina pitó al marcar el final del tiempo permitido para un mensaje y Cleo dejó caer el teléfono al suelo. Dejó la mirada perdida unos segundos. Lo había tenido todo y no había sabido cuidarlo, había echado a Sergio de su vida, o no le había dejado entrar, y no había sido lo bastante adulta como para tomar las medidas necesarias para proteger a Marion y enfrentarse a Luela. Iba a llorar, se acurrucaría como un ovillo y cerraría los ojos hasta que desapareciese el mundo.

No, se riñó furiosa, no podía hacer nada de eso. Tenía que ser fuerte y luchar por lo que quería. Tenía que dejar de comportarse como una cobarde. Se levantó del sofá y fue al baño a echarse agua en la cara. Después, enchufó el móvil para no quedarse sin batería y cogió un papel y un bolígrafo para anotar posibles lugares a los que podía haber ido Luela. Se los daría por la mañana a la policía junto con las fotografías y ella misma iría a visitarlos.

A Sergio volvería a llamarlo, lo llamaría cada día hasta conseguir que la escuchase.

Pasó una hora, Cleo preparó las fotografías, buscó una en la que Luela iba maquillada y otra sin maquillar, y una reciente de Marion. Estaba acariciando esta última cuando sonó el timbre y la sobresaltó. Corrió frenética hacia la puerta, Luela siempre perdía las llaves.

Era Sergio, y cuando la vio tiró de ella y la abrazó contra su torso con todas sus fuerzas.

—Ya estoy aquí.

Cleo le rodeó la cintura con los brazos, hundió el rostro en el jersey de Sergio y se puso a llorar.

—No sé dónde está, Sergio. Marion ha desaparecido y no sé dónde está, ni si está bien o si tiene frío o hambre. Cuando Luela está así se olvida de esas cosas.

—Tranquila. —La apartó de él y le sujetó el rostro con las manos, capturó las lágrimas con los pulgares y la miró a los ojos—. Encontraremos a tu niña, te lo prometo.

Cleo asintió. Esa promesa la tranquilizó más que hablar con la policía. Su parte racional sabía que Sergio no podía prometerle tal cosa, pero estaba demasiado cansada y preocupada para ser solo racional. Tenía que creer, y no se le ocurría nadie

mejor en quien creer que Sergio.

Entraron en el apartamento y Sergio cerró la puerta antes de volver a abrazarla. Cleo tembló en sus brazos. Había estado tan cerca de perderlo, de no volver a tocarlo nunca más, que seguía estando asustada.

—Lo siento, lo siento tanto... Sergio. Me he comportado como una idiota.

—Chiss, ahora no. No hace falta que digas nada.

Cleo se tensó, tal vez él solo había ido a verla porque estaba preocupado por Marion, tal vez su visita no significaba que estuviese dispuesto a escucharla y perdonarla. Tal vez volviera a irse.

—Tú y yo estamos bien. —Adivinó las preocupaciones de ella solo con sentirla y Cleo volvió a llorar. Cómo podía no haberse dado cuenta de lo que existía entre los dos, cómo podía haberlo confundido con deseo cuando era amor—. Estamos bien, te lo prometo. No te preocupes por nosotros. Si quieres, hablaremos de ello cuando recuperemos a Marion, pero a mí no me hace falta.

Con el plural, las caricias en la espalda, Sergio le demostró de nuevo que la entendía y que estaba a su lado sin necesidad de palabras, pero ella quería dárselas.

—¿Cómo es posible que me perdones tan fácilmente? Estos días ni siquiera me has cogido el teléfono.

—Estaba herido, y furioso. Cuando me dijiste que ibas a cenar con Daniel, tuve ganas de gritar, de preguntarte cómo eras capaz de ir a cenar con él después de cómo habíamos hecho el amor. Quería decirte que no podías ir con él, que no podías hacerme eso después de haber conseguido que me enamorara perdidamente de ti.

A Cleo se le detuvo el corazón, él acababa de decirle que estaba enamorado de ella. Era demasiado, demasiado pronto. Demasiado verdad.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Necesitaba saberlo.

—Porque mi estúpido orgullo me lo impidió. A ningún hombre le gusta que la mujer que ama le diga que va a cenar con otro. Y que ese otro sea uno de mis mejores amigos del que además llevas años enamorada no ayuda demasiado.

—No estoy enamorada de Daniel, nunca lo he estado. Yo te...

Le colocó unos dedos en los labios y no la dejó continuar.

—No me lo digas, sé que no lo sientes. No debería haber sacado el tema ahora, pero me vuelves loco, Cleo, me conviertes en un idiota. Cuando estoy contigo no sé dónde estoy, ni cuándo, ni qué quiero, solo sé que estoy contigo y me basta con eso. El resto puede esperar.

—Pues yo no, yo no puedo esperar. —Apartó los dedos de Sergio y lo miró intensamente a los ojos—. Te amo, Sergio, y no puedo pasar ni un segundo más sin decírtelo, sin demostrártelo. Siento haberme comportado como una estúpida, siento haber estado tan ciega y haberte juzgado durante tanto tiempo por esa frase que dijiste la noche que nos conocimos, pero tienes que saber algo. Tienes que creerme cuando te digo que nunca he besado a nadie como te beso a ti, y no quiero hacerlo. Sé que no debería decírtelo, que es muy egoísta de mi parte, pero no quiero que te vayas

a Londres. No podría soportarlo. Quiero que estés aquí conmigo y con Marion. Tú me dijiste que habías rechazado la oferta, pero si has decidido aceptarla...

—No la he aceptado. He hablado con Gabriel y le he dicho que necesitaba más tiempo, que no tomaría ninguna decisión hasta asegurarme de que no podía arreglar las cosas contigo. Ver que ibas a cenar con Daniel y que no le habías contado que estábamos juntos me hizo mucho daño, Cleo, pero no iba a rendirme tan fácilmente. Siento no haber cogido el teléfono, necesitaba pensar. Jamás pensé que me enamoraría tan de repente. Llevaba años oyendo a Daniel hablar de ti, pero, cuando te vi esa noche, cuando abrí esa puerta, no sabía quién eras. Y sin embargo te reconocí, algo dentro de mí gritó que eras tú, solo tú. Fue horrible —bromeó—, me sentí como un hombre de las cavernas, te habría cogido en brazos y me habría ido de allí contigo al instante. Por eso, cuando Daniel dijo tu nombre, me asusté. Tenía la teoría de que entre él y tú había algo, que erais más que amigos.

—Solo somos amigos, es lo único que hemos sido siempre. Fui una estúpida y una cobarde al creer que éramos algo más. Lo utilicé como excusa para no arriesgarme con ningún hombre en el mundo real. Y funcionó hasta que apareciste tú.

—Tendría que haber sido más sincero contigo, pero me daba miedo precipitarme y perderte incluso antes de tenerte. Quería darte tiempo, pero en ningún momento habría sido capaz de darme por vencido. Te lo prometo.

—Creía que estos días te habías ido a Londres, que habías decidido volver —confesó asustada por el recuerdo y aliviada de tenerlo en sus brazos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué habrías hecho si hubiese sido así? —bromeó, presintió que los dos lo necesitaban.

—Habría ido a buscarte, te habría perseguido y no habría parado hasta que me escuchases. Tú a mí también me vuelves loca y me conviertes en una idiota.

—Me alegro, no quiero ser el único que se siente así.

—Te quiero y, si decides volver a Londres, lo único que te pido es que me esperes. Buscaré trabajo allí, hay muchas compañías donde puedo bailar, y supongo que si Marion vuelve —No pudo continuar.

—Por supuesto que va a volver.

Cleo asintió.

—Si Marion vuelve y sigo adelante con los papeles del abogado, ella también vendrá conmigo. Tendré que buscarle colegio y un apartamento donde instalarnos.

—Primero, ¿de qué papeles hablas? Y segundo, aunque ya te he dicho que no voy a volver a Londres, ¿qué diablos es eso de buscar un apartamento? Buscaríamos uno para los tres, juntos, y elegiríamos el mejor colegio para Marion, ¿está claro? Basta de hacer cosas sola, Cleo, ahora estoy contigo y siempre lo estaré. No me he enamorado para nada. Te amo, asúmelo, y ahora explícame lo de esos papeles.

Lo dijo con tanta certeza, como quien dice que la tierra es redonda y el sol, amarillo, que Cleo tuvo que creerlo. Se quedó mirándolo hasta que él le sonrió y le recordó que estaba esperando que le contestase.

—Quiero tener la tutela de Marion. No quiero que Luella pueda volver a llevársela de ninguna parte sin mi consentimiento. Sé que es hija suya y, si Luella deja las drogas y sienta la cabeza, estaría dispuesta a buscar una solución intermedia, pero mi hermana nunca ha querido ocuparse de la niña, ella sigue siendo una a pesar de la edad.

—Te equivocas en una cosa, Cleo, tu hermana no es la madre de Marion, lo eres tú, y cuando vuelva nos aseguraremos de hacer todos los papeles necesarios para que lo sepa el resto del mundo. Si tu hermana decide crecer, podrá venir a buscarnos y estar con ella, pero antes de que la deje acercarse a Marion tendrá que demostrarme que ha cambiado.

—Gracias por entenderlo y estar a mi lado, aunque si Marion no regresa...

Sonó el timbre y Cleo soltó a Sergio. Tal vez fuera la policía. Abrió la puerta con el corazón encogido y cayó de rodillas al ver a Marion sola y llorando en la entrada.

La rodeó con los brazos y las dos se pusieron a llorar.

—Tranquila, estás en casa. Estás en casa.

—Mamá me vino a buscar al colegio, yo no quería irme con ella. Estaba con un señor que me daba miedo.

Sergio también se agachó y las rodeó a las dos con los brazos.

—Ya estás en casa con Cleo y conmigo. A partir de ahora todo saldrá bien, *lady* Marion.

La niña apartó el rostro del cuello de Cleo y lo miró con una trémula sonrisa.

—Has vuelto, Sergio.

—Claro que he vuelto, y prometo no volver a irme. Lo siento.

—No puedes irte, eres el deseo de Cleo.

Sergio no entendió la frase, pero las abrazó de nuevo y cuando dejaron de llorar las ayudó a entrar y cerró la puerta. Cleo no parecía capaz de soltar a la pequeña, así que se sentó en el sofá con Marion en el regazo y Sergio ocupó un lugar al lado.

—¿Dónde estabas? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está mamá?

—Mamá y ese señor no paraban de discutir. No sé dónde estaba, intentaba fijarme en los nombres de las calles tal como me enseñaste, pero iban demasiado rápido y estaba asustada.

—No pasa nada, pequeña, lo has hecho muy bien. Has sido muy valiente. —Iba a matar a su hermana en cuanto la viese.

—¿Cómo has llegado aquí, *lady* Marion? —Sergio le acarició el pelo.

—Ese señor ha parado el coche y nos ha echado a mí y a mamá. Yo no podía parar de llorar y ella me ha reñido, me ha dicho que estaba harta de sentir que no hacía nada bien.

Sí, Cleo iba a matar a Luella, cómo se le ocurría hacer sentir culpable a Marion.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó Sergio.

—Mamá ha sacado el móvil del bolsillo, creo que iba a llamar a alguien, a uno de sus amigos, he oído su nombre cuando le ha insultado porque no le ha contestado

pero no me acuerdo.

—No importa, sigue, lo estás haciendo muy bien.

—Entonces ha escuchado tus mensajes. Lo sé porque he reconocido tu voz por el altavoz. —Marion escondió de nuevo el rostro en el cuello de Cleo—. Me he puesto a llorar y le he dicho que te echaba de menos, que quería estar contigo.

—Yo también quiero estar contigo.

—Hemos venido caminando hasta aquí. Estaba muy cansada pero he dejado de llorar cuando he reconocido los columpios que hay cerca de casa. Mamá me ha dejado en el portal y me ha dicho que subiera.

—¿Mamá está en la calle?

—No lo sé, he subido corriendo.

Cleo miró a Sergio por encima de la pequeña y él entendió el mensaje.

—¿Por qué no te sientas conmigo un rato y me cuentas tus aventuras? Te he echado mucho de menos, *lady* Marion.

Marion sonrió a Sergio y se acurrucó en sus brazos encantada. Cleo soltó el aliento, salió al vestíbulo y bajó la escalera despacio, prestando atención al menor ruido en busca de alguno que delatase la presencia de Luella. No lo encontró. Ella no estaba por ningún lado. Se quedó allí unos minutos, miró a ambos extremos de la calle por si su hermana estaba esperándola en algún portal, pero no la vio. Iba a subir, triste y feliz al mismo tiempo por el regreso de Marion, cuando vio un papel que sobresalía de su buzón. Tiró de él y lo leyó.

Era una breve nota de Luella donde le decía que preparase los papeles para adoptar a Marion, que los firmaría en cuanto volviese de rehabilitación. En medio de unas frases cortas y muy sinceras, Luella le confesaba que no estaba preparada para formar parte de sus vidas, quizá nunca lo estuviera, pero que quería lo mejor para las tres y sin duda eso pasaba por desaparecer y dejarlas a ella dos solas. *Siempre habéis sido un equipo, y yo una mera observadora. Cuida bien de tu niña. Te prometo que algún día volveré y os sentiréis orgullosas de mí.*

Cleo lloró, esas palabras sí que eran de Luella, de la Luella de verdad. Se acercó el papel al corazón y después lo guardó con cuidado en el bolsillo. Lo llevaría al día siguiente al abogado y le pediría que iniciase los trámites pertinentes, aunque se aseguraría de no hacer nada que pudiese perjudicar la situación legal de Luella. No quería acusar a su hermana de nada para quedarse con la niña. Su abogado lo sabía, lo había entendido desde el principio, y le había asegurado que era posible, tendrían que superar un proceso más largo, pero lo lograrían.

Subió y al entrar en casa encontró a Marion dormida en los brazos de Sergio. Él estaba acunándola sin intención de soltarla. Lo miró. Él se lo había ocultado hasta ahora, pero también se había asustado.

—¿Por qué no la llevas a la cama?

Sergio apartó la vista de la pequeña y la fijó en Cleo.

—¿Has encontrado a tu hermana?

—No, ya se había ido. He encontrado una nota en el buzón.

—¿Qué dice?

—Que prepare los papeles para adoptar a Marion. Quiero que la leas. Si formas parte de esto tienes que leerla.

—Elimina el si de una vez, Cleopatra.

—Quiero que algún día conozcas a mi hermana, cuando vuelva a ser ella. Pero voy a hacer los trámites necesarios para que Marion sea mía. —Cogió aire—. Nuestra.

—Así me gusta.

Se levantó del sofá con la niña en brazos y la llevó al dormitorio. La acostaron juntos, los dos le dieron un beso en la frente y la miraron embobados durante unos minutos.

—Creo que mañana la llevaré al colegio como si no hubiese sucedido nada. Me parece que será lo mejor.

—Estoy de acuerdo. Si quieres, yo puedo ir a recogerla y después pasamos por el Liceo. ¿Qué te parece?

—Me parece que eres el hombre más fantástico y atractivo del mundo.

—No puedes decirme esto aquí, Cleo.

Cleo sonrió, le parecía imposible haber pasado de la tristeza más absoluta a esa felicidad abrumadora en cuestión de horas, y tiró de Sergio hacia el pasillo y de allí a su dormitorio.

—Tengo que llamar a la policía y decirles que Marion está en casa, una agente iba a venir mañana por la mañana.

—Deja que venga, así verá a Marion y podrá oír su historia. Nos irá bien que lo tengan presente.

—Sí, tienes razón.

Entraron en el dormitorio y Cleo sintió de golpe lo mucho que amaba a Sergio. Fue extraño, incluso absurdo, ya le había confesado que lo amaba, que se había enamorado de él, pero al entrar allí con él, al ver esa cama en la que habían hecho el amor como posesos, comprendió que esa entrega solo había sido posible porque siempre se habían pertenecido.

Se detuvo en seco. Necesitaba abrazarlo, besarlo, repetirle que lo amaba, borrar el dolor y los malos recuerdos de esos últimos días. Giró sobre sí misma y lo besó con todas sus fuerzas. Se pegó a él, tiró del jersey para desnudarlo, le desabrochó el botón de los vaqueros. Le faltaban manos y le había echado tanto de menos que no podía ni quería contenerse. Él le devolvió los besos, el torso le subía y bajaba frenético, los dos gemían y se mordían buscando el modo de estar más cerca, de besarse más, de meterse en la piel del otro y no salir jamás.

Sergio deslizó las manos por los brazos de Cleo y la sujetó por las muñecas.

—Para.

—No.

Sergio sonrió y la besó, movió la lengua con sensualidad por los labios de ella, separándolos, capturando las reacciones que iba despertando a su paso.

—Explícame eso de que soy tu deseo.

—Después.

Necesitaba estar con él, asegurarse de que seguían siendo únicos. Necesitaba sentirlo dentro de ella, hacerlo temblar, que él la besase y la tocase con ese amor que le fundía los sentidos.

—Ahora.

La cogió en brazos y la llevó a la cama. Allí la tumbó y la desnudó en cuestión de segundos. Después hizo lo mismo con él y se colocó encima de ella sujetándola por las muñecas. Cleo arqueó la espalda hacia arriba para que sus pieles se rozasen y levantó la cabeza en busca de sus labios.

—Sergio, te necesito.

Él no dijo nada, siguió besándola y apartó una mano, sin soltar las de ella que siguió sujetando, para deslizarla entre sus cuerpos y penetrarla.

—Explícamelo.

—Necesito que te muevas.

Movió ligeramente las caderas, no lo suficiente, lo bastante para hacerlos enloquecer a ambos de deseo. Él apretó la mandíbula antes de volver a hablar.

—Explícamelo.

—Sergio, por favor.

—Explícamelo.

—El sábado, cuando tú —tragó saliva y dejó que él viese que se le llenaban los ojos de lágrimas— cuando tú no estabas, vimos *Aladdín*, otra vez. Marion me preguntó qué tres deseos le pediría yo al genio.

—¿Y tú qué le dijiste? —Movió de nuevo levemente las caderas y los dos gimieron.

—Marion me dijo que no podía decir lo que le decía siempre, estar siempre con ella, porque era hacer trampas porque nosotras siempre íbamos a estar juntas.

—Marion es muy lista, dime qué le dijiste.

Se movió un poco más y le besó el cuello lentamente, lo recorrió con la lengua y le mordió la clavícula.

—Le dije que mi único deseo eras tú, que si me encontrase al genio le pediría volver a estar contigo, que volvieses a abrazarme y no me soltases nunca.

—No voy a soltarte nunca, te amo.

Abandonó cualquier intento de autocontrol y se movió como los dos necesitaban.

—Yo también te amo, Sergio.

Él levantó la cabeza y la miró antes de volver a besarla. Ella nunca había visto unos ojos tan llenos de verdad.

La amaba y ella a él, no le hacía falta ningún genio que se lo asegurase.



## Epílogo

### *Noche del estreno de La Bella Durmiente en el gran Liceo de París*

Sergio estaba sentado junto a Marion en el palco reservado para familiares. Los dos estaban impacientes y muy nerviosos para ver a Cleo. Esas últimas semanas habían sido muy intensas para ellos y esa noche significaba mucho para los tres.

Cleo había ensayado como una loca. Ahora que había recuperado a Sergio y que por fin había decidido luchar de verdad por Marion, parecía poseer energía a raudales y necesitaba canalizarla. Además, estaba decidida a ser la mejor bailarina posible, por ella misma y por ellos dos, porque quería que se sintiesen orgullosos de ella. Tanto Sergio como Marion ya lo estaban, aunque Cleo seguía creyendo que exageraban.

Marion le había contado a la policía lo que había sucedido con su madre y también se lo había explicado al abogado. La niña no conocía los detalles del proceso, evidentemente, pero Cleo había decidido no ocultárselo. No quería que de mayor pensase que la había engañado o que había actuado a sus espaldas. La tarde que ella y Sergio se lo contaron, Marion les sorprendió —como hacía siempre— diciéndoles que así tendría dos mamás y un papá. Cleo fue la primera en reaccionar, y abrazó a la pequeña y la llenó de besos. Sergio todavía no había sido capaz de asimilarlo. Que Marion le quisiera como padre, que lo eligiera por voluntad propia y no porque la biología así lo había decretado, le pareció un privilegio, un regalo, y lo atesoraría toda la vida como tal. Él se había planteado ser padre. Aunque no se lo había dicho a nadie, ese había sido uno de los motivos por los que decidió que estaba harto de viajar y de no pertenecer a ninguna parte. Ahora le pertenecía a Cleo, y a Marion, supuso con una sonrisa. El resto iría llegando con el tiempo. Tanto si tenían más hijos como si no, tanto si vivían en París como en Londres o en Nueva York, si estaban juntos, el resto carecía de importancia. Por eso había decidido comprar el anillo que llevaba guardado en el bolsillo del pantalón. No le hacía falta, lo sabía sin ninguna duda, Cleo y él eran para siempre, pero cada vez que se imaginaba a Cleo bailando en el escenario con su anillo en el dedo sentía la necesidad imperiosa de verlo. En realidad, reconoció para sí mismo, cualquier cosa que proclamase a los cuatro vientos que Cleo era suya le llenaba de felicidad. Y le excitaba. Carraspeó porque no quería tener una erección allí en medio antes de que se levantase el telón y pensó que más tarde, cuando le diese el anillo, ya daría rienda suelta a su deseo.

Cleo estaba muy nerviosa, era la noche del estreno y Sergio y Marion estaban sentados en el palco esperando a verla. Sergio, suspiró al pensar en él, le quería tanto que tenía miedo de tropezarse en el escenario si lo miraba. Siempre que estaba cerca de él necesitaba tocarlo, besarlo, olerlo... Era embarazoso y maravilloso al mismo tiempo. Le amaba, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para estar con él, y él

nunca le pediría que hiciera nada. Juntos lo harían todo, decidirían qué pasos dar y hacia dónde dirigirse. Ese amor que ella al principio había confundido con deseo podía con todo.

Iba a levantarse el telón, Daniel le sonrió desde su atril. Ese *ballet* iba a ser el último que él dirigiría en París. La noticia no cogió por sorpresa ni a Sergio ni a Cleo, igual que a Daniel no le sorprendió que ellos dos estuvieran juntos. «Los dos sois mis mejores amigos, por supuesto que os habéis enamorado».

Sonaron los primeros compases y Cleo ocupó su lugar. Desde donde estaba, vio que Marion la saludaba y Sergio le lanzaba un beso.

—Te amo —se lo dijo sin sonido.

—Te amo —contestó él también con los labios.

Bailó solo para él y pensó con una sonrisa que si algún día se tropezaba con un genio no tendría ningún deseo que pedirle.



ANNA TURRÓ CASANOVAS (Calella, Barcelona, 1975) es una escritora y abogada española que escribe también bajo el seudónimo de Emma Cadwell para firmar sus novelas con elementos paranormales. Como Anna Casanovas escribe novela romántica. Fue miembro fundadora de la Asociación de Autoras Románticas de España (ADARDE). Graduada en Derecho, ha sabido combinar su trabajo en una entidad financiera con su carrera literaria.